

IMPRESIONES DE VIAJE

--ooOoo--

ANDALUCÍA

EL RIFF - VALENCIA - MALLORCA



POR

AUGUSTO JEREZ PERCHET



JUNTA DE ANDALUCÍA
CONSEJERÍA DE TURISMO, COMERCIO Y DEPORTE

IMPRESIONES DE VIAJE

ANDALUCÍA

EL RIFF - VALENCIA - MALLORCA

AUGUSTO JEREZ PERCHET

IMPRESIONES DE VIAJE

ANDALUCÍA
EL RIFF - VALENCIA - MALLORCA



JUNTA DE ANDALUCIA
CONSEJERÍA DE TURISMO, COMERCIO Y DEPORTE

EDITA:
Junta de Andalucía
Consejería de Turismo, Comercio y Deporte

PRODUCCIÓN EDITORIAL:
Signatura Ediciones de Andalucía, S.L.

DEPÓSITO LEGAL:
SE-4.593-05

Para la reproducción de la obra facsimilar aquí editada se ha utilizado como
fuente la Biblioteca Virtual de Andalucía
(www.juntadeandalucia.es/cultura/bibliotecavirtualandalucia)

Este libro está disponible para su consulta y préstamo en el Centro de
Documentación y Publicaciones de la Consejería de Turismo, Comercio y
Deporte y consultable a texto completo a través del catálogo de publicaciones
(www.juntadeandalucia.es/turismocomercioydeporte/publicaciones)

El libro de Augusto Jerez Perchet, *Impresiones de viaje*, es uno de los primeros *travel handbooks* escritos por andaluces, tanto que Huelva no existe en él porque todavía no había echado a andar como provincia; siguiendo las pautas que marcaran Richard Ford, Alejandro Dumas o Edmundo D'Amicis, Jerez Perchet se adentra no sólo por nuestras ciudades, sino también por los escabrosos caminos que las unían a duras penas.

El ferrocarril que sólo llega hasta Santa Cruz de Mudela ha de ser cambiado por la diligencia; después el vapor le sirve para hacer la ruta entre Málaga y Almería... y todo ello nos demuestra cuán difícil era entonces desplazarse por un territorio, el andaluz, que, naturalmente, no podía sino aparecer como exótico.

Por eso, de alguna manera, Augusto Jerez Perchet puede ser un símbolo: el del viajero que anima a sus propios compatriotas a viajar, a saborear las calidades de otras tierras, a hacer turismo, en definitiva.

Este símbolo es el que damos a la imprenta para conmemorar el Día Mundial del Turismo de este año de 2005 en una Andalucía surcada ya por los más modernos medios de comunicación, pero que aún sigue atesorando en muchos de sus lugares los valores que buscaban los “curiosos impertinentes” del siglo XIX.

Su lectura, con seguridad, aprovechará a quien recorra sus páginas y, tal vez, animará a muchos a conocer muchos enclaves de Andalucía.

PAULINO PLATA CÁNOVAS
Consejero de Turismo, Comercio y Deporte
de la Junta de Andalucía.

IMPRESIONES DE VIAJE.

IMPRESIONES DE VIAJE.

ANDALUCIA.—EL RIFF.—VALENCIA.
MALLORCA.

POR

AUGUSTO JERÉZ PERCHÉT.

MÁLAGA.

COBRO DE ANDALUCIA.

Es propiedad del autor.



PRÓLOGO SEMI-BIOGRÁFICO.

Tal vez se me tache de presuntuoso porque me atrevo á colocar mi firma al pié de estos renglones, yo, pobre átomo perdido en el estenso campo de las letras, y emprendo un trabajo superior á mis fuerzas, digno de otra pluma mas bien cortada y diestra que la mia. Por eso, antes de seguir adelante, quiero hacer constar que al escribir este prólogo, lo hago impulsado por dos móviles enteramente opuestos: la gratitud y el egoismo. La primera, porque el autor me ha dispensado el honor de acordarse de mi humilde persona y accedo á sus reiteradas instancias: el segundo, porque creo que yo, y solamente yo, soy el llamado á escribir el prólogo de las *Impresiones de viaje*, aunque su autor gane muy poco en ello.

En efecto, unido á Augusto desde la infancia por los lazos de la mas estrecha amistad, sin que el corto espacio de tiempo que hemos estado separados haya sido bastante para disminuir en lo más mínimo el cariño que nos profesamos, he tenido ocasion,

más que otro alguno, de conocer á fondo sus gustos, sus inclinaciones y sus caprichos.

Además, algunos de los artículos que componen este libro han sido escritos en mi presencia, durante nuestros largos paseos por las hermosas alamedas de la Alhambra y por las empinadas cuestas del Albaicin; y por lo tanto nuestras impresiones han sido las mismas, y el resultado de ambas es á veces lo que él ha estampado en el papel, dándole con las galas de su imaginacion mayor brillo y colorido.

Hé aquí por lo que digo que tambien me anima un pensamiento egoista: porque tengo la presuncion de creer que en este libro hay una parte mia, exclusivamente mia; puesto que, si bien toda su confeccion pertenece á Augusto, hay en él palabras que me recuerdan conversaciones particulares, impresiones de momento, ideas concebidas y no expresadas, frases pronunciadas al acaso y pensamientos que surgieron en nuestra mente ante el bello espectáculo de la naturaleza.

Quizás, sin embargo, no quede Augusto muy satisfecho del modo con que he cumplido su encargo; porque en vez de limitarme á hacer un elogio de su libro, elogio que seria innecesario, pienso abusar un tanto de mi cometido y, sin hacer su biografía, presentarlo á los ojos del lector bajo tres diferentes fases: como hombre, como poeta y como escritor público. Si esta libertad le incomoda, si cree que me he extralimitado en mi mision, tanto peor

para él; cúlpese á sí mismo que quiere que yo sea su apologista.

Como hombre, Augusto es un sér indefinible. Nacido bajo el claro y espléndido sol que alumbrá nuestras playas meridionales y participando por lo tanto del ardor propio de los hijos de Andalucía, véñse en él, mezclados en estraño maridage, la franqueza española, el espiritualismo francés, la escentricidad inglesa y la melancolía alemana.

Sus dos pasiones favoritas, sus únicas, sus verdaderas pasiones son el amor y los viages; y por satisfacer cualquiera de estas dos aspiraciones de su alma, ha llevado á cabo con frecuencia empresas dignas tan sólo de un hijo de Albion. Una vez, por ejemplo, hizo un viage de ciento doce leguas por tener el gusto de asistir á un baile en el que debia encontrar una muger á quien adoraba, tal vez sin ella sospecharlo; en otra ocasion emprendió una espedicion por mar y sufrió un recio temporal, únicamente por el fútil pretesto de tomar una taza de café con un amigo que residia en un puerto de Africa; y no ha sido una vez sola la que ha corrido un dia entero á caballo buscando una flor para ofrecerla á su amada.

¡Amar y viajar! Oh! si Augusto pudiera estar constantemente amando y viajando, seria dichoso y no trocaría esta felicidad por un cetro. Pero como no siempre es posible que esté ocupado el interior de su pecho, ni él tampoco á su vez puede ocupar en todo tiempo el interior de un wagon, Augusto se vé

VIII

obligado á soñar, y sueña en efecto con sus amores y sus viages. Vuela en alas de su fantasía y esta le hace ver pintorescos valles, espumosos torrentes, altas montañas y profundos abismos; con ella ha visitado los helados mares del polo y las cálidas arenas del ecuador; con su ayuda poderosa ha contemplado los vírgenes bosques de la América, las desoladas llanuras del Sahara y los esquilmados campos del Asia decrepita; y ella, en fin, le ha hecho sentir rodar las avalanchas desde las nevadas cimas del Mont-Blanc y elevarse con fragoroso estrépito hasta el cielo las rojas lavas que lanza de sus entrañas el Vesubio.

En cuanto á la beldad que ama, Augusto la reviste en su imaginación de los encantos que forman su tipo ideal, y exornada con esta espiritual vestidura, la adora con el frenesí de los orientales; pero luego el desengaño viene á echar por tierra el ídolo creado en su fantástico cerebro, y corre ansioso á buscar en otra el consuelo de aquella decepcion.

Hé aquí la razon de que en el bello sexo haya quien califique á Augusto de ligero, frívolo é inconstante, á pesar de que esta apreciacion no es esacta. Ama y admira á las hijas de Eva; y si ante ellas suele aparecer voluble, es porque desgraciadamente (sin que esto pueda tomarse por ofensa) no abundan las mugeres que Augusto prefiere, es decir; de bastante profundidad y delicadeza de alma para satisfacer las aspiraciones de un hombre pensador.

Porque, efectivamente, bajo su sonrisa casi constante, bajo su aparente volubilidad, encierra un espíritu grave, reflexivo, serio y aun adusto.

Aparte de esta afición que profesa á la bella mitad del género humano, Augusto reniega cordialmente de la sociedad y procura evitar el trato íntimo con todas las personas. Y no es porque sea misántropo; sino que, á pesar de sus pocos años, ha llegado ya á conocer el mundo y los continuos desencantos que ofrece á cada instante. Emulo del filósofo griego en esta materia, tiene muy pocos, pero verdaderos amigos, entre los cuales se cuenta el autor de estas líneas; y no obstante el bálsamo que en su alma derrama el cariño que estos le profesan, nótase en él el vacío de su corazón y con frecuencia revelan sus poesías la nostalgia interior de que se halla poseído. Hasta tal extremo es esto exacto, que más de una vez ha proyectado encerrarse en un convento de Tierra Santa; y lo hubiera sin duda alguna llevado á cabo, á no ser por las reflexiones de su familia que ha tratado con insistencia de retenerlo á su lado. Sin embargo, todavía suele presentarse esta idea en su mente, y no me causaría gran extrañeza verlo aparecer un día en mi casa para despedirse de mí y marchar á un oculto retiro de la Palestina.

Y no es esto porque Augusto aborrezca al linaje humano, no; en su vida periodística ha demostrado perfectamente que su único anhelo es el bienestar general, y su principio político, según él mismo ha consignado en su folleto *La paz universal*, está re-

ducido á estas palabras:—SI NECESITAIS MI VIDA EN BENEFICIO DE LA HUMANIDAD, TOMADLA.

Jamás en su vida pública ha revelado aquel constante desencanto de su alma; jamás ha dejado adivinar idea alguna en sus artículos que lleve al espíritu de sus lectores una imprudente desilusion. Guiado únicamente por aquel filantrópico pensamiento que forma la base de sus ideas sociales, escribe sin inspirarse en principio alguno político, desconociendo y aun despreciando todas esas subdivisiones de partidos que minan nuestra sociedad y que en vez de producir bien alguno, parece como que tienden á sumir á la pátria en la desolacion y en la ruina.

Dos palabras más sobre su carácter, y termino. Augusto es un acérrimo admirador de la naturaleza, y sus grandes espectáculos le atraen y subyugan. Un violento huracan, una borrasca deshecha, le arrastran en pos de sí; y de ahí el placer con que ha soportado estóico y sereno más de una violenta tempestad. Porque ante la presencia del Omnipotente, que se revela en los elementos desencadenados, olvida el peligro y aquella habla mas alto en su corazon que el miedo de perder la vida. En tiempo de calma y en algunos de nuestros largos y deliciosos paseos por el mar, lo he visto interrumpir de pronto su conversacion y quedar estático ante el astro de la noche que aparecia entre la bruma, ó simplemente al ver una gaviota cernerse con incierto vuelo sobre la superficie de las aguas.

En cuanto á sus estudios, emprendió siendo niño

los de filosofía y más adelante siguió la carrera de Administracion militar; pero adaptándose poco á su carácter independiente la sugesion del uniforme, tomó pretesto en la necesidad de restablecerse de una grave enfermedad para abandonar la carrera, teniéndola casi terminada, y se dedicó desde entonces á la vida de escritor y viagero en la que fundaba sus doradas ilusiones. Con el propio objeto de restablecer su salud marchó á Málaga, en donde estuvo algun tiempo de redactor del CORREO DE ANDALUCIA, y por último, hace dos años que quedó y continúa de director del mismo.

El periódico ocupa agradablemente sus horas y con los trabajos de él intercala otros diversos, que ha publicado en varias ocasiones, interrumpiendo solamente sus tareas de tiempo en tiempo para satisfacer su pasion de *touriste*.

Sus obras publicadas son las siguientes:

Cantares, volúmen con que inauguró sus publicaciones.

Poco y malo, coleccion de poesías.

Cuentos y novelas.

La paz universal, folleto.

Artículos económicos.

El libro del alma, coleccion de artículos morales.

Débora ó el pueblo libre, episodio bíblico-dramático.

El tributo de sangre, drama.

Historias y fantasias, coleccion de pequeñas novelas que ha escrito en colaboracion conmigo.

XII

Y por último *Proverbios bíblicos*, pequeño libro dedicado á la niñez.

Proyecta además varias obras, y en la actualidad escribe un libro que se titulará *El Mediterraneo*, á cuya confeccion estoy seguro que dedica todos los ratos que le deja libre el periódico.

Con su incesante laboriosidad é indisputable mérito, ha sabido ya adquirirse varios títulos que honrarian á otro que le doblase la edad. En 1868, el *Liceo artístico y literario* de Granada concibió el laudable pensamiento de fundar una *Escuela gratuita de adultos* donde los hijos del pueblo pudiesen recibir los más necesarios elementos de educacion. Augusto, amante de la ilustracion popular y deseoso de difundirla en cuanto sus fuerzas le alcanzasen, se prestó gustoso á desempeñar la cátedra de *Religion y Moral*, que tuvo después que abandonar, llamado por la direccion del CORREO DE ANDALUCIA. Antes de esa época habia obtenido el título de Académico profesor del *Liceo de Granada*. Igual distincion ha alcanzado del de Málaga y la de que le constase en su seno la *Sociedad económica de Amigos del Pais* de esta última ciudad.

Concretándome ahora al libro que hoy ofrece al público, solamente diré de él breves palabras, porque, como espuse en un principio, quiero abstenirme de hacer su elogio.

Nacido en Cádiz y educado en Granada, era natural que Augusto habiendo abierto sus ojos bajo el cielo andaluz, fuese apasionado de Andalucía. La

historia de esta tierra encantadora, sus interesantes tradiciones, sus monumentos, sus bellezas naturales, sus costumbres, en fin, han ocupado la atención de Augusto de una manera casi tenaz y le han inspirado sus más bellos artículos. Con la cartera y el lápiz en la mano ha recorrido sus más importantes localidades, ha dormido en sus aldeas y al aire libre en medio de sus fértiles campos, ha estudiado el carácter de sus hijos desde el pescador al labriego, ha caminado entre los bandidos de la *tierra baja* y por último, ha amado con delirio á las ideales mujeres de este suelo de bendición.

Todo esto es lo que principalmente encontrará el lector en este libro, interesante por más de un concepto, y adornado con las galas que le presta la inspiración poética de su autor. En él hallará la historia de los célebres monumentos andaluces, la descripción de sus deliciosos paisajes, las escenas que detallan y ponen de relieve el carácter especial de sus habitantes; y todo esto caminando con él, haciéndose testigo de su vida privada y participando de sus más agradables y aun de las más ligeras impresiones.

Granada, 1870.

Salvador Perez Montoto.

PRIMERA PARTE.

ANDALUCIA.

Des ailes! Des ailes! pour voler
par montagne et par vallée!
Des ailes pour bercer mon cœur
sur le rayon de l' aurore!

Alas! Alas! Volaré
por valles y por montañas,
meciendo mi corazón
en la luz de la mañana.

Des ailes pour planer sur la mer
dans la pourpre du matin!
Des ailes au-dessus la vie!
Des ailes par de là la morte!

Me cerneré sobre el mar
en la alborada naciente.
¡Alas por toda la vida!
¡Alas despues de la muerte!

(Rückert.)

DE MADRID A GRANADA.

A MANUEL RODRIGUEZ.

**En wagon.—Camino de Andalucía.—Granada.—
Recuerdos y ruinas.**

Mientras llega la hora de seguir mi peregrinación á través de la noble tierra que hoy visito, quiero comunicarte algunas de las impresiones recibidas en mis paseos.

El espíritu necesita de tiempo en tiempo aspirar el gérmen de una vida nueva y esto lo conseguimos viajando. Escenas desconocidas, paisajes distintos y variados, aire, luz, movimiento, un mundo de sensaciones; tales son los frutos de los viajes; y cuando el tiempo ha corrido y con él las emociones que formaban nuestro encanto, entonces goza el alma en recordar los días, los instantes de nuestra peregrinación.

Eran las nueve de una noche de Diciembre, cuando salí de Madrid en el tren-correo con dirección á Andalucía. Poco después de llegar á la estación de Atocha, vibra la campana de aviso.

Inmediatamente silva la locomotora, ábrense las puertas y arrójase la multitud á los carruajes. Gritos, despedidas, encargos, promesas, risas, lágrimas y confusión: hé aquí el primer cuadro de un viaje en ferro-carril. Escenas que no puede dibujar la pluma porque cruzan más rápidas que el pensamiento y huyen sin dejar otro recuerdo que una vaga sombra. La locomotora vuelve á silvar. Parece que anuncia algo grande y desconocido. Su voz es el emblema del siglo diez y nueve que domina la fuerza con la idea; que somete la materia al dominio de la razón. El ferro-carril es la revolución más importante que han conocido los hombres; el lazo de unión de las naciones; el elemento llamado á civilizar el mundo. Por donde quiera que pasa una locomotora nace la vida; y donde no hubo pueblos, ni fábricas, ni palacios, ni jardines, crecen las colonias y las ciudades, la industria y la riqueza..... Allá vá, salvando montañas, cruzando valles, vadeando ríos. Las rocas, los abismos, las aguas, nada son para detener su carrera. Ya desaparece en el seno de un monte, ya muestra su perfil sobre el borde un precipicio. ¡Salud al coloso cuyo lema es civilización, gloria, fraternidad!

Algunas estaciones pasan á nuestro lado. Nos acercamos á Aranjuez.

Una vegetación hermosa sucede á los tristes campos de las cercanías de Madrid. Las alamedas del Tajo duermen en silencio y los viejos árboles muestran sus ramas desnudas por los rigores del invierno.

Antes de amanecer llegamos á Santa Cruz de Mudela, donde termina el ferro-carril. La línea ha ido avanzando hácia Jaén, pero apesar de esto se contempla perfectamente desde la vía el panorama de la Sierra.

La diligencia sustituye al tren. Tras un breve descanso volvemos á caminar. Ligeras colinas se elevan á nuestro frente. Allí está Montiel,

Inútil monton de piedras
De años y hazañas sepulcro,
Que viandantes y pastores
Miran de noche con susto.

(Duque de Rivas.)

Subimos á la venta de Cárdenas, desde donde empieza Despeñaperros. El camino se ciñe al monte en prolongada espiral, dejando ver magníficos paisajes. La vegetacion robusta de Sierra-Morena puede admirarse aquí en toda su hermosura. El terreno está cubierto de jaras y lentiscos. Las entrañas de la tierra esconden ricos minerales, y nacen en las lomas encinas, olivos y mieses. A trechos descubrimos á la luz del dia los fuegos de las cabañas. En el fondo del valle brillan las aguas de un arroyo crecido por las últimas nieves. Enormes peñascos se pierden hasta las nubes, ya erguidos y rectos, ya dibujando caprichosas figuras y ofreciendo antros profundos y negros erizados de abrojos, ó lechos de pequeñas cascadas que límpidas y bullidoras saltan, corren y ocúltanse entre los matorrales de las selvas. Acá una roca gigantesca suspendida de un punto en la cima del monte inclinada sobre el abismo, amenaza caer por momentos. Allá una montaña descarnada y sombría y á su lado un cerro bordado de árboles verdes y floridos que se dilatan á sus piés como una magnífica vestidura que ondea apenas al indeciso viento de la aurora. Cada vuelta del camino presenta un nuevo panorama, y segun nos internamos hácia Andalucia el horizonte se dilata y el espíritu vaga en un mar de ventura adivinando los tesoros que mira aquel horizonte de luz, de cielo, de alma, de infinito.....

Una pirámide colocada á la derecha del camino marca

el límite de la Mancha y Andalucía. ¡Estamos en Andalucía; en el centro de la civilización árabe; donde florecieron como en ninguna otra parte las ciencias, la literatura y las artes; en la cuna de eminentes varones; en el teatro de sangrientas luchas y de inmortales hazañas. ¡Andalucía! La tierra del amor, de la belleza, del cielo radiante, de las noches encantadoras; el país de la franqueza y la hermandad, en el que la alegría es eterna y la tristeza planta desconocida..... Y sin embargo, en la misma España se tienen ideas muy equivocadas de esta región. Para un infinito número de personas, el andaluz no es otra cosa que el gitano ó el majo; su lenguaje el *caló*; sus costumbres las de la gente de los barrios.

Aparece un grupo de humildes edificios—Navas de Tolosa—dice el mayoral, y al oír este nombre se pierde la imaginación en un tropel de gloriosos recuerdos. El paisaje, sin embargo, permanece mudo. Imágenes de paz han sustituido á las terribles de la guerra. El campo es rico y cultivado con esmero. La carreta del labrador cruza el camino y el pastor canta á la sombra de los árboles.

Dos torres lejanas anuncian un pueblo. Es la Carolina, obra del inmortal Carlos III. Empezamos á bajar. Los montes adornados de olivos parecen macetas de albahaca. A las cuatro de la tarde paramos en Bailen.

Bailen es una epopeya viva y eterna; el canto de gloria de una nación libre y noble; el santuario donde todo español debe rendir el culto de su patriotismo.

En la plaza hay una escultura que representa la España armada. ¿Por qué no se coloca igualmente una columna ó triunfo en el campo de batalla de Bailen y otro en el de las Navas?

Cae la noche. Entramos en una llanura por cuyo fondo corre el Guadalquivir. Mas adelante, en el azul del cielo bosquejan su atrevida silueta unos montes oscuros y tristes.

Encerrada en aquellas murallas naturales está Jaen. Una áspera subida conduce á la ciudad.

Jaen tiene la fisonomía de una población árabe. Sus viejas fortificaciones y sus calles tortuosas y pendientes recuerdan el dominio de los ismaelitas.

Desde la salida de Jaen pasa el camino por entre una riquísima vega.

La oscuridad de la noche nos impide admirarla, pero insensiblemente se nota la proximidad á Granada.

La aurora empieza. Sierra-Nevada asoma á nuestra vista. Como una reina en su trono, ciñe á la frente su corona de nieve y apoya su planta sobre la alfombra de flores de Granada, teniendo por dosel el firmamento y por pedrería los rayos de un sol brillante.

En las primeras horas de la mañana aparecen las alturas de la Sierra tan distintas, que se pueden apreciar los grupos de los montes, sus contornos y sus mútuas distancias; mas luego, segun avanza el dia, los perfiles de las rocas se funden poco á poco en masas imperfectas y confusas.

El campo, triste en esta época, no tiene rival cuando llega la primavera. Los trigos verdes y crecidos; las habas adornadas con graciosas flores; los cáñamos vertiendo su olor penetrante, forman un conjunto alegre y risueño. En los árboles y en los vallados cantan los ruiseñores, y la Vega con sus innumerables pueblos parece el campamento de un ejército colosal.

Granada es la ciudad de la primavera. Cuanto se diga de sus jardines, de sus cármenes, de sus bosques, de sus arroyos, de sus aves, es pálido y mezquino; y por cierto forma un delicioso contraste ver la Sultana revestida de tantos adornos; y acaso por el contraste produzca mejor efecto la hermosura de sus guirnaldas y sus perfumes. Una jóven con un ramillete de flores en la mano ó en el pecho, con un tocado riquísimo, con un vestido suntuoso, nada tendria de particular; pero figúrate esto mismo en un esqueleto y será ilimitada tu sorpresa.

Granada se divisa á lo lejos entre la bruma de la mañana.

Mira los muros que rodeaban á la ciudad ciñéndose á los montes, desprovistos de sus castillos, como un brazo mutilado horriblemente. Mira los baluartes de esa colina, que forman la diadema de Granada. Es la Alhambra. A su frente hay una torre, centinela avanzado del moruno alcázar. Es la torre de la Vela. Mira aquel grupo de casas esparcidas en la falda de un cerro en medio de bosquecillos y jardines. Es la Antequeruela, antiguo barrio árabe que se une al del Zenete por la puerta Monaita. Al pié de esas colinas se extiende la poblacion. Sus rumores llegan hasta nosotros. Atravesamos varias calles, mal pavimentadas, llenas de harapientos mendigos y llegamos en fin, al término de nuestro viaje.

La poesía de los recuerdos es la mas poderosa y la que mas profundamente imprime su huella en la humanidad.

Encierra mayor sentimiento porque habla de despojos del pasado, ya presentándolos bajo la forma de un monumento devastado, de una civilizacion degenerada ó de una grandeza empobrecida. Estos recuerdos constituyen las ruinas, geroglífico de la existencia, que atrae el ánimo á su contemplacion. El pensamiento dá su primitiva figura á los esqueletos que admira, y vé surgir lleno de vida el edificio que hoy yace olvidado. La poblacion que animaba aquellos lugares surge á su vez, y la historia poco ha sumergida en el olvido, irá desplegando sus páginas, complemento de los hombres y de sus obras. Y no solo las ruinas gloriosas son las que despiertan el interés ó la curiosidad. Allí donde hay muerte, allí se fija nuestra mirada. Basta encontrar un miserable muro derruido, el techo de una cabaña echado por tierra, para que tratemos de averiguar el origen, la historia de aquella habitacion.

Granada es una ruina que vivirá mientras un alma anime á un sér humano.

Aunque Granada cayese en pedazos, siempre habria algun hombre que viniera á contemplar su marchita grandeza y á llorar en sus escombros por esta nueva Jerusalem.

Las obras del sentimiento son inmortales. El sentimiento es el alma, y hay ciudades y edificios que son un alma. Pregúntale á las arenas del desierto qué han hecho de Palmira, Tebas y Balbek, y creerás oír una voz que repite su nombre y creerás ver una mano inextinguible que señala sus ruinas en tu dudoso camino. Deja que el Simoün arrastre montañas de polvo sobre la errante caravana; deja que desaparezca entre aquellas rápidas nubes la erguida palmera que se dibuja en el horizonte. A través del abismo de arena que ahoga y fatiga, verán tus ojos brotar del ardiente suelo las ruinas que sueña tu espíritu. Nada las borra ni las confunde; son el alma de aquellas soledades. El árabe que descansa en las artísticas piedras, las mira con respeto. ¿Qué importa que ignore la historia de esos despojos? Dile:—Qué pueblo fué este? y responderá:—No sé; pero aquí respiro una atmósfera distinta de la que respiro en la tienda, en el campo, en la ciudad. ¡Aquí hay un alma!

Granada evoca la misma impresion que esas ciudades sepultadas en los desiertos, porque aunque Granada existe, su alma, su espíritu; es decir, los recuerdos que la eternizan no son mas que una sombra; el génio que le presta su encanto y atractivo.

¡Pobre Granada! ¿Dónde han ido tus dias de ventura? El suspiro de tu último rey moro resuena aun en las ramas de los árboles. Al morir el sol que alumbró la victoria de Isabel la Católica apagáronse para siempre las hogueras de tus atalayas. Bib-Rambla no escucha, como en otro tiempo, el atabal de fiesta. El Dauro se seca en su cáuce. Las princesas árabes no tienden su mirada desde sus torres á los vergeles de la Vega. La Alhambra ha enmudecido y el humo de los pebeteros no inunda con su aroma las estancias voluptuosas.

El cañon triunfante de los cristianos ahogó el grito de Muley-Hasan, llorando su Alhama, y el pueblo no corre á ver pasar la guerrera tropa que marchaba sobre la ciu-

dad perdida. El palacio real yace bajo la mano de hierro del palacio que se levanta á su lado.

La fantasía y el triste materialismo se confunden y enlazan al recordar la historia de Granada. La ciudad de hoy es un nombre y este nombre una sombra; pero magnífica, sublime.

El viajero que busca una historia que aprender, un monumento que estudiar, si desea abrir el libro de los recuerdos y conocer las evoluciones de los hombres y los países, si aspira al noble fin del género humano, á la perfección y al progreso en la verdad y la justicia, que venga á Granada, pues su historia y sus despojos ofrecen la lección mas viva de moral eterna.

GENERALIFE.

A LUIS BORBUJO.

Ofrecí escribirte, cuando llegase á Granada, una carta de *viaje*, pero el tiempo ha trascurrido sin que vieras cumplida mi promesa.

Ni mi escursion á Málaga, ni el pensar en las tranquilas horas que sus playas me ofrecieron, han borrado de mi memoria tu buena amistad, como tampoco los últimos momentos de mi permanencia en Madrid.

Mucho recuerdo los dias de tristeza en que miraba el cielo esperando ver disiparse las nubes que impedían mi marcha.

Cada mañana, cuando abrían el balcon de mi gabinete, fijaba los ojos en las casas de enfrente, y nunca veía un rayo de sol sobre la pared, y si disipaba la sombra un destello fugitivo, desaparecía á los pocos instantes entre las nubes que derramaban copiosa lluvia. Algunas tardes, mientras estaba sentado en el sofá donde pasé las interminables horas de mi convalecencia, sentía volar á su nido una familia de gorriones que habitaba en el alero de un tejado vecino. Aquellos pájaros me entristecían, porque contemplaba á mi alrededor una naturaleza pobre y mi-

serable, y al mismo tiempo causábanme alegría porque esperaba encontrar en Andalucía mas vivo y animado el mundo de las aves.

Así me sucedió. En Granada me despertaban las golondrinas con sus alegres voces, y ví que los árboles del *Salon* servian de morada á multitud de pajarillos que al reunirse por la tarde en la espesura, llenaban el aire con sus gritos agudos, penetrantes, continuados, como si una horrible lucha hubiera entre ellos, ó como si presurosos buscasen sus nidos, temiendo quizá la venida de la noche. ¡Tal deben ser la agitacion y el deseo con que la madre busque en medio del peligro al esposo amado, al hijo de sus entrañas!

Granada inspira ideas tristes. Tú la conoces y no necesitas, por lo tanto, hacerte una descripcion de su estado actual. Pacífica, sin movimiento, sin animacion, sin industria, su existencia sorprende y contrasta con la vida de trabajo y laboriosidad de algunas otras provincias españolas.

Aquí la vida se reduce á las diversiones y al lujo; pero al lujo inmoderado y terrible; al lujo que crea sin cesar nuevas necesidades; que nunca está satisfecho y cuyo término es, con harta frecuencia, la ruina y la desgracia.

Las artes, inagotable fuente de riqueza y felicidad, arrastran pobre existencia en Granada. No turba el silencio el golpe del martillo que dá formas al hierro modificándolo y adaptándolo á los usos de otras diversas industrias. No sube por los aires el humo de las chimeneas, ni ruje el agua bajo la presion de las ruedas dando accion á las fábricas donde el trabajo arroja á los mercados sus productos distintos que nacen, crecen y se perfeccionan con el ausilio de millares de obreros, poderosas palancas de la sociedad, que moralizan y ennoblecen al pueblo con su ejemplo y sus virtudes.

Mas dejemos, querido Luis, consideraciones enfadosas, y pues el objeto de mi carta es Generalife, sigamos adelante.

Para visitar la Alhambra y Generalife, es preciso ir acompañados del poema *Granada*, de Zorrilla, como para visitar á Sion es preciso *La Jerusalem* del Tasso.

La obra de Zorrilla es la mejor guía que puede llevar el viajero. Su estilo, la exactitud en las descripciones, el encanto inimitable de sus versos que nos trasportan á la época de los árabes; todo, en fin, contribuye á aumentar el prestigio de los lugares que recorreremos.

Esas imágenes de arroyos y flores, de brisas y pájaros, ridículas ya por lo usadas, renacen en la Alhambra y Generalife mas bellas, mas poderosas que en las relaciones de las leyendas y novelas.

Allí el espíritu sueña con hadas de luz y bosques encantados y músicas divinas, que ve surgir ante los ojos, como obedeciendo á la fuerza de un mágico talisman.

Generalife está edificado en una montaña. Bosques de perenne verdura lo rodean. A sus piés se estiende la ciudad y en torno suyo los campos:

Del peñon en la alta loma
semejando está que vuela
como rápida paloma
que se lanza de un ciprés:
mas si el ojo se asegura
de que inmoble está en la altura,
le parece una gacela
recostada entre una mies.

Visto Generalife desde lejos, se presenta deslumbrante si el sol lo hiere. La comparacion de Zorrilla es exacta.

Este palacio, cuyo nombre segun Marmol y el padre Echevarría significa *Huerta del Zambreiro ó tañedor*, lo mandó construir el príncipe Omar para descansar entre las músicas y los festines, de los disgustos cortesanos. No pudo en efecto, su imaginacion ardiente soñar una morada que mejor se adaptase á sus voluptuosas costumbres.

Colocado Generalife en la cima del monte, dominando la ciudad y los alcázares de la Alhambra, parece el ángel de la pureza que se sienta lejos del bullicio mundanal y llama con la voz de sus pájaros y sus fuentes al hombre, ofreciéndole un retiro mas dulce, mas feliz que el seno de la córte granadina.

Tanto convida al amor y los placeres, como al descanso y la contemplacion. ¡Misterioso poder el que así enlaza ambas necesidades de la existencia!

Conduce á Generalife una hermosa calle poblada de árboles y regada por dos arroyos que corren con agradable ruido. De trecho en trecho, y entre la espesura de las ramas que forman ligeras bovedillas, se precipita el agua por pequeñas cascadas, estrellándose contra las piedras, levantando espuma que hace temblar á las flores de las orillas, y dejando oír su voz poderosa que se confunde con la de otras fuentes hasta morir allá lejos, como un rumor fugitivo de la selva perdido en el espacio.

El último trozo de esta calle está adornado con magníficos cipreses, adelfas, dálias y multitud de otras flores y arbustos, terminando en una ancha plazuela situada frente á la puerta del palacio.

Lo primero que se encuentra es un precioso jardín, al que da entrada un templete con dos columnas, en uno de cuyos capiteles puede verse, aunque bastante borrosa, la inscripcion árabe *Le galib ile Alah* (Solo Dios es vencedor.)

Ocupa el centro del patio una glorieta rústica. A la izquierda corre una galería con ventanas que miran á los jardines, á la Alhambra y á la ciudad. A la mitad de la galería hay una capilla, antiguo *mirab* ú oratorio, consagrado á la Purísima Concepcion.

Apenas se descubren en algunos arcos restos de labores y adornos, pues manos profanas han hecho desaparecer las bellezas de la arquitectura árabe, con el ridículo blanqueado que cubre hoy las paredes y ventanas borrando inscripciones y dibujos. ¡Necia ignorancia! ¡Crimi-

nal descuido, que transforma la graciosísima obra de Omar en una construcción moderna, sin mérito y sin interés!

En el extremo del jardín y sostenido por cinco arcos de mármol hállase un vestíbulo con varias inscripciones, de las que copio algunos fragmentos notables:

«¡Oh Rey ensalsado! ¡Vencedor de tus enemigos! Entrás en la batalla como el rayo, y cabalgando tan veloz como El Borak (1), que pareces caminar ligero de un cabo al otro del mundo. Sálvete aquel que caminaba en una noche inmensos espacios (2): y sea tu guía el ángel grande que le guiaba (3).»

«Alcázar hermoso y de gran primor, se presenta con mucha magestad: luces despiden de grandeza grande, todo lo baña con su resplandor. Cúbrenle nubes de claridad y bondad por todas sus partes con magnificencia: digno es de que se le ofrezcan dones en alabanza, como que tiene algo de divino su adorno. Su jardín adornado de flores, cuyo asunto son las plantas fijadas con gran fantasía, exhala suaves olores. Mueve el aire sus ramas y causan suavidad y armonía, siendo como una música concertada. El campo espacioso por todos los alrededores se deja ver ameno, y en una verdura continúa.»

Después del vestíbulo sigue la sala de los retratos, que son dos habitaciones separadas por un templete.

Volviendo á la primitiva antesala, subimos al patio de los cipreses. La galería de entrada, tuvo en otro tiempo pintadas las paredes con escenas de costumbres árabes y cristianas. Aquellos frescos han desaparecido y solo impera allí la cal, que todo lo destruye.

Divídese el patio en cuadros de adelfas y diferentes flores, circundado por una hilera de rosales, cipreses y arrayan.

(1) Caballo de Mahoma.

(2) Mahoma.

(3) El ángel Gabriel.

El día que visité á Generalife saltaban todas las fuentes y conté en este patio treinta y nueve.

Allí está dominando á los demás árboles, el ciprés de la *Sultana*, testigo de la horrible calumnia que vino á turbar unos amores inocentes y puros. El tronco del célebre coloso ofrece una profunda cavidad, pues los viajeros que lo visitan arrancan una astilla de su corteza. Yo hice lo mismo, y guardé la preciosa madera despues de lavarla en una fuente.

Subimos por una escalinata adornada con macetas á otro jardín, y de aquí entramos en una gruta frondosísima. Pero quedaba todavía otra sorpresa. Era preciso ver los últimos jardines. La escalera que entre bosques frondosos conduce á ellos, se divide en tres descansos con igual número de fuentes, y por los costados baja el agua desde grande altura, por unos canales ó acueductos descubiertos.

El ruido de las fuentes; el del agua que se derrumba en lípidos borbotones; el estremecimiento de las hojas; los pájaros; el aire que mueve las ramas de la altura; la luz que penetra en el bosque; todo, en fin, constituye un mundo de armonía que seduce, que embarga los sentidos. No pronunciamos una voz, no avanzamos un paso, temiendo perder este paraíso.

Tal fantasía no se comprende ni se adivina. Mayor belleza no puede existir...

Pero me engaño... El verdadero paraíso está mas adelante, en un mirador moderno.

Asomado á sus ventanas, leí los versos de Zorrilla que tan admirablemente describen aquel panorama:

Junto á tí los Alijares
ataviados á lo moro.

Inmediato á Generalife, en la cumbre del *Cerro del Sol*, quedan vestigios de un palacio árabe. No lejos de este sitio, hubo una espléndida casa de recreo, llamada los *Alijares*, de la que dice un romance antiguo:

«El moro que los labraba,
cien doblas ganaba al día,
y el día que no trabaja
otras tantas se perdía.»

Mas allá sobre pilares
de alabastro, *Darlaroca*
con su frente al cielo toca,
que la sufre su altivez.

Darlaroca significa *Palacio de la novia*. Han desaparecido sus restos.

A su par los frescos baños
de las reinas granadinas.

Segun la opinion mas fundada estaban estos baños en el estanque llamado *Albercon de las Damas*.

A tu izquierda el montecillo
cuyo pié Genil evita,
reflejando en sí la ermita
de los siervos de la Cruz.

Todavía existe parte de la ermita de *San Antonio el Viejo*, en la márgen izquierda del Genil. Los árboles inmediatos la ocultan por completo.

A tu diestra el real castillo
sobre el cual voltea inquieta
la simbólica veleta
del bizarro Aben-Habuz.

Aben-Habuz, alcaide y gobernador de Granada, mandó edificar en el collado del Albaicin un palacio cuya veleta

era un guerrero con lanza y adarga, que tenia la siguiente inscripcion:

Dice el sabio Aben-Habuz
que así se defiende el andaluz.

Y allá mas los grandes saltos
de las aguas de la Sierra,
cuya eterna nieve cierra
de tus reinos el confin.

El manto de nieve que cubre los picos de Sierra-Nevada nunca desaparece por completo. El moro Rasis la llamó *asperisima sierra del Sirgo*. Los antiguos le dieron diferentes nombres, tales como *Sierra de la Helada*, *Xolair*, *Solaira* y otros.

El círculo de esta montaña y las sierras de *Alhama*, *Loja*, *Montefrio*, *Parapanda*, *Elvira*, *Moclin*, *Colomera* y *Cogollos* forma la muralla ó cerca de Granada.

A tus pies *Torres bermejas*.

Estas torres, bastante destruidas, no se ven desde Generalife, por impedirlo el bosque de la Alhambra.

Y bajo ellas el espacio,
respetando del palacio
de su rey, los valles frescos
donde habita la salud.

Por ambas márgenes del *Darro* se elevan ásperos montes cubiertos de una robusta vegetacion rica en frutales, álamos y numerosos bosques, entre los cuales aparecen *cármenes* y jardines fertilizados por aguas que se filtran

desde las cumbres. El monte de la *márgen derecha* está poblado de casitas y miserables cuevas que habitan los gitanos, y el de la *márgen izquierda* guarda en sus selvas riquísimas fuentes como las del *Avellano*, de la *Salud* y la *Agrilla*. Los moros venían á los cármenes de estos lugares á recobrar la salud perdida.

Antes de abandonar el palacio y mientras acababan de formar un ramo de flores, me senté junto á las columnas en el jardín de entrada.

Caía la tarde. Nubes sombrías vagaban en la atmósfera, y las tinieblas de la noche estendíanse por la Vega.

A mi oído llegaban los rumores del agua. Los *suspiros* y los jazmines embalsamaban el patio. Abrí el libro de Zorrilla y quise leer; mas á los pocos instantes suspendí la lectura; todo me distraía. Era imposible abstraerse en un solo pensamiento. En aquel sitio y á tal hora se pierde la imaginación entre mil confusas ideas. Unos pájaros vinieron á los árboles del jardín. ¡Acaso sus abuelos buscarían abrigo en las mismas ramas, cuando los árabes eran señores del palacio! Hoy todo ha variado, pero las inocentes aves encuentran igual abrigo y seguridad.

Salí de Generalife y bajé por las alamedas de la Alhambra.

Era de noche. El aire estaba impregnado en esos olores indefinibles y distintos de agua, yerba, flor y arbusto; ricos gérmenes de *sávia* y salud, que se aspiran con *ánsia* y parecen derramar la plenitud de una vida j6ven y poderosa.

A través de los árboles brillaban algunos farolillos, que aparecían y desaparecían segun el movimiento de las trémulas hojas.

El rumor de las aguas era pausado, como si no quisieran turbar el misterio de la noche silenciosa y tranquila.

Es imposible pintar el encanto de la Alhambra en estas horas. El alma lo comprende sin acertar á describirlo.

La imaginación desconoce límites.

La palabra es limitada, y por eso no sigue el vuelo de la idea.

PASEO POR GRANADA.

Mirada al pasado.—Algunos monumentos.—Dos tradiciones.—Las granadinas.—Atmósfera de Granada.—Pelar la pava.—Los gitanos.

I.

Granada es una pobre vieja; pero se respira en su seno tanta poesía y hermosura, que sin querer amais á la vieja.

Las calles súcias y feas en su mayor parte; el mal piso; los mendigos y vagos, todo esto quita algun prestigio á la ciudad; mas olvidando estas miserias (necesarias por otra parte puesto que en todas cosas hay algo que lamentar) encuéntranse delicias que solo se conocen en Andalucia y de Andalucia en Granada.

Nada hay tan curioso como un paseo por esta ciudad. Donde quiera encontramos vestigios de la dominacion árabe. Arcos de herradura, ajimeces, inscripciones, recuerdos en fin de otros siglos, aparecen sin cesar á las miradas del viagero.

La historia y la tradicion, la verdad y la fábula, la realidad y la fantasía, se unen para formar una cadena de memorias inmortales.

Y es que pocas ciudades encierran los recuerdos que Granada; pocas despiertan tan vivo interés. Fuera de su lado os parecerá su nombre un mito; os recreareis en su pasado; pensareis en su historia, historia embellecida con

miles de leyendas y romances, y repetida con entusiasmo por los poetas de todos los tiempos.

Mas estoy divagando y á la verdad confieso que no sé por donde empezar mi paseo. No voy á hacer un estudio completo de Granada, sino solamente á bosquejar algo y á callar mucho. Ante todo, lanzando una mirada retrospectiva vengamos á los primeros tiempos de la *perla de Occidente*.

El origen de Granada es muy dudoso. Su antigua historia se halla envuelta en una série de fábulas á cual mas estrañas, pero lo que se sabe de cierto es, que estuvo 778 años bajo la dominacion de los árabes.

Su primer rey moro fué *Aben-Habuz*. Este y su hijo *Betis* proclamaron rey á *Mohamet Alhamar* y sucesivamente siguieron cuarenta y cuatro monarcas hasta *Boabdil*, apellidado el *desventuradillo*, durante cuyo mando ocuparon los reyes Católicos la ciudad, el viérnes 2 de enero de 1492.

En tiempo de los moros tenia Granada diez y ocho puertas á saber.

La de *Vivalmazan* (de la conversion.)—La de *Vivarambla* (del arenal.)—La *Vibracha* (del abasto.)—La de *Vivataubin* (de los ermitaños.)—En ella fundó el rey *Mahomat Aben Alhamar* una torre de la que mas tarde hicieron los reyes Católicos un castillo.—La de *Bibnitre* (hoy del pescado.)—La de *Güejar* (hoy de los molinos.)—La del *Sol*.—La de la *Alhambra* ó *Bib-Leuxar*.—La de *Guadix*.—La del *Albaicin* (que llamaban *Puerta del osario de los hijos de Adan*.)—La de la *Señoría* ó *Bib-Cieda*.—La de *Fajalauza* (del collado de los almendros.)—La *Bib-Eleur* (del Leon.)—La del *Alacavar* (de la cuesta.)—La *Bib-Albonut* (de las banderas.)—La *Datrilio*.—La *Monaita* ó *Monaica* y la de *Elvira*.

Todos los historiadores convienen en que Granada fué una de las ciudades mas florecientes y que su grandeza en tiempo de los árabes no tenia rival.

Ha producido en todas épocas hombres ilustres, y entre otros citaremos á *Fray Luis de Granada*; al jesuita Fran-

cisco Suarez; al escultor, pintor y arquitecto Alonso Cano; al pintor Pedro Antonio Bocanegra; á Pedro de Moya, pintor, discípulo de Vandyk; á Lope de Rueda, escritor dramático; á don Alvaro Cubillo y Aragon, poeta; á don Pedro Hurtado de Mendoza, distinguido escritor; y en nuestros dias á hombres tan eminentes como Martinez de la Rosa.

II.

Sin descender á enumerar todos los monumentos que posee Granada, indicaremos en este *paseo* algunos de los que probablemente encontrará á su paso el viagero curioso.

La Alcaiceria (casa de la seda) era el lugar destinado al comercio de la seda. Se llamó además *Casa del César*, porque Julio César dió privilegio á los árabes *Hamitas* para que ellos exclusivamente pudieran criar y beneficiar la seda.

En Granada es un recinto con sus calles y puertas. Un incendio lo destruyó en 1843 y se ha reedificado conforme al gusto oriental.

El *Zacatin* es una calle estrecha donde tenian los moros su principal comercio.

Palacio de la Audiencia.—Está en la *Plaza Nueva*. Tiene una rica portada de alabastro, jaspe verde y mármol. La escalera principal es notable.

Catedral.—Se puso la primera piedra en 15 de Marzo de 1529. La planta del edificio es de cuerpo humano. La cabeza está formada por la capilla mayor. El cuerpo total consta de cinco naves, con tres puertas á Oriente, Mediodia y Setentrion. Las columnas son elevadísimas. El coro magnífico. Algunas pinturas de gran mérito. El conjunto de la fábrica, suntuoso. Fué maestro de la obra Diego de Siloé.

En la catedral se halla la *Capilla real* que tiene una

puerta al crucero de aquella. En dicha capilla existe la urna y mausoleo de los reyes católicos. El túmulo es de dos varas de altura; va adornado con relieves de ángeles y trofeos, y sostiene sobrepuestos en alabastro y de tamaño natural, los cuerpos de doña Isabel primera y don Fernando quinto.

Hay otros dos túmulos colaterales, de la misma forma y materia aunque mas altos, con las esculturas de los monarcas don Felipe y doña Juana su esposa.

Corral del Carbon.—Era una casa real que servia á los moros para hospedar cierto número de soldados de caballeria, cuya obligacion consistía en recorrer la Vega á fin de que los habitantes de la ciudad estuvieran tranquilos. Se edificó despues que los reyes Católicos ganaron á Alcalá la Real. Mas tarde, siendo Granada de los cristianos sirvió para representar comedias hasta que se construyó el teatro principal. Hoy es casa de vecindad y lavadero; está sumamente destrozada y solo conserva de notable el arco de la fachada.

III.

El zapato de plata.

En el convento de monjas *Capuchinas* ó de San Anton se vé en una capilla un crucifijo de tamaño natural, vestido con una larga túnica y mostrando en su rostro severo tan indefinible espresion, que no puede decirse si inspira respeto ó espanto.

Esta escultura se llama comunmente el *Cristo del zapato*, porque el pié izquierdo aparece cubierto con un zapato de plata, mientras que el derecho está desnudo.

Una tradicion piadosa esplica del modo siguiente la falta de calzado en el pié derecho.

Una pobre viuda tenia una hija que mantenía á su madre con el producto de su trabajo.

La jóven cayó enferma, y desde aquel momento faltaron los recursos á la viuda.

En tal situacion, fuese esta una mañana á las Capuchinas y arrodillada delante del Cristo del zapato le pidió el consuelo que tanto necesitaba.

El Cristo movió el pié derecho y el zapato de plata que lo revestia vino á caer junto á la infeliz.

Trémula de espanto llevó á la sacristia la preciosa alhaja y contó el hecho al capellan del convento, presente á la sazón.

Creyendo el sacerdote ver en las palabras de la muger un pretexto para robar el zapato, la despidió incómodo y colocó por su mano aquella prenda en el pié del Señor; pero el Crucificado la dejó caer de nuevo, á presencia de todos y el zapato fué entregado á la viuda, como un rico don que le enviaba la Providencia.

La historia del zapato de plata será un imposible para muchas personas, y para otras no. Estas distintas opiniones se traducen de dos modos. La primera de aquellas significa incredulidad; la segunda religion y fé.

El farol de San Matias.

La iglesia de S. Matias se halla en Granada en la calle de este nombre.

Su fachada es modesta y tiene en el centro, sobre la portada, la imágen del patrono, á la que dá luz todas las noches un farolillo.

En tiempos pasados era costumbre que el sereno de aquellos alrededores se sentara en los escalones del templo, mas esta costumbre ha desaparecido desde que sucedió lo que vamos á referir.

Una noche vió el sereno llegar un hombre, que acercándose al farol que tenia junto al chuzo dijo:

—Con permiso de usted, voy á encender el cigarro.

A cuyas palabras respondió el sereno con mal modo.

—Amigo, váyase á encenderlo á otra parte, que yo no doy lumbre.

—Pues el santo me la dará: repuso el recién llegado, que era el diablo en persona, y al mismo tiempo su cuerpo empezó á crecer desmesuradamente hasta el punto de abrir con la mano la portezuela del farolillo y encender el cigarro.

Hecho esto, recobró el diablo sus proporciones ordinarias y siguió su camino, mientras el sereno hacia por vigésima vez la señal de la cruz.

Sin duda es muy inverosímil esta tradición, pero encierra una moral que no vacilamos en traducir por la obligación que todo el mundo tiene de hacer un favor á quien lo solicite, pues Dios protege al ofendido sin causa, aunque este sea el diablo.

IV.

Hablar de Granada y olvidar á las granadinas, sería un delito imperdonable.

En una tierra como Andalucía donde las mujeres son flores, pecaría de mal gusto quien pasara en silencio lo que se debe decir al mundo entero.

Y aquí recuerdo la copla que empieza:

Si me pierdo que me busquen
hácia el Sol Mediodía.

Sin duda el autor de la tal copla debió visitar á Granada, porque en nuestro humildísimo sentir Granada es acreedora, como pocos puntos de Andalucía, al pensamiento de los versos que habeis leído.

Ultimo despojo de los hijos de Oriente, último rayo del sol árabe que se ocultaba, las mujeres granadinas recuerdan la raza á que muchas deben su origen.

Ojos hermosos, facciones árabes, color tostado, su belleza y sus encantos no tienen igual.

V.

En ninguna parte he visto tantos pájaros como en Granada. En ninguna parte he visto tantos jardines, tantos arroyos, ni tanta agua que corre y salta y suspira y murmura y ruge. Por último; en ninguna parte he sentido tantos rumores de hojas y ramas.....

Granada tiene una atmósfera particular. Aquí se experimenta algo inesplicable. La atmósfera de Málaga causa languidez. La de Granada hace soñar.

Es una atmósfera de amor la que gravita sobre el espíritu. De amor vago, tierno, apasionado.....

Y es que Granada es hoy la ciudad de Felipe II y Carlos V, con sus misterios, sus trovas y sus serenatas.

VI.

Todos sabeis lo que es *pelar la pava*; pero sino visitásteis la Andalucía, y de Andalucía Granada ignorareis que esta costumbre tiene una poesía infinita.

El aspecto que presenta de noche la población es muy raro. De trecho en trecho veis arrimado á la pared junto á una reja algun embozado. En las calles donde el alumbrado escasea pensais que el bulto es un ladron, pero bien pronto una palabra pronunciada con voz de muger os tranquiliza.

Nada tan encantador como las fantasías de esas conversaciones en el silencio y la media luz de la noche, aspirando tal vez el aliento de la muger querida, separada de su adorador por la implacable reja de hierro.

¡Quién sabe si llegan hasta la boca del amante los suspiros de la criatura que tiene á su lado!

Si no conoceis esta tierra no sabreis formaros una idea,

siquiera remota, de los misterios dulcísimos que guardan las noches granadinas. Dudareis de mis palabras, y sin embargo, pudiera contaros muchas historias bellísimas..... Mas no temais que os moleste; prefiero ocultar en mi alma los recuerdos de tantas fugaces horas.

VII.

Raza proscrita y errante, los gitanos parece que sufren una maldicion que los hace aborrecibles de todo el mundo. Por eso viven solos sin mas trato que con sus propios hijos; sin permitir que á su raza se mezcle otra gente que la suya.

En Andalucia hay multitud de gitanos, y en cada poblacion tienen un barrio exclusivo que los aparta de todo contacto humano.

La existencia de estos séres es en general pobre y miserable.

Los hombres ganan su vida dedicados principalmente al oficio de herreros y esquiladores, y las mugeres fabricando cestas de mimbre y vendiendo géneros de algodón ó cambiándolos por ropa vieja.

En Granada abandonan su barrio todos los juéves para ir á la féria de ganados que se celebra en las alamedas del Genil, y donde segun sus tradicionales truhanerías engañan ó procuran engañar á todo prógimo inocente.

Mas no creais que esta féria es de importancia: se reduce á algunos pollinos y caballejos flacos, enfermos y llenos de alifafes: hé aquí todo.

El barrio que los gitanos ocupan en Granada merece una descripcion y voy á hacerla en cuatro palabras.

Se sube á él por la *Carrera de Darro*. Dejando á la izquierda el camino del Albaicin encontramos una cuesta á trechos llana y á trechos áspera.

Por la derecha se estiende una tapia, y detrás de esta bajan los cármenes de la orilla derecha del rio.

Por la izquierda se eleva un monte vestido de chumberas y al principio del monte ó sea á la orilla del camino empiezan las cuevas, reducidos agujeros con una pequeña puerta, que al mismo tiempo suele servir de ventana. En estos oscuros albergues se amontonan familias enteras de gitanos, con el apéndice de gallinas, cerdos ó cualquier otra especie de animales.

Ondulan por los montes torcidas veredas y por todas partes se ven las bocas de numerosos antros, á cuya puerta toma el sol alguna vieja, ó se peina una muchacha, ó juega alegremente algun negro gitanillo desnudo como el amor.

Si quereis estudiar costumbres *flamencas* id á este paseo. El camino es incómodo, pero podeis oir cantos desconocidos y ver bailes voluptuosos; y cuando no tengais más que observar, seguid adelante y al llegar á una de las vueltas del camino volved la cara.

En el fondo de un valle está Granada.

Así aparece Damasco á los ojos del caminante.

El paisaje delicioso que contemplais compensará vuestras fatigas.

LA ALHAMBRA.

A SALVADOR.

I.

¡La Alhambra! Este solo nombre arrancará al lector una sonrisa ó un gesto desdeñoso. Y es natural.

No hay monumento que, como aquel, haya ocupado tanto la atención.

Desde los romances árabes que celebraban las bellezas de esta señora de los alcázares, hasta Zorrilla que con mágico estilo nos ha revelado sus leyendas, todos los escritores le han tributado una memoria, todos le han dedicado un cantar mas ó menos dulce, mas ó menos profundo, mientras el arte pictórico, unido íntimamente á la literatura retrataba sus detalles.

Sin embargo, la última palabra no ha sido aun pronunciada, porque el sentimiento, uno en su síntesis, afecta multitud de ideas para traducirse.

II.

Subiendo á la Alhambra por la calle de los *Gomeles* y

al otro lado de la puerta de las *Granadas* empieza un bosque de árboles erguidos y poderosos que se elevan á colosal altura.

Su vegetacion aparece bajo una forma de opulencia magnífica. Unos álamos muestran sus troncos rectos como los mástiles de un buque, ó menos erguidos, determinan curvas y ángulos distintos.

La mayor parte están revestidos de yedra, cuyas hojas verdes y finas, constituyen una caprichosa malla, un tejido de escamas que ciñéndose al vigoroso brazo que las sostiene, llegan hasta el pabellon de ramaje, á la manera de un gigantesco lagarto.

¡Cuántas combinaciones en el movable abismo de hojas, en las perspectivas, en los colores!

Hay momentos en que un rayo de luz rompe el tono general del cuadro, se abre paso á través de las ramas y cae sobre los claros del camino, como una aureola admirable. A veces esa misma luz derrama hebras que parecen de oro y en líneas diagonales bajan desde la altura, ó mientras en el fondo del bosque todo es sombra, las encumbradas ramas de los álamos vagan en una atmósfera brillante y rica de tintas resplandecientes.

Por ambos lados de la cuesta corren bullendo y murmurando frescos y cristalinos arroyos.

A través de la selva, se descubre en la loma de la izquierda la puerta *Judiciaria*, la *Torre de las cabezas* y mas allá la de los *Siete suelos*. A la derecha y sobre la opuesta colina hay dos torres unidas, aunque de altura desigual: son las *Torres bermejas*.

Entre las ramas se escuchan sonidos de pájaros y brisas: armonías de la naturaleza en el valle; armonías del cielo en la bóveda de los árboles.....

III.

El ruisenñor no es en Andalucía un ave de gran mé-

rito: nace en sus campos y no ofrece novedad alguna.

La aurora recibe sus trinos y la noche lo sorprende repitiendo sus melodías.

Su canto es un sacerdocio y su mejor santuario la Alhambra.

La Alhambra debe considerarse como el primer monumento de la arquitectura. Las ciclópeas construcciones de Asia y Egipto y los templos de Grecia, le escederán en magnificencia pero no en sentimiento. Las pagodas de la India, los palacios de Balbek son una idea; la Alhambra un suspiro.

El ruiseñor lo comprende así; por eso la busca para elevar su nido en las almenas de sus torres.

Durante la noche, turba de tiempo en tiempo las serenatas del músico un acento misterioso... Es la campana de la *Vela*, inmortalizada por un canto popular.

Esta campana tiene una dulzura extrema. El habitante de Granada la mira como el complemento de su vida, pues según la expresión genuina, *acompaña*. Acompaña, sí, porque conserva en el alma las memorias del pasado.

Alegre vibra el 2 de enero, aniversario de la toma de la ciudad, y entonces y solo entonces, su voz se repite con inflexiones acomodadas al capricho de la mano que agita la cuerda.

La creencia vulgar dice que la muchacha que toque la campana aquel día, habrá de casarse en el año que empieza, y este atractivo lleva á la torre moruna crecido número de jóvenes y con especialidad de los pueblos de la *Vega*.

Después de ese aniversario solemne, torna el bronce á la monótona modulacion nocturna y limita sus ecos á señalar las horas para la distribución de las aguas que riegan los campos.

IV.

De buen grado analizaria uno por uno los notables monumentos con que nos brinda el recinto de la Alhambra. Mencionaria la puerta del *Juicio* ó *Judiciaria*, edificada por orden del sétimo rey de Granada Yuzef-Abul-Hedjadj que ocupó el trono en 1333 y administraba justicia bajo esta puerta. Dedicaria algunas palabras al precioso modelo de la arquitectura arábica que subsiste á la entrada del patio de *los algibes* con el nombre de *puerta del vino*... pero todo está dicho y repetido hasta la saciedad; y si añado un nuevo artículo á los muchos que ha merecido esta fortaleza, no es culpa de una presuncion que estoy lejos de sentir, sino de un egoismo disculpable ciertamente, puesto que tiene por objeto recordar horas, dias, épocas felices.....

V.

Pasemos en silencio el palacio de Cárlos V, que se muestra orgulloso en el *patio de los algibes*.

Asomémonos al *cubo*: contemplemos á nuestro sabor las terres que se alzan cerca de nosotros; los muros grieteados, viejos, vacilantes.....

Esos muros, tostados por la mano de los siglos, descubren anchas cavidades en la union de las piedras. Merced al ausilio de algunos átomos de tierra han nacido entre las aberturas ramas humildes que pintan de verde los macizos cuadrados de la construccion. Tan pronto se agitan á impulsos del viento, como se doblan agoviadas bajo el peso de la lluvia y destilan poco á poco las gotas puras, limpias, transparentes.

Encanto de las aves, sirven aquellas hijas del reino vegetal para sostén del mundo alado. El errante gorrion detiene allí su vuelo y la golondrina acepta el brazo que la invita á descansar.

Muros y ramas. ¡Cuánto decís en vuestro lenguaje mudo! Pero el poema de vuestro silencio habla de una felicidad perdida.....

¿A qué seguir? Inútiles divagaciones son las que vienen á descubrir un abismo entre el ayer y el hoy.

VI.

Volviendo al *patio de los algibes* y al extremo de una ligera pendiente hay una pared elevada que forma ángulo con uno de los frentes del palacio de Cárlos V.

Una puerta dá ingreso al edificio que es la *casa real de la Alhambra*. El contraste que existe entre la fachada y el interior, aquella humilde, este maravilloso, dice hasta donde alcanza el egoismo del carácter oriental. Ese pueblo, al contrario del nuestro, amaba el fausto en cuanto podia servirle de recreo ó comodidad, pero sin aspirar á revelarlo al transeunte. Nada de lujo exterior en los edificios particulares: ¿qué importan los ojos del curioso? Mirad en buen hora; solo vereis altas paredes y una que otra misteriosa ventana defendida por la especie de red que forma la celosía. En cambio, asomaos dentro: aquí empieza el paraíso.

Análoga impresion produce el *patio de los arrayanes*, vanguardia ó prólogo de las bellezas escondidas en el alcázar.

¿Necesitaré describir minuciosamente este resto de la arquitectura árabe?

No en verdad. Tú lo conoces como yo.

Juntos hemos visitado la preciosa mezquita del palacio, transformada en capilla. Juntos hemos admirado la encantadora *sala de baños* con su cúpula tachonada de estrellas, cuyos ingeniosos agujeros dán paso á la luz del día que descende al fondo de la estancia. Juntos tambien hemos recorrido el arrogante *salon de Comares*, la tradicional sala de los *Abencerrajes*, el magnífico *patio de los leones* con sus dos templetos, dos miradores, ciento veinte y cuatro columnas y la marmórea fuente que tanto nos hacia reir.....

¿Te acuerdas? Aquellos doce leones que la sostienen glaciales, rígidos y casi informes, eran nuestra delicia porque comparábamos la torpe mano del artífice, con el enfático poema esculpido en torno de la fuente, que dice entre otras cosas. «¡Oh tú que miras estos leones que acechan, el respeto (al califa) les impide manifestar su enemistad!»

VII.

Cerca del palacio de Cárlos V hay una bajada sombría, y á la mitad próximamente un reducido arco de herradura que dá salida á una pequeña esplanada, la cual tiene á su vez por límite una puerta; *la puerta de hierro*. Pasada esta, aparece el camino de *Fuente-Peña* ó *Peña-Partida*.

Zorrilla en su poema GRANADA lo describe así:

Este arrecife tortuoso,
que estiende sus líneas combas
entre yedras y gayombas,
madreselvas y jazmin,
solitario, áspero, umbrío,
parece el lecho de un rio
que dividió en otro tiempo
el alcázar del jardin.

Los versos que preceden hacen inútil toda narracion por mi parte, y lo mismo debo decir en cuanto á las torres de la fortaleza que de trecho en trecho rompen la uniformidad de las murallas erigidas sobre el barranco.

Dejo, pues, hablar á Zorrilla.

La torre allí *de los picos*
se eleva, cuyos cimientos
defienden encantamientos
de un sábio conjurador.

Este torreón se halla en buen estado y muestra en su fachada un precioso ajimez.

Allá la *de la cautiva*,
donde entre s6n de cadenas
viene á lamentar sus penas
el alma de una muger.

Varias tradiciones han inmortalizado esta torre que, como las restantes de la Alhambra ofrece á la fantasía ancho campo para fingir leyendas maravillosas; pero ante las dudas de la fábula prefiero omitir toda relacion aventurada.

Y allí, en fin, el pié cercado
de adelfa y silvestres plantas,
la torre *de las Infantas*
se alza con régia altivez.

A las torres citadas hay que agregar la *del agua*, aunque por su estado de ruina y abandono apenas tiene interés alguno.

VIII.

Aquí terminan mis observaciones acerca de la Alhambra, que juzgarás demasiado breves y escasas de erudicion.

Y sin embargo, yo deberia haberte ofrecido un estudio minucioso, concienzudo, por que como tú, conozco la historia de aquella joya granadina y contigo he meditado en sus vicisitudes, en su esplendor, en su decadencia....

Mas nada de eso; renglones desaliñados, un embrion de artículo es el fruto de mis memorias, la realidad de mis apuntes de viajero.

¿Quién puede comprender las anomalías del espíritu humano?

LA CARTUJA.

Quisiera al describir la Cartuja de Granada, encontrar palabras que espresaran lo bastante cuanto encierra de magnífico este resto de grandeza escondido entre los olivares de la Vega.

Perdonad.... Algunas frases vulgares van á dibujaros una maravilla del arte, y serán el compendio de todo lo que he *sentido* en la Cartuja.

Soy como esas aves que cruzan el horizonte sin dejar en pós de si otra huella que el eco de su canto.

Soy como la brisa que turba un instante el silencio de los bosques y muere en las lejanías de lo desconocido.

Y ¿qué es el hombre sinó el ave de un dia, cuyo canto muere apenas exalada la última nota? ¿Qué es sino la brisa que se pierde muy lejos cuando aun hace vibrar las hojas de la espesura?

Era la época de la conquista de Granada. El ejército cristiano hallábase acampado en *Santa Fé*, y con frecuencia venian sus capitanes en algaradas á las inmediaciones de la ciudad vecina.

Aquellas correrías terminaban á veces con reñidas escaramuzas, pero los soldados del Real católico desafiaban el peligro y solo pensaban en difundir la alarma por el campo del enemigo moro.

En una de estas correrías, llegó Gonzalo Fernandez de Córdoba persiguiendo á unos ginetes árabes hasta la cumbre del cerro de *Dinadamar* (hoy *golilla de Cartuja*) y por primera vez descubrió las mil torres de la *perla de Occidente*.

El panorama era hermoso. La *Sierra-Nevada*; la ciudad entre bosquecillos y jardines, ceñida en sus contornos por rojizos muros y erguidos baluartes. La Vega sembrada de innumerables pueblos, regada por la corriente del *Genil* y de anchurosas acequias. De un lado la nieve de la Sierra; de otro el tapiz de frutos y flores de la campiña.

Considerad este cuadro palpitante de vida, de movimiento, iluminado por el sol meridional, y fácilmente comprendereis la alegría del caballero, que tenia delante de sí tantas y tan codiciadas bellezas.

El capitan dió gracias al cielo por el favor que le concedia, y prometió fundar en aquel sitio un monasterio.

Empezada la obra vinieron tres monjes de las cuevas de Sevilla, los cuales fueron asesinados por los moros, quedando con este motivo paralizada la construccion. Mas tarde, la casa del Paular de Segovia se encargó de esta, y obtenida licencia del Arzobispo don Antonio de Rojas en febrero de 1514 y de la reina doña Juana en noviembre de 1515, se comenzó el convento en enero del año siguiente, siendo prior el padre don Pedro de Valdepeñas, profeso del Paular de Segovia.

Sobre un estenso llano ó compás poblado de árboles, se eleva una elegante escalinata que conduce á la iglesia. En la fachada de esta aparece una sencilla portada de mármol blanco y órden toscano, terminada por una escultura que representa á S. Bruno, fundador de la orden de cartujos. La portada es trabajo de Hermoso, y la estatua de su hermano.

La puerta de la iglesia está formada de madera de parra, simbolizando quizá la entrada á la *viña del Señor*.

El encargado del monasterio nos condujo á una pequeña habitacion y de aqui al *claustro grande*.

Dicho claustro tiene 76 arcos sostenidos por columnas toscanas, y las paredes revestidas de lienzos de Cotan y otros pintores de la escuela granadina.

Seria tarea muy dificil esplicar las maravillas de aquellos cuadros. ¡Qué perspectivas! ¡Qué verdad! ¡Qué colorido! ¡Qué conjuntos! ¡Qué figuras!....

Si sois entusiastas de la pintura, id allí, y pasareis sin advertirlo horas y horas en la contemplacion de tan repetidas bellezas.

Entramos en la *sala de profundis*, cuyo único adorno consiste en un retablo ó portada encerrando las figuras de S. Pedro y San Pablo; todo pintado en la pared, pero de tal manera, que para convencerme de que las columnas no eran de piedra necesité acercarme y tocar... y aun así dudaba.

Se sigue al *refectorio*, larguísimo salon con ventanas altas, en cuyo testero hay una cruz que imita ser de madera; y es tan admirable la naturalidad de esta pintura, que cuando están abiertas las ventanas y entran los pájaros, muchas veces van á posarse sobre la cruz y engañados caen al suelo.

A la derecha de la sala se conserva una especie de tribuna, que servia para que un religioso leyese en voz alta durante la comida de los cartujos.

Subí los primeros escalones, y ¡cuál sería mi estrañeza al encontrar las paredes cubiertas de multitud de firmas, inscripciones y poesías en varios idiomas!

Aquellas paredes eran un álbum interesantísimo; una esposicion de almas. No lo dudeis. En semejante sitio no podia existir la mentira. Cada palabra, cada frase retrataba un corazon; revelaba un alma, advirtiendo que todos los corazones latian con el mismo sentimiento y todas las almas abrigaban igual idea. Fuera de los umbrales del convento habria entre los autores de las firmas y las

inscripciones creencias opuestas, opiniones distintas; y sin embargo, todas se hermanaban en un reducido espacio, bajo el techo de una habitacion desnuda, abandonada, para abrigar una misma idea; la religion, esa cadena misteriosa cuyos eslabones extremos se confunden en uno solo.

Pasé largo rato leyendo aquellas inscripciones, y confieso que mi sorpresa aumentaba conforme leia. Muchos letreros estaban casi borrados ó mutilados de tal modo, que no podia reconstruir sus palabras. Habia diferentes poesías, y entre otras copié las siguientes, que ignoro á quien pertenezcan, por que les faltaban las firmas.

¿Qué tengo, pobre de mí,
hoy de haber vivido ayer?
Solo tengo el no tener
las horas que ayer viví:
lo que hoy de ayer discurrí
diré mañana si soy;
pero tan incierto estoy
de que mañana seré,
que quizá no lo diré
por haberme muerto hoy.

Ahora pues desengañado
llorar quiero arrepentido,
mi Dios, lo que os he ofendido
tan ciegamente ignorado:
pésame de haber pecado
y aunque el dolor del tormento
dió motivo al sentimiento
no es por eso lo que lloro;
que solo porque os adoro
el haber pecado siento.

Piensa que te has de morir,
piensa que hay gloria é infierno,

bien y mal, y todo eterno
y que á juicio has de venir.
Ponte luego á discurrir
tu vida y modo de obrar
y que ahora sin pensar,
si te diese un accidente
y murieses de repente
¿dónde irías á parar?

Leyes y fin de tu estado
procura observar, de suerte
que cuando venga la muerte
con ella te halle ajustado:
estima el ser despreciado
por Dios, y vivir penoso
abraza pronto y gustoso,
que si así vives y mueres
no habrá cuando cuenta dieres
juicio ni juez riguroso.

Al lado de estas décimas tuve el gusto de ver unos versos, firmados por Enrique del Castillo y Alba, que decían así:

Gloria al Señor que en el celeste espacio
y por la tierra su poder estiende
permitiendo la entrada en su palacio
al que de la virtud la senda emprende.
Los ángeles te alaban á porfía
con himnos de placer y de victoria
y yo, Señor, mostrando mi alegría
con ellos siempre cantaré tu gloria.

Cada vez mas sorprendido abandoné el *refectorio*, y acompañado de mi guía entré en la iglesia.

A decir verdad, no existe en ella la unidad de adornos y bellezäs que dá por resultado ese conjunto armó-

nico y magestuoso necesario á las obras arquitectónicas.

Anteriormente poseía gran número de magníficas pinturas y esculturas, mas cuando la invasión francesa desaparecieron muchas, aunque hoy se conservan todavía algunos hermosos lienzos de Atanasio, de Sanchez Cotan y de Guiaquinto.

Las puertas del coro son primorosísimas y tienen delicadas ensambladuras y embutidos de plata, concha, nácar, marfil y ébano. Dichas puertas y las de la sacristia, así como la cajonería de esta, son obra de un lego del convento, llamado Fray José Vazquez.

La capilla mayor es de fábrica gótica y plateresca y en el retablo hay una escultura representando á S. Bruno, de la cual dijo un artista extranjero, que no hablaba *por que no hablaban los cartujos*.

A continuacion del altar mayor está el *Saneta Santorum*, cuyo inimitable decorado pertenece á Francisco Hurtado Izquierdo y los frescos á Antonio Palomino y José Riusueño.

La sacristía es magnífica y conserva algunos preciosos cuadros. En su obra se emplearon mármoles de las provincias de Granada y Málaga; y entre otras curiosidades cuenta dos *ágatas* que pasan por las mayores conocidas en el mundo.

La Cartuja encierra infinitos objetos notables, mas para hacer mencion de todos era preciso un trabajo sumamente minucioso, que concluiría por cansar al lector.

Nada satisface tanto como ver, y esto aconsejamos á quien tropiece con estas líneas.

Salí de la iglesia.

El claustro estaba solitario.

El silencio era profundo.

Fuera del monasterio todo respiraba vida y contento.

El cielo se hallaba azul.

El sol de invierno nos envolvía con sus rayos templados.

La soledad dice al hombre,—medita,—y el hombre obedece.

Y medité....

Allí hubo en siglos anteriores un pueblo religioso, austero, penitente. Los años pasaron, y la sociedad en sus infinitas evoluciones gritó al monge que habitaba aquellos claustros. Huye de estos lugares: abandona tu casa, tu retiro, los muros de tu convento. Anda, anda, anda. Y los pobres hijos de la oracion volaron al viento de las revoluciones....

Hoy aquí, mañana ¿quién sabe?

Ese es nuestro destino.

Pero en la vida errante que nos concedió el cielo, ojalá que conservemos inmaculadas y puras nuestras creencias; ojalá que el torbellino del mundo al arrastrarnos á lejanos paises no nos arrebate las flores mas bellas del alma: la religion y el recuerdo de la pátria.

EL ALBAICIN.—EL SACRO-MONTE.

I.

El viajero que por primera vez llegue á Granada, es seguro que contemplará sorprendido un populoso barrio elevado sobre un monte fronterizo á la Alhambra, y cuyos edificios humildes en su mayor parte, le dan el aspecto de uno de esos grandes pueblos de la Mancha ó de Castilla; con la diferencia de que la poblacion vecina á la Alhambra aparece entre multitud de árboles y flores, y sus edificios se hallan por regla general pintados de blanco, detalle poco frecuente en la Mancha y Castilla, donde las construcciones vistas á cierta distancia suelen confundirse con la tierra.

El barrio en cuestion es el *Albaicin*.

Cuando el rey don Fernando III el *Santo*, ganó á los moros la ciudad de Baeza en 1227, vinieron aquellos á Granada poblando el barrio que, conocido hoy por el Albaicin, era llamado en su origen *Albeizim* (*la Baeza*). En el año 1234 los moros de Ubeda ocuparon el resto de la nueva poblacion. Unos alárabes llegados de Damasco con Tarique—Aben—Zara la fortalecieron con el castillo de *Hezna Roman* ó *Hizna Roman*, (*Castillo del granado*), cuyos muros arruinados se conservan aun y forman parte de la Alcazaba antigua.

Mas tarde edificaron los moros otra fortaleza entre la primitiva y el Darro, y hácia esta parte se estendió la poblacion, recibiendo el nombre de *Gacela*, debido al africano Bedici-Aben-Habuz.

Fué sucesivamente creciendo el Albaicin en poblacion y en importancia, hasta el punto de contar diez mil casas, llegando por último á ser tan poderoso que competía en riqueza con los vecinos de la ciudad. Tuvo mezquitas, establecimientos de comercio, fábricas y baños públicos, uno de los cuales se hallaba en la calle del *Agua*, y sobre su puerta mostraba una curiosa inscripcion de la que copiamos el siguiente fragmento.

Dios es unidad; Dios es firme. El erió las aguas y puso parte de ellas sobre el cielo para que se bañasen los ángeles, y parte de ellas sobre la tierra, para uso de los hombres. El baño en ellas es saludable y causa delicia. Como es menester tener el alma limpia, conviene que lo esté tambien el cuerpo. Las manchas de afuera dan á entender otras manchas interiores. Dios quiere la limpieza. No hay aseo sino en él. El es mi fortaleza y mi intento, y no hay Dios sino Dios, que es uno, sin mezcla de composicion.

(Traduccion del padre Echevarría).

El Albaicin no es hoy ni la mas ligera sombra de lo que ha sido. Actualmente cuenta las iglesias del Salvador, mezquita mayor en tiempo de los árabes; San Juan de los reyes, San Nicolás, San Gregorio, San Bartolomé, San Cristóbal, San Miguel, San José, San Luis y varios conventos.

Una acequia que nace en el pueblo de *Alfacar* surte de agua este barrio, y el sobrante de dicha agua se deposita en grandes algibes hechos de argamasa, formados de estensas bóvedas, entre cuyos algibes los hay muy notables como el llamado de Trillo.

En el Albaicin hay sombríos callejones; parodias de casas que alternan con cármenes, jardines y restos de murallas. Hay vallados construidos con chumberas; flores que brotan entre las piedras; calles en escalones; baja-

das inaccesibles; ruinas de edificios antiguos y modernos; montones de escombros; casas que se desmoronan; multitud de imágenes en nichos, y monumentos tradicionales.

A veces, saliendo de un estrecho laberinto de callejuelas, aparece un claro ó agujero formado por una tapia derruida, ó una placeta desprovista de edificios, y aquel agujero inesperado deja que la vista se estienda en un horizonte magnífico, que tiene por primer término la ciudad agrupada á los piés del Albaicin, como si quisiera elevarse de su valle para mostrar su hermosura á los ojos del curioso.

En las estensas plazas del barrio se sientan las mujeres y allí pasan las horas hablando, trabajando ó entregadas á ese *dolce far niente* tan comun en Andalucía, y que se ha perpetuado como una rica herencia transmitida por los árabes. Algun perezoso gato toma el sol, apoyado contra la pared de su casa: no falta una vieja de arrugada faz y exígua cabellera que da vueltas á la rueca: los rapazuelos juegan, corren y gritan: las muchachas cantan; el barbero ejerce su oficio al aire libre, ni mas ni menos que el zapatero y el sastre: las cabras, que como los demás animales, se mezclan á las criaturas humanas, comen ramas de olivo, amontonadas por sus dueños en gruesos manojos: alguna Galatea lava la ropa en el agua de los arroyos, y alguna graciosa doncella viene á llenar el ánfora en un algibe, no de otro modo que las antiguas mujeres de Israel en los campos de Palestina; y entre tanto las horas huyen y nada interrumpe la existencia pacífica de este rincón que parece dormir un sueño eterno.

Situado el Albaicin sobre las alturas de Granada, diríase que es una grande aldea aislada de todo trato con una populosa capital, y no una parte integrante de la capital misma.

Sus iglesias alzan al cielo sus modestas torres de ladri-

llos, exentas de atrevidas formas, de lujosos campanarios, de ricas filigranas.

Sin embargo, no debemos olvidar el convento de Santa Isabel la Real, que aunque de humilde conjunto, ofrece una portada del mas puro estilo gótico. Ligeras columnillas poco sobrecargadas de adornos, encierran en la parte superior tres elegantes nichos destinados á contener igual número de imágenes que no existen, aunque sí se conservan los pedestales correspondientes á las mismas. En el centro de la portada bajo un sencillo coronamiento, se ve un escudo con águila y corona y mas abajo el yugo y las flechas, atributos que aparecen en los cuarteles de los reyes católicos.

Tal es el conjunto extraño que ofrece esta parte de la ciudad, tan célebre en otras épocas y hoy recinto casi olvidado que va perdiendo rápidamente sus bellezas, para mostrar su rostro desprovisto de los antiguos encantos y cubierto con el triste velo de la miseria y la decrepitud.

II.

El colegio del *Sacro-Monte* fundado por San Dionisio Areopagita en 1610, ocupa la meseta de un cerro al que da subida un camino adornado á trechos con cruces de piedra, colocadas sin duda para que los devotos puedan rezar el *Via-Crucis*.

Muchas son las curiosidades que encierra aquel local, y en pocos lugares figuran reunidas tantas tradiciones como en el *Sacro-Monte*. Así, pues, para no incurrir en inesactitudes, acaso demasiado considerables, me limitaré á consignar lo que he visto y oído, sin añadir comentarios de ninguna especie y dejando á la *tradicion* la responsabilidad de mis palabras.

En cuanto á la descripción del edificio, debo seguir el orden que observé el día de mi visita al colegio, según las breves notas que aparecen en mi cartera; porque

el tiempo trascurrido no me permite dar estensos detalles.

Lo primero que se encuentra es un patio con una gran fuente en medio. Se pasa á un claustro, cubierto de columnas.

En el piso principal vemos la *sala rectoral*, cuyas paredes están vestidas de buenos retratos: entre ellos los hay de varios antiguos colegiales, célebres por su virtud ó su talento.

Oratorio.—Dedicado á San Dionisio Areopagita. En la capilla existen varias pinturas, que representan á Santo Tomás de Aquino, San Dionisio, Santa Catalina la Filósofa (muy buen cuadro) y la Vírgen con el niño en brazos.

En el Sagrario del oratorio se conserva una reliquia de San Dionisio Areopagita.

El paño de cátedra del citado oratorio es magnífico.

Colegiata.—En la sacristia se halla una hermosa mesa de incrustaciones de piedras, regalada por don Pedro Castro de Quiñones. En una capilla una escultura del fundador. En el altar mayor, reliquias que dicen ser de los santos mártires. Los muros de la iglesia adornados de lienzos entre los que aparecen el martirio de San Cecilio, el de San Andrés y el de San Pedro (éste muy bueno), San Miguel, el Descendimiento, la Vírgen de las Angustias, San Cecilio y compañeros mártires.

Es de notar una bellísima escultura que representa el martirio de San Serapio.

Los corredores inmediatos á la Colegiata tienen diversas pinturas.

Entramos en una especie de capilla donde hay dos esqueletos revestidos de cera; nos dicen que pertenecen á San Leoncio y San Victor. Entre ambos admírase una escultura de la Dolorosa, obra de Alonso Cano.

Las Cuevas.—Son verdaderas criptas, cortadas á veces por capillas, cada una de las cuales tiene su historia ó

su tradicion. En una de ellas se guardan diferentes pinturas relativas al martirio de San Cecilio, que predicó la fé en estos lugares.

La siguiente capilla fué la primera iglesia que hubo en Granada, y todos los domingos la visitan en procesion los canónigos del Sacro-Monte, entonando la letanía.

Capilla de la *Virgen de las Cuevas*.—Tiene dos pequeños cuadros de lindos mosaicos y una escultura de la Vírgen, cuya corona es de oro del rio Darro.

Saliendo á una de las galerias subterráneas, vemos el horno donde quemaron á San Cecilio y siete compañeros mártires. Una reja separa de la galería aquel teatro del tormento. Delante del horno arde siempre una lámpara y frente á esta hay una cruz, que segun cuentan, es la que llevaba San Juan de Dios cuando pedia limosna para los pobres.

Se halla luego el horno en que murieron San Hiscio y cinco compañeros mártires, y por último, la *Capilla de la Dolorosa*, en la cual se venera una pequeña imágen de la Virgen, traída de Zaragoza.

Despues de admirar tantas curiosidades, renunciarnos á ver otros departamentos accesorios del Sacro-Monte, y volvimos á Granada sumamente complacidos de nuestra visita.

DE GRANADA Á MÁLAGA.

**Camino de Loja.—Paisajes.—Historia.—Archidona.—
Antequera.—Recuerdo del pasado.—En el tren.—Lle-
gada á Málaga.**

A MANUEL RODRIGUEZ.

I.

Pocos minutos despues de salir en el tren para Loja nos detenemos en la estacion de Atarfe. Hé aquí un verdadero viaje de recreo. Los puntos de parada se suceden casi sin interrupcion, y el viajero disfruta á sus anchas de magníficos panoramas que no cesan hasta la llegada á Loja. En estos paseos las historias y los misterios de varias especies son fáciles de descubrir. Asómate á la ventanilla del carruaje y verás acaso una elegante cabeza de muger, mirando á otra ventanilla donde se halla su amante ó su pretendiente. El tren vuela; es imposible hablar, pero las miradas se cruzan con la rapidéz de la locomotora.

Aprovecharé los momentos de parada para decirte algo de lo que veo.

Atarfe está situada al pié de Sierra-Elvira, atrevido peñasco llamado en la historia granadina Cerro de los In-

fantes de Castilla don Pedro y don Juan, porque en él pusieron sitio contra Ismael, rey de Granada, y allí murieron ahogados de calor y polvo en la batalla que libraron el 25 de junio de 1320.

A la llegada del viajero suelen elevarse sobre las rocas numerosos grajos fugitivos. Ni una yerba, ni un arroyo recrean la vista en estos lugares que parecen malditos, pero en cambio mira el paisaje que se desarrolla ante nosotros.

Por todos lados aldeas medio ocultas entre bosques; rebaños y pájaros; el cuadro, en fin, de la vida campesina con los encantos de lo desconocido y sin los desencantos de lo que se conoce. Mas no te seduzca este panorama. Los terrenos que se dilatan á nuestro frente están castigados de la fiebre, triste huella que el rio Genil deja por donde pasa.

Detrás de las alamedas de este rio hay una pequeña ciudad: es Santa Fé. La importancia de su historia me obliga á hablarte algunas palabras de este pueblo, que por otra parte, debe visitar todo viajero que venga á Granada.

Santa Fé, edificada por los Reyes católicos, conserva su primitiva forma de cruz, y se halla separada en cuatro cuarteles correspondientes á los cuatro brazos, que terminan en igual número de puertas, en cada una de las cuales hay una pequeña capilla llamada *tribuna*.

Al rededor de la ciudad puede verse el antiguo foso que conserva el nombre de *adarve*, y en uno de sus extremos la cruz del *Ave-Maria*, memoria perpétua de la hazaña de Garcilaso de la Vega.

Viniendo de Granada por la carretera de Málaga, y al final de un bonito paseo inmediato á Santa Fé, está la ermita del *Señor de la Salud*, conocida en su origen por la *Ermita de los Gallegos*. En ella se conserva una Virgen de este mismo nombre, que las tropas gallegas trajeron cuando la conquista; y á igual época pertenecen las imágenes del Señor de la Salud y de San Juan. Tambien hay

en esta ermita una pintura que representa á San Pedro, en la que sobresale la cabeza, que es de mucho mérito.

La iglesia de Santa Fé es muy buena: tiene dos torres, y la entrada en forma de retablo, con columnas toscanas y las estátuas de los Reyes Católicos. Al pié de la cruz que corona el centro de la fachada, se vé una cabeza de piedra, que figura ser la del moro Tarfe, muerto por Garcilaso.

En la misma fachada se lee el siguiente letrero: *Esta es casa de oracion real de Santa Fé fuerte contra agarenos.*

El interior de la iglesia es notable por algunos buenos lienzos, y principalmente por uno que representa á Jesus despues de muerto. La Vírgen sostiene su cuerpo. La Magdalena, arrodillada delante del Redentor, besa su mano derecha. San Juan aparece en segundo término, mirando fijamente á la Vírgen. La figura del Evangelista es hermosa. La de la Magdalena es magnífica, y el brazo derecho casi estendido, tiene mucho mérito. Aseguran que unos ingleses ofrecieron por este cuadro 6,000 duros.

Hay, además, otros varios lienzos notables, como San Cárlos Borromeo, San Hermenegildo, la Encarnacion, y la Vírgen dando el pecho á su hijo. Esta pintura parece hecha por distinta mano y se distingue de las anteriores en la suavidad y dulzura de las tintas.

II.

La campana suena y volvemos á caminar hácia Pinos Puente.

Las estaciones que siguen nada ofrecen de particular. En cambio, el campo es delicioso y denota la riqueza de la provincia de Granada. Hay sitios encantadores; hay casas de recreo que convidan á gozar de la existencia del campo, y sin embargo, esta existencia es triste para quien está acostumbrado al bullicio de las grandes capitales, y su tristeza consiste principalmente en que los *aldeanos* no

brindan la poesía ni la belleza de que hablan los antiguos idilios. Los reyes campesinos de la Biblia ya no existen: los pastores abandonaron la zampoña y el rabel: Tí tiro y Melibéo no cantan sus amores: Galatea ha enmudecido, y la generacion de las aldeas modernas es ruda y prosáica. En la cabaña de los montes no ofrecen la tranquila hospitalidad celebrada por los poetas. Si bebes la leche recién ordeñada de las cabras, te la darán en una sucia vasija, mientras que infinitas legiones de moscas te asedian sin piedad. No te sientes á la sombra de un árbol á ver la puesta del sol, porque te espones á que una vívora te muerda ó á llenarte el cuerpo de numerosas hormigas. El trato de las aldeas es una mezcla de rusticidad y elegancia forzada, que forma un todo inarmónico y chocante. Las acciones de cada familia, de cada individuo se observan y critican despiadadamente, y al par que reina en ciertas cosas una libertad sin límites, existe en otras una etiqueta ridícula, cuya traduccion es *querer y no poder*.

La educacion de los campesinos es (al menos en España) muy limitada. Carecen de nociones aun de lo mas preciso, y tal vez contribuya á esto la circunstancia de que en muchas localidades no suelen tener los maestros de instruccion primaria los conocimientos profesionales necesarios.

III.

A medida que adelantamos en nuestro camino, Granada se va borrando del horizonte. Antes veíamos la Sierra que se eleva á sus espaldas, y ahora solo descubrimos las altas cumbres con su nieve inmaculada.

Estamos en Loja.

Prescindiré de la historia de esta ciudad que tan importante papel representó en la guerra de la conquista, y aunque me califiques de ligero me ocuparé solamente de su descripcion, puesto que aquella te será conocida al paso

que no es fácil que puedas formarte una idea del lugar á donde hemos venido.

Loja está colocada en medio de montañas que ocultan entre sus faldas hermosas huertas. Divídese en alta y baja, separadas por el río Genil que se atraviesa sobre un buen puente de piedra.

En una de las alturas de un monte hay torres y murallas antiguas.

De las sierras se desprenden riquísimos manantiales que dan á la ciudad agua abundante y que salta en diversas fuentes públicas.

El Genil no es en Loja el pequeño raudal que corre cerca de Granada. Es un río profundo y tan ancho como el Tajo en Aranjuez. Sus alamedas son frondosísimas. Al otro lado del puente hay un lindo paseo con una fuente en el centro, arriates de flores y cuatro sáuces en los extremos. ¡Triste contraste! El árbol de la muerte y la melancolía en un lugar de contento, prestando su sombra á la juventud que ríe y goza, y no á las piedras de los sepulcros.

Las casas inmediatas á la ciudad forman un conjunto como el de un *nacimiento*, y agrada verlas sobre las ásperas rocas diseminadas en los montes vecinos.

Casi todas las calles de Loja son cuestas difíciles, pero en compensación dejan descubrir á veces paisajes muy pintorescos.

Me sorprendió ver la multitud de imágenes que hay en las calles, metidas en nichos y las cuales se alumbran de noche con faroles, como sucedía en siglos pasados.

Viniendo á Loja en el tren, se halla cerca de la población un hermoso salto de agua que cae entre la verde alfombra de la vega, y en otros parajes encuentranse igualmente arroyos que se pierden bajo bóvedas de flores y frutos. Si la industria fabril se apoderase de ese elemento gratuito, podría con poco trabajo dar un grande impulso y una riqueza considerable á esta ciudad; pero observo que

el carácter de algunas provincias andaluzas no es el mas á propósito para las industrias.

IV.

Serian las doce de la noche cuando salí de Loja, empaquetado con otros viajeros en un coche que corria por la antigua carretera de Málaga. Poco despues dejamos el arrecife, y torciendo á la derecha nos internamos en una bajada, camino de Archidona.

Aquí fueron los trabajos, aquí los terribles saltos del vehículo y las descompuestas oscilaciones que ponian en grave apuro nuestra humanidad.

Manuel amigo, si tu mala estrella te conduce á Archidona por este camino, como práctico que soy te aconsejo que lo recorras á pié, á caballo, en globo, de cualquier manera, pero no en carruaje. Por mi parte, te aseguro que nunca he sufrido horas tan incómodas ni pesadas como las de aquella noche.

Olvidemos su memoria y penetremos en Archidona. Son las tres de la madrugada.

Bajaba el coche por una calle larguísima, y en verdad te digo que no acertaba allá en mis adentros con qué compararla, segun lo interminable de su estension.

Lo peor del camino quedaba atrás; asi es, que con mas esperanza emprendimos nuestro viaje á Antequera, distante de Loja cinco ó seis leguas.

Archidona fué en su origen una fortaleza que se estendia sobre tres cerros y se llamó *Arx Domina* (reina de los alcázares).

Desde la salida del pueblo hasta Antequera, el terreno es montuoso y desigual.

Cerca de la poblacion está la *Sierra del Conjuero*, en la que hay una vereda que se vé de léjos perfectamente y desaparece al acercarse á ella. La tradicion dice que fué el

camino que llevó la Virgen cuando bajó del cielo para animar á los cristianos que cercaban á Archidona.

Empieza á amanecer. Por los lados del camino se elevan varias colinas y algunas casas aparecen en diferentes puntos.

La sementera es pobre y no ha de colmar las esperanzas del labrador.

El terreno que cruzamos tiene cierto aspecto salvaje.

A las cinco y media de la mañana damos vista á Antequera.

A nuestra izquierda se alza una roca gigantesca, que parece cortada á pico. Es la *Peña de los enamorados*. ¿Has oído, Manuel? La *Peña de los enamorados*; un monumento imperecedero que recuerda la mas triste de las historias, el mas terrible de los dramas.

Permite que te refiera su tradicion.

Era alcaide de Archidona el fiero Ibrahim. Tenia una hija llamada Tagzona, la cual amaba al moro Hamed Alhaizar. El padre de la jóven, ignorando sus amores, la habia destinado para esposa del viejo alcaide de Alhama. Enterados los amantes huyen á caballo hácia el Guadalhorce, pero seguidos de cerca por Ibrahim y temiendo su venganza, suben á una roca elevada donde creen hallarse seguros. Los soldados de Ibrahim comienzan á escalar la montaña, y los fugitivos, perdida la esperanza de salvarse, arrójanse abrazados desde la cumbre, muriendo hechos pedazos. El dolor que en aquel instante siente Ibrahim se convierte luego en una rabia implacable hácia todo el mundo. Quiere olvidar el recuerdo de su hija en el estruendo de la guerra, y desde entonces empieza terribles algaradas contra los cristianos sus vecinos, llevando por último el terror á la comarca entera.

Irritados los cristianos, llegaron un dia los caballeros de Calatrava, mandados por don Pedro Giron al alcázar de Archidona, y despues de un largo sitio fué tomada la plaza al asalto. Ibrahim, segun la crónica, subió á caba-

llo al tajo que lleva su nombre y se precipitó al abismo.

Hermosa España; ¡cuántas tradiciones te embellecen! ¡cuántos recuerdos te immortalizan! No hay piedra, no hay monumento en este suelo, que no tenga su historia, ya sombría y aterradora, ya dulce, ya mística, ya amorosa.

V.

Subimos á la estacion del ferro-carril, y dejando el carruaje nos encaminamos á la ciudad.

Antequera, en un principio *Antikaria* fué famosa en tiempo de los romanos. Tuvo un castillo, hoy arruinado. Tuvo un *panteon de los dioses*, fundado por Agrippa, y otros muchos testimonios de esplendor. Despues de tanta grandeza vino un período de triste abandono pára esta ciudad, hasta que un dia los árabes la engrandecieron nuevamente.

Su vega está bañada por dos rios y muchos arroyos.

Su suelo es fértil y rico. Tiene hermosas calles y muy buenos edificios.

En el siglo XVI contaba numerosos monumentos, debidos á los cristianos. En las antiguas casas de cabildo hay un arco llamado de los *Gigantes*, donde se conservan varias lápidas romanas de la primitiva *Antikaria* y de los vecinos pueblos *Nescania*, *Singilia*, *Aratspi* é *Illuro*, cuyas lápidas vienen á ser la historia de aquellos pueblos que actualmente yacen arruinados.

Al pié del castillo de Antequera combatió don Pedro de Castilla, y combatió y venció el infante don Fernando, apellidado de *Antequera*, por haber conquistado esta plaza.

En la iglesia del Salvador se conservan las tumbas de los Alcaldes de Antequera. Posee además este pueblo otros varios recuerdos de las edades pasadas, pero cada siglo va arrancándole poco á poco sus monumentos de gloria, sus páginas de la conquista de Andalucía por los

cristianos, de aquella lucha colosal que terminó en los muros de Granada.

¡Ese es el tiempo! Los hombres y sus obras vuelan al viento de los siglos, y llega un día en que apenas nos es dado conocer la historia de los años que fueron.

VI.

A las diez y media de aquella mañana tomamos el tren para Málaga.

Encontramos alamedas y olivares estendidos en grandes llanuras.

Después de Bobadilla cambia el terreno. A los llanos suceden montes cubiertos de encinas.

Entramos en un túnel. En el fondo de un valle corre un riachuelo. En los campos pacen rebaños y yuntas de bueyes. Cruzamos otro túnel y sucesivamente diez y seis ó diez y siete. Al pasar cada túnel vemos encendida la farola del tren. Las chispas del carbon caen saltando sobre la vía. El silbato lanza su grito agudo, y la locomotora arrastrando detrás de sí la hilera de carruajes, aparece en la boca del túnel, como un reptil inmenso que sale de su guarida.

En estas obras es donde encuentro verdaderamente grande al hombre. En estas obras lo veo digna imagen de Dios; magnífico, admirable....

A orillas del camino, por la derecha, cierran el horizonte unas montañas elevadísimas, en cuyas alturas se pierde la vista.

Sobre los picos desnudos vuelan las águilas, que parecen, con la distancia, puntos fijos en la inmensidad del espacio.

El paisaje es asombroso. Su grandeza es verdaderamente sublime.

En el fondo del abismo, entre gargantas estrechísimas, corre el agua. No se oye y apenas se distingue otra

cosa que una cinta mate. Luego, en otros lugares, la corriente se ensancha, y en sus orillas adornadas de una hermosa vegetacion, se encuentran pequeños molinos de paredes blancas como azucenas. Algunas estacas fijas en el suelo y cubiertas de ramas secas, constituyen una choza.

A las montañas siguen bosques de naranjos, grupos de palmeras, largas filas de cipreses y huertas de granados y toda clase de frutales.

Un rio baña las heredades y saltá entre las piedras y desaparece á trechos bajo la espesura del campo.

Las viñas se arrastran por las colinas. Los cañaverales forman graciosas umbrías, y las pitas muestran su verde pálido.

Detrás de este paraiso vemos sierras erguidas, con sus tajos, sus valles y sus cañadas.

A la puerta de las huertas se mece alguna palmera de flotantes brazos, como centinela de aquellos verjeles.

En las casas de campo hay enredados á los cañizos ó cercas, numerosos rosales llenos de rosas. Su aspecto causa estrañeza. Delante de aquellas viviendas humildes, confundidas con las gallinas, los bueyes y los útiles de labranza, parece un contrasentido ver estas flores delicadas y de color suave, más á propósito para adornar el cabello ó el pecho de una jóven elegante, ó para lucir su gracia en un aristocrático gabinete, que para estar en el vallado de una pobre huerta, espuestas al polvo de los caminos. Pero ¡ay! ¡Cuántas flores vemos tambien en la humanidad, que debiendo vivir una existencia cómoda y hermosa, se marchitan al sol y al viento de los campos!

Hemos pasado por varias estaciones de poca importancia. A la derecha, sobre un monte, hay un castillo semejante al nido de un águila y mas abajo un pueblo. Es Alora, la antigua *Iluro*, segun la opinion de algunos historiadores que se fundan entre otras razones, en haberse

descubierto en este lugar varias lápidas romanas del tiempo de Domiciano.

Mas allá está Pizarra, en una situacion muy pintoresca.

Sigue Cártama, colocada en la pendiente de un monte. En sus cumbres se conservan vetustas murallas que recuerdan la fama que gozó este pueblo durante la época de los romanos, en cuyo tiempo se llamaba *Cártima*, y tenia numerosas estátuas, inscripciones y columnas, algunas de las cuales se descubrieron en 1752.

Insensiblemente nos hemos acercado á Málaga. Quedaron atrás los bosques y las montañas, y ahora nuestros ojos van á gozar de otro panorama que siempre miro con placer.

Allí está la playa, y las olas que rugen, y los horizontes sin límites, y las velas de los barcos, y las gaviotas que vuelan sobre las brumas...

Allí están la vida, la alegría, el recuerdo de la niñez...
¡Allí está el mar!

MÁLAGA.

A MANUEL RODRIGUEZ.

Grato es el recuerdo de la patria para el ausente; grato y doloroso á la par.

El alma se recrea en dulces fantasías y sigue ansiosa la contemplacion de las memorias que la conmueven, como la mirada sigue al ave de paso que cruza los horizontes. Pero el ave desaparece, y el recuerdo vive.

Por eso te escribo desde las costas de España, á tí que en las orillas del Sena, olvidando el bullicio y los placeres de la moderna Babilonia, de la rica, de la fastuosa corte de Francia, suspiras por el suelo nativo donde pasaron tus dias mas felices; donde te llaman el hogar y la familia.

Yo entretanto, vuelvo á Málaga á saludar con toda la efusion del placer mas puro, el cielo resplandeciente y el mar azul.

Las cumbres de Sierra Nevada habían aparecido una tarde cubiertas de nieve. Los árboles vestían el suelo de hojas secas. El campo desnudo de sus galas estaba triste y melancólico. Los crepúsculos eran sombríos. Los horizontes desaparecían entre pardas nubes, y muchas veces en mis escursiones á caballo me sorprendía la lluvia, y el aire glacial del invierno helaba mi rostro.

Algo me faltaba; la luz, mi eterna aspiracion.

Era preciso encontrarla; por eso abandoné á Granada.

Y no creas que obedecía á un deseo pueril, sino á la necesidad.

El color azul es el misterio de mi vida. El cielo cubierto de vapores me ahoga y hace flotar mi espíritu en una atmósfera de sombras que me oprimen y fatigan, como si gravitasen sobre mí con todo su peso. ¿A quién no sucede lo mismo?

Las nubes nos privan de los encantos de la luz; arrebatan su color al mar y á las montañas; aquel viste sus olas de tintas siniestras; estas pierden sus perfiles y sus perspectivas. Por el contrario, el cielo azul dá mayor belleza á los paisajes; deja notar los detalles mas leves; produce innumerables juegos de luz, y colora y anima la naturaleza.

El cielo azul es la síntesis de la hermosura, de la poesía, del infinito. El de nubes detiene el vuelo de la imaginacion y de la vista; el primero atrae; el segundo repele. Son Dios y el demonio; la ventura y el espanto; la gloria y el infierno.

El cielo azul ha revelado la inspiracion del arte á los pintores de Andalucía. La escuela andaluza tiene un *no sé qué* sorprendente y vago. Sus tonos son de medias tintas inimitables.

El cuadro parece velado por una ligerísima gasa, encanto esclusivo de esta Escuela, que no se copia ni se aprende, sino que nace en el Mediodía de España y solo á sus hijos es dado representar, porque ellos solos comprenden el poderoso secreto.

Tal es la revelacion del color azul. Si eres *artista* de corazon comprenderás ahora que mi viaje era una necesidad.

Quisiera escribirte una carta detallada de esta ciudad, para que la vieses como en fotografía, pero fuerza es que te contentes con breves notas tomadas *d' apres nature* exentas de consideraciones ni erudicion.

Algunas capitales de Andalucía tienen una fisonomía particular que las distingue de las otras. Cádiz es la mujer elegante, alegre y risueña. Sevilla es la robusta matrona rica, espléndida y adornada de suntuosas galas. Córdoba es la virgen de las montañas, adusta y grave; de vestido severo pero magnífico. Málaga joven y hermosa, se mira en el espejo de sus aguas, y rival eterna de Granada, se apresura con la coquetería de la mujer bonita á escederle en atractivos. Por eso trabaja con afán, y abre sus brazos al progreso, y cubre sus campiñas de fábricas y sus caminos de vías férreas. Sabe que el trabajo dá la gloria, y no retrocede un paso, y trabajará hasta ceñir su frente con la diadema de la gloria, hasta labrar la gloria de sus hijos.

El clima de Málaga es de los mas privilegiados del mundo. Su temperatura primaveral conserva flores en todo el año, y la vegetacion denota su proximidad al Africa. Algunas palmeras levantan de trecho en trecho su verde ramaje. El naranjo y el limonero crecen en los jardines y adornan patios y balcones. La pita corona los vallados con sus erizadas puntas. El nopal y la higuera chumba cubren la falda de los cerros, y á la par nacen la caña de azúcar, la de Indias, la caña bambú, el cocotero, el chirimoyo, el plátano y otros ricos productos de América que se unen en amable consorcio á los mejores de Europa.

El panorama que ofrece la ciudad desde una altura es hermoso. Dando vista al mar, aparece á la izquierda la costa presentando dos puntas salientes entre las cuales se halla el *Palo*, barriada de pescadores, y no lejos la *Caleta* playa favorita del pueblo. En los días festivos la ocupa alegre multitud que se esparce bulliciosa en numerosos grupos, bailando ó entonando al compás de la guitarra dulces cantares. Varias tiendas de comidas y bebidas despiertan el apetito y á su favor se improvisan sencillos banquetes sobre la fina arena.

El muelle viejo avanza en el mar. A su extremo el faro, vigilante cíclope, alumbra por la noche con su ojo de fuego la llanura azul.

Pasaron las tardes del verano, y mis queridas golondrinas no vuelan bajo el purísimo cielo, iluminadas por el sol, como aves de plata bruñida, describiendo rápidos círculos, lanzando miles voces y dejándose caer hasta tocar la superficie de las aguas. En su lugar bandadas de gaviotas agitan sus álas entre los buques del puerto.

Casi en el arranque del muelle, dominando la población, está el castillo de *Gibralfaro*, que á pesar de los siglos conserva de pié sus torres cilíndricas, y por bajo la *Alcazaba* ve caer hechos polvo sus moribundos baluartes.

La ciudad ocupa un llano y el *Guadalmedina* (rio de la ciudad), la separa de los barrios el *Perchél* y la *Trinidad*. Mas lejos suben en semicírculo los montes de Málaga formando preciosos valles, cubiertos de las célebres viñas que tanta riqueza han dado á este país. Sigue la sierra de *Junquera*, y por último la de *Mijas* que abriga en su falda al pueblo de Torremolinos, viene á morir cerca del mar. Numerosos caseríos bordan la vega, y rompen la monotonía de la playa las chimeneas de algunas fábricas esparcidas en diferentes puntos.

La ciudad es muy animada y revela á primera vista una plaza mercantil de importancia. Los cien mil habitantes que cuenta le proporcionan tanto movimiento.

No parece una población andaluza. El tipo y las costumbres de la *tierra baja* van siendo en Málaga patrimonio exclusivo de determinadas clases. Los letreros de muchas tiendas y establecimientos, principalmente en la *Cortina del muelle*, están escritos en inglés y en francés; de modo que el viajero que desembarcara sin conocimiento del país á donde venía, pudiera creerse en un puerto de Inglaterra ó Francia.

Málaga no es una población monumental. Las evo-

luciones de la civilizacion han hecho desaparecer los recuerdos del pasado, y en vano la mirada busca un resto vivo de su historia antigua entre las páginas de la historia moderna. Las inscripciones de la dominacion fenicia no existen, y ningun vestigio trae á la memoria el poder de Roma, cuyos hijos arrojaron de Málaga á sus primeros señores cuando la ruina de Cártago dió el cetro del mundo á los soldados del Tiber.

Entre los monumentos árabes apenas se descubren algunos trozos de muralla confundidos con los nuevos edificios, como la osamenta de un mónstruo esparcida en el campo, y despues del castillo y la alcazaba solo merece fijar la atencion la puerta de *Atarazanas*, compuesta de un paralelógramo rectángulo de jaspe blanco, bajo el cual aparece el arco de herradura notable por su belleza y colosales dimensiones.

La catedral es la obra moderna de mayor mérito que existe en Málaga. La fachada principal tiene dos plantas con ocho columnas de mármol, y tres puertas que dan á una hermosa escalinata. Una sola de sus torres está concluida y se eleva hasta considerable altura.

El interior no responde á la belleza de la fábrica. Ni se respira el perfume de la divinidad ni se siente el arte cristiano.

El templo católico encierra el misterio de revelar la oracion, así como la naturaleza, altar del culto supremo, revela la religion universal. La magestuosa grandeza de nuestras basílicas; la grave armonía de su arquitectura; la media luz que se pierde bajo sus altas bóvedas, adormecen el alma en un arrobamiento místico, y sin advertirlo quizás, formulan los labios una súplica y el pensamiento una idea:—¡Dios!—Nada de esto dice la Catedral de Málaga.

Pero ¡cosa estraña! Hay en esta ciudad dos sitios que admiran por el terrible contraste que presentan, y son los cementerios. Mas que pueblo de cadáveres parecen jardi-

nes de vivos. El cementerio católico aventaja á los de Madrid en la riqueza y elegancia de sus túmulos. Al visitarlo fuí testigo de una escena que no olvidaré nunca. Entre los adornos de un sepulcro volaba un pájaro al rededor de su nido de donde salían las voces de sus hijuelos. ¡Un nido en un sepulcro! Hé aquí una lección de moral y de poesía que pasará indiferente para la mayoría del mundo.

El campo-santo Inglés está situado en el camino de Velez. Su aspecto es el de un parterre y los túmulos vienen á ser nuevos adornos que se confunden con los árboles y las flores, tomando diversas formas, desde la sencilla losa clavada en tierra hasta la columna truncada de mármol blanco.

En este sitio solía pasar largo tiempo leyendo ó contemplando la naturaleza que me rodeaba. El mar se extendía á mi vista, azul y magestuoso, y su eterno rumor llegaba á mis oídos como una música lejana. El viento hacía gemir las ramas de los árboles arrancando á las flores olas de perfume que se esparcían por el ambiente. Algunas aves lanzaban su canto agudo y los insectos zumbaban al sol.

Mucho tendría que escribir para hacerte conocer en sus detalles esta hija del mar.

Hablaría de sus barrios que ofrecen un mundo nuevo y donde brilla la hermosura de las malagueñas. Bosquejaría todos sus tipos, desde el gitano de ásperas melenas y raído calañés, hasta la garbosa niña que prende flores á su cabello. Acompañaría al pueblo en sus bailes y sus fiestas. Cantaría sus cantares... mas ¿cómo trasladar al papel ese conjunto de vida y animación que pasa ante los ojos y seduce y deslumbra con su encanto?

Al tomar forma se desvanece... Basta sentirlo.

ALORA.

A SALVADOR.

Si te contentas con los ligeros apuntes que escribí el día de mi visita á Alora me daré por satisfecho. En caso contrario ¿qué hacer?

Cierto que muchas veces en mis escursiones he cruzado frente á aquella villa, pero solo una me detuve lo bastante para anotar en mi cartera los exíguos renglones que voy á reproducir en esta carta: solo entonces me fué permitido admirar á mi sabor, con verdadero deleite, los bosques de naranjos, las montañas erguidas, las cañadas profundas..... Despues, cada uno de los restantes descansos en la estacion del camino de hierro, há tenido por límite el plazo brevísimo de unos pocos minutos y el *alerta* de la campana, á cuyo inflexible tañido se sujeta la voluntad del viajero.

Era en invierno.

La época se habia anunciado en Málaga con la templanza peculiar del mediodia en la costa del Mediterráneo, pero en Alora la temperatura habia bajado de un modo mas sensible.

La diferencia atmosférica entre ambas localidades reconoce una causa poderosa. Alora está situada en el interior y erigida sobre una altura considerable.

Esta posición permite gozar de hermosos paisajes, pero en cambio no es reducido ciertamente el trabajo que el *tourista* necesita efectuar para ascender á la culminante villa.

Mas no se reducen sus fatigas á lo que de sí ofrece la cuesta, vereda ó como quiera decirse que conduce á la población. Las calles están convertidas en escaleras interminables y de nueva especie, puesto que los escalones son curvos; de modo que el transeunte camina sobre una serie larguísima de volutas, apropósito para destruir el equilibrio, so pena de no apartar la mirada del traidor pavimento.

Detalles son estos que algun tanto merecen fijar la atención, porque sirven para dar idea exacta del lugar á que nos referimos.

Convengamos, sin embargo, en que prescindiendo de los susodichos detalles, algo hallaremos digno de ocupar el ánimo y distraerlo agradablemente.

Si eres amigo, como no lo dudo, de los templos, visitemos la espaciosa iglesia, cuyo origen se remonta al año 1600 y observemos de paso diferentes cuadros de regular mérito que sustentan sus muros y una buena escultura de la virgen de los Dolores.

Siguiendo nuestro paso subamos á las *Torres*; y digo subamos, porque *in mente* reconstruyo ahora las observaciones del día que visité esta villa. Una cuesta áspera y pedregosa que se abre entre dos filas de chumberas lleva á la cumbre. Se encuentra primero en el recinto de las murallas una capilla gótica, de buena arquitectura: á continuación el cementerio, que aparece encerrado en el perímetro de la fortaleza: sigue luego un espacio de tierra que nada ofrece de particular: una pequeña altura: un arco árabe medio destruido, y al opuesto lado de este una esplanada, en otro tiempo plaza de armas del castillo, y hoy cementerio general.

El cementerio de Alora es árido. No hay en él flores

ni árboles. Es un reducido desierto donde la vista fatigada de la contemplación de la muerte no puede reposar en una planta, en un arbusto; y sin embargo, los muertos deben tener en su ciudad de reposo flores que envíen su olor á las tumbas; árboles que las cubran con sus ramas.

Trepando por las carcomidas piedras subí á uno de los torreones.

¡Qué triste aspecto el de la fortaleza! Sus restos se desmoronan, y en breve las ruinas que hoy existen en este parage habrán acrecido con nuevos despojos.

En otro tiempo aquéllos sillares invadidos por las plantas silvestres, formaban un cuerpo vigoroso, á cuyo amparo hicieron los árabes en 1319 retroceder á los infantes D. Juan y D. Pedro, ya dueños de la villa.

Quizá de estos vacilantes muros fué lanzada la saeta que en 1434 arrancó la vida al Adelantado de Andalucía don Diego Rivera, ocupado en batir la población.

Y pues he referido dos hechos de la historia de Aló-
ra, justo me parece añadir que en lo antiguo era conocida con los nombres de *Iluro* y de *Laurona*: que los moros la dominaban por los años de 1184; que en 1456 los cristianos talaron su hermosa campiña y que el 21 de Junio de 1484 fué tomada á los árabes por el rey D. Fernando.

Con lo dicho basta. No pretendo escribir un artículo erudito, y en consecuencia paso á otro asunto.

Por la tarde visité el *Convento de las flores*.

Una alegre sociedad me acompañaba y juntos emprendidos el paseo por un camino de mediana anchura, algo gusto algunas veces y casi interceptado á trechos con grandes rocas que sobresalen de las montañas ó aparecen esparcidas en la senda.

Poco antes de llegar al convento hay un trozo de campo sembrado de almendros.

Las ramas de estos árboles parecían elevarse al cielo como brazos de esqueletos que ruegan ó amenazan. De sus copas se desprendían multitud de flores, á manera de llu-

via perfumada y copiosa, y sus hojas cubrían la tierra formando una dilatada alfombra.

El convento ocupa una situación pintoresca, al norte de Alora.

Fué construido en 1592 con el nombre de San Francisco de Asís y dedicado á nuestra señora de las Flores.

La huella de los años ha quedado grabada en el edificio, de un modo indeleble. El pequeño claustro está medio destruido y en el patio, quizá jardín cuando los monjes habitaban el monasterio, subsisten algunos cipreses, que infunden al espíritu profunda melancolía.

La iglesia es regular: consta de una sola nave y tiene un bonito retablo de gusto churrigueresco; un camarín de orden jónico; la media naranja de orden corintio y el resto de la obra de orden toscano.

Como curiosidad digna de mención, citaré tres momias de frailes que existen en el templo y una de las cuales, tendida en la caja mortuoria, conserva un pedazo de su hábito.

Por una escalera de caracol llegué á la torre y pude á mi antojo ver y soñar á un tiempo: ver la naturaleza magnífica que me rodeaba: soñar con cuanto en el retiro de un monasterio siente el ánimo pensador.

¿Qué ideas vinieron en torbellino á mi mente? No sé: no quiero recordarlas.

Habia tomado la cuerda de la campana; la agité entre mis manos y el bronce exhaló plañideros ayes.

Aquel tristísimo clamor, al vibrar tembloroso con desiguales sonidos á causa del viento, me hizo estremecer.

Creí escuchar la voz de un siglo pasado que llamaba á mi alma con todo el poder de sus recuerdos: creí escuchar un anatema que fulminaban contra mi audacia los monjes del caduco monasterio: juzgué una profanación lanzar al espacio los ecos de la campana.... ¿Quién era yo para turbar el silencio que me rodeaba?

Mi mano quedó crispada sobre la cuerda que oprimía; la campana apagó sus gritos, y triste y apenado miré á

mi rededor, bajé de la torre y abandoné el convento. Volví á la estacion.

Al pié de la cuesta que conduce al pueblo, frente á las oficinas del camino de hierro, hay una casita que tiene delante una parra cuyas hojas, hermosa techumbre en el verano, dejaban entonces descubiertos los retorcidos brazos de las cepas, que á imitacion de rústico artesonado revestian una glorieta.

Me senté bajo el emparrado y me dispuse á esperar, tomando café, la llegada del tren-correo.

Era de noche. La luna resplandecia pero con luz velada á veces por las nubes.

Entre aquellos débiles resplandores la villa de Alora se destacaba del monte *Hacho* que le sirve de fondo, y las alturas y el castillo recortaban sus perfiles oscuros, sombríos....

El *Guadalhorce*, que baña los campos vecinos, murmuraba cerca de mi, adormeciendo mis sentidos en un éstasis misterioso.

Los rios hablan en silencio y el alma comprende su lenguaje.

Su vida acaso se asemeja á la del hombre. Hay tristeza en sus orillas; vaguedad en su corriente; mundos fantásticos en su existencia....

El silbato del tren que se acercaba, puso un límite á mis meditaciones.

Pocos minutos despues caminaba con direccion á Málaga.

Desde aquel dia, no he podido olvidar mi breve permanencia en Alora.

Y es que este pueblo tiene en sus huertas y en sus horizontes algo que atrae de un modo notable.

Los naranjos forman su principal adorno y durante la primavera se convierten en bellissimo encanto del paisaje.

Entonces muestran sus cúpulas de ramas vestidas de

azahar, y esta pequeña flor multiplicada prodígiamente, hace desaparecer las hojas verdes de aquellos árboles, y cubre el suelo y vuela sin rumbo fijo á merced del viento.

A la puesta del sol, el azahar rodeado de una atmósfera mas suave y fresca, desenvuelve con violencia su aroma, y el ambiente arrastra oleadas de perfumes distintos y embriagadores.

Por conclusion debo dirigirte una pregunta; ¿te satisfacen mis notas de viajero?

Adivino que las encuentras pobres, mezquinas, faltas de detalles.

No importa: fiel narrador, he aspirado únicamente á resucitar una memoria, y conseguido mi deseo doy fin á estos renglones.

DE MÁLAGA Á GIBRALTAR.

A JOSÉ ARÉVALO.

DIA 4 DE AGOSTO.

I.

En Martes ni te cases ni te embarques.

Esto dice un antiguo proverbio, pero yo que nunca fui supersticioso desprecié el aviso, y héteme hoy martes á bordo del vapor «Adriano» camino de Gibraltar.

He pasado en Málaga cuatro dias, y al embarcarme no puedo menos de pensar en aquellos dias que corrieron tan rápidos para mí.

Durante ese tiempo he gozado y he sufrido... Pasé deliciosos momentos junto al mar: ví la luna alzarse detrás del horizonte de las aguas bañando en luz suavísima los montes de la costa, vestidos de ligera bruma, y al verla dije con el placer de una esperanza. «Mañana esa misma luna me alumbrará en Gibraltar.»

¡Ilusion de siempre! Soñar con el mañana; desear para sufrir...

He oido músicas melodiosas; he paseado en la Alameda y he suspirado por muchas cosas...

II.

El «Adriano» vuela como un pájaro.

A nuestro frente se pierde la línea azul del mar y por la banda de estribor se estiende la costa.

El pueblo de Torremolinos, que parece una azucena al borde de un arroyo, brilla al sol con su *Tajo* y sus *huertas*.

Un poco mas lejos, la *Carihuela*, barrio de pescadores, presenta sus humildes casas semeando en su conjunto un nido de gaviotas.

Detrás de esas playas se descubre una serie no interrumpida de colinas y en segundo término una cadena de montañas.

Por todos lados hay multitud de casas esparcidas en colinas y montañas; todas blancas y alegres, y á trechos desemboca junto al mar alguna cañada revestida de árboles y arbustos.

Sigue el castillo de Fuengirola, la torre de Cala Honda, la torre Ladrones y Marbella, la antigua *Barbesola*, situada en una pendiente al pié de Sierra Blanca.

Los reyes católicos la conquistaron de los moros en 1492 y dicen que D.^a Isabel I al ver la hermosura de su playa exclamó:—¡Qué mar tan bella!—de donde ha conservado el nombre que hoy tiene.

Después de Marbella se encuentra el rio Verde, la torre de Guadalmarzo, Estepona y hacia el N. y N. E. del pueblo la Sierra-Bermeja. A continuación en la costa Torre Chullera, el rio Guadiaro y Torre Carbonera.

El Peñon de Gibraltar se eleva formidable delante de nosotros, como una amenaza perpétua...

A la izquierda está la costa de Africa.

Ricos de colores y tintas variadas, radiantes de luz, ó coronados de nubes, ó teñidos de azul violado; ya fluctuando en una atmósfera de vaga neblina, ya acentuando

sus perfiles con precision y claridad, asi dibujan los montes de Africa sus precipicios y sus rocas que afectan distintas formas segun la distancia y las horas del dia; pero siempre aparecen hermosos, magníficos y llenos de una atraccion particular, atraccion de todo lo sublime, de todo lo admirable.... ¿Existirá verdaderamente en el alma la aspiracion de lo bello?

III.

Entramos en el Estrecho.

¡El Estrecho! su nombre me causa alegría por que crucé sus aguas en mi primera navegacion.

Sin embargo, si yo fuese rencoroso le guardaria mala voluntad pues en poco estuvo que me hubiera dado sepultura.

Pero no puedo aborrecer al mar, aunque recuerdo mas de una broma desagradable que he sufrido de ese elemento veleidoso. En esto soy como ciertas mugeres que tanto más aman á sus maridos cuanto peor trato reciben de ellos. Y como dice Zorrilla,

¿Quién es el que ha cruzado
el piélago salobre
sin que su nave un punto
la tempestad azote?

¡Dichoso el que solo ha combatido contra las tempestades del mar! ¡Desgraciado el que lleva en el alma tempestades que hacen vacilar su fé y su esperanza!

El Estrecho ofrece un cuadro sumamente variado y de noche tiene cierto misterio inesplicable.

Entre las tinieblas y la oscuridad surgen los faros iluminando las costas de Africa y Europa.

Aquellas rocas enemigas cuando el Sol las alumbra, son de noche hermanas gemelas.

Las luces de los *aduares* árabes resplandecen á lo lejos y las de las poblaciones de España brillan de igual manera.

¿Cuál es Africa? ¿Cuál es Europa?

A la mañana el paisaje se colora, adquiere otra vida y entonces se pueden apreciar las diferencias que hay entre ambas regiones.

IV.

A uno y otro lado del Estrecho se elevan los célebres montes Abila y Calpe, aquel en Africa y este en Europa.

Si yo viajase á lo erudito tendria ahora ocasion de entenderme en un largo discurso acerca del peñon Calpe á cuyo pié vamos á fondear; pero como mi ambicion se reduce á escribir las impresiones que graban en mi espíritu los lugares por donde paso, debes contentarte con saber que el Peñon de Gibraltar se llamó *Monte de Saturno*; que Homero coloca aquí el *Tártaro*; que se llamó despues *Columna de Briareo*, gigante de cien brazos, y mastarde de *Baco*; y por último, que Calpe y su vecino Abila recibieron el nombre de *Columnas de Hércules*, nombre subsistente hoy.

De buena gana te contaria la historia de Hércules, pero tú la conoces lo mismo que todo el mundo.

Hércules simboliza la lucha del hombre con la tierra.

A la vez que trabaja, canta; mas no se limita á pulsar la lira.

¿Querrá darnos á entender que el arte divino no basta á la criatura?

¿Significará acaso, que el hombre necesita un esfuerzo superior para conservar la virtud y la paz del alma?

Grecia ha ennoblecido en Hércules el trabajo material.

De aquel pueblo donde el obrero era mirado con desprecio, surge la creacion sublime de Hércules, como protestando del desprecio hácia el trabajador.

La mancha que impurifica á la sábia Grecia se borra desde que Hércules nace á la luz.

Este coloso es el génio del *progreso*; (admite la palabra). Su pátria es el universo. Sus trabajos tienen una idea; hacer un beneficio á la humanidad.

Podemos considerarlo como el mensajero de la paz.

Destruye los mónstruos y emancipa á los pueblos. Combate por la justicia y para vencer la maldad atraviesa los mares y recorre el mundo.

El Estrecho de Gibraltar guarda la huella de su paso; por eso te he hablado de este semi-Dios.

Segun la fábula, Hércules separó las montañas Calpe y Abila que detenian el curso del Mediterráneo y puso desde entonces este mar en comunicacion con el Océano.

Casi todas las naciones cuentan un héroe, ya sea mito ó personaje real, que sintetice la virtud y el trabajo.

El hombre purificado con los trabajos de la tierra sube al cielo.

Pensamiento magnífico que encierra una moral divina.

La India tiene á Rama; la Arabia á Antar; la Grecia á Hércules.

V.

Son las cuatro de la tarde.

Hemos llegado, habiendo invertido nueve horas en la travesía.

Multitud de botes atracan al vapor.

Tomamos nuestro equipaje; saltamos á una lancha y á los pocos minutos pisamos el suelo de esa planta exótica que se llama Gibraltar.

GIBRALTAR.

(NOTAS DE MI CARTERA.)

DIA 4 DE AGOSTO (POR LA NOCHE.)

Apenas llegados al muelle nos asalta una nube de intérpretes, de mozos y camareros de fonda que hablan distintos idiomas hasta encontrar el que posee el viajero.

Un joven francés compañero de viaje y yo, nos encaminamos al *Hotel de Paris*, no sin haber presentado antes él su pasaporte y yo mi cédula de vecindad en una oficina inglesa donde nos entregan los permisos para entrar en la plaza. Estos permisos quedan en poder de nuestro intérprete y *sicero* Jacob, quien nos lo devolverá mañana refrendados y con la autorización de permanecer diez días en Gibraltar.

Instalados en la fonda, y mientras comemos, mandamos que nos traigan dos caballos para pasear.

Montamos, pues, dejamos atrás las murallas y los fosos y seguimos el camino de la *Línea*, posesion española poco distante de la plaza.

A la derecha se extiende una llanura ocupada á trechos por blancas garitas donde hay centinelas ingleses. A continuacion de ese pedazo de tierra está el mar y á la izquierda la bahía.

El camino se abre entre dos filas de huertas cercadas de cañaverales. Al terminar estas, entramos en la *Línea*, precioso pueblo, alegre y radiante de luz, como todos los de Andalucía baja.

Después el camino se convierte en un ancho arenal tan próximo á las olas, que á veces nuestros caballos se mojan en el agua.

A poca distancia, sobre la derecha, está el *Campamento*, otro barrio ó pueblecito, alegre como la *Línea*, y que debe poseer lindas muchachas, á juzgar por las muestras que vemos en las calles y ventanas.

Volvemos atrás y hallamos en el camino multitud de ginetes ingleses. Muchos van de cacería vestidos con trajes extraños. No falta alguna señorita sentada en un pequeñísimo carruaje, guiando la diminuta jaca que constituye su tren y que corre junto al mar.

Creeríase que Anfitrite abandonaba un instante las olas para vagar por las orillas del Mediterráneo.

Dejamos los caballos á Jacob y nos dirijimos al *Club-House* (casino), situado en la plaza de *Mine-gard* (la prevención), en la cual hay un cuerpo de guardia.

Mientras saboreamos un sorbete bastante malo, oímos el cañonazo de la oracion que manda cerrar las puertas de tierra, y al mismo tiempo los músicos de la guardia formados en medio de la plaza entonan un aire especial tocando flautas y tambores y recorren parte de la poblacion.

A las nueve y media suena otro cañonazo y oigo la misma música.

A las doce de la noche queda prohibido el tránsito por las calles, á menos que haya un permiso del gobernador militar.

¡Esto es magnífico! Estamos en una prision.

Inglaterra parece muy satisfecha de poseer á Gibraltar, y por lo visto teme perderlo á cualquier hora.

(MIÉRCOLES 5.)

A la mañana muy temprano me despierta un ruido infernal de carros que pasan por mi calle. Es de advertir que vivo en la *Calle Real*, centro del comercio y la animación.

Desesperado de esta madrugada contra mi deseo, y no pudiendo dormir nuevamente, me decido á correr á la aventura hasta la hora de almorzar, y salgo á la calle.

Llego al mercado. ¡Qué confusión! ¡Cuántos tipos originales! La caricatura ocupa un lugar importante. Las criadas inglesas usan sombreros y llevan en el brazo el cesto para las provisiones. Extraño conjunto que les dá el aspecto de grandes señoras en decadencia.

En Gibraltar hay muchos moros y judíos, dedicados la mayor parte al comercio.

Los moros han conservado su traje oriental. En cuanto á los judíos unos lo conservan y otros visten á la europea, con largos levitones y sombreros de copa echados atrás.

Sea como quiera, el judío de Gibraltar es lo mismo que el judío de todas partes; personaje harto conocido y estudiado.

Visito el *Martillo*. Entro en una habitación baja de la *Bolsa* y veo un inglés subido en una especie de tribuna, anunciando con voces desaforadas á la concurrencia que lo rodea, el precio de los objetos que se subastan.

El tal inglés es un tipo.

De estos hay muchos en Gibraltar.

La plaza de *Mine-gard* está por la mañana llena de puestos de telas, de libros, de periódicos, de quincalla, y es

de ver la baratura con que se obtienen los objetos en este sitio.

Despues de almorzar salgo en compañía del francés y de Jacob.

Las calles de Gibraltar están perfectamente limpias. La autoridad hace cumplir hasta la exageracion las leyes de policia urbana.

Pocas son las casas que tienen balcones. En casi todas domina la ventana de persianas, lo cual les quita ese aspecto de amplitud y alegria que dan aquellos.

Hay algunos buenos edificios de construccion inglesa, tales como el palacio del gobernador militar y las oficinas de policia.

Visitamos la sinagoga de los judíos, y como es la primera que he visto no puedo ceder al deseo de describirla.

Pasando la puerta exterior se encuentra un patio enlosado, revestido en un extremo de palmeras y flores. Al frente un pórtico y por bajo la puerta con tres inscripciones en hebreo.

El interior de la sinagoga es un rectángulo de tres naves separadas por columnas de piedra. Las naves laterales tienen ventanas; por bajo un banco corrido, y entre los huecos de las ventanas candeleros unidos de dos en dos. Sobre los bancos hasta bastante altura, un zócalo de madera. Ocupan la nave central y los espacios comprendidos entre las columnas, tres órdenes de bancos. Por encima de dichas columnas corre una galeria á la que dan luz grandes ventanas de arcos.

Delante de la puerta de entrada hay una estensa tribuna donde se coloca el sacerdote para las ceremonias. Al frente está el tabernáculo que es de madera, adornado con inscripciones hebraicas. En su centro campea una corona que figura ser la de Aaron, y por bajo las tablas de la ley.

Del techo penden muchas lámparas todas de plata menos la del centro que es de cristal.

En la nave de la izquierda hay sobre la pared varias cajas ó cepillos para recoger las limosnas de los fieles. La limosna de cada cepillo tiene aplicacion determinada. Una es para alumbrar á los difuntos; otra para gastos de la sinagoga; otra para los religiosos que rezan en Jerusalem y que pasan la vida en esta devota ocupacion y así sucesivamente.

Además de la sinagoga hay en Gibraltar una iglesia católica y una protestante.

Aquella es sencilla por dentro y su fachada más parece de teatro que de iglesia.

La protestante es un cuadro de regulares dimensiones adornado con grandes ventanas de arcos de herradura al estilo árabe. No tiene torre, y en lo alto de uno de sus frentes se eleva una cruz.

Delante de esta iglesia hay una plaza con jardines y asientos, pero á este paseo como á todos los de Gibraltar, le falta el principal elemento de la vida de las plantas. El agua.

Hé aquí el misterio de la hermosura del campo.

Sin el agua no podríamos recrearnos en las bellezas de los bosques, de los valles y las montañas. Sin ella no hubiera existido acaso la poesía bucólica, pues parece imposible soñar con flores y árboles si aquellas y estos carecen de agua que riegue sus tallos y sus troncos.

Gibraltar es en todo una poblacion inglesa. Las costumbres, el aspecto de los edificios, el idioma en fin, revela que estamos fuera de España.

Las señoritas salen solas segun la moda de Inglaterra, y es tal la gravedad de sus rostros, que el andaluz más osado renunciaria á requebrarlas.

El sombrero de turbante se halla muy en boga y apenas hay elegante niña que no cubra con él sus cabellos.

Al extremo de la calle Real está la *Puerta Nueva*, que dá salida á la *Alameda* y al camino de la *Europa*.

Esta puerta fué edificada por los españoles, y tiene las armas de España esculpidas en el muro.

Saliendo de la Puerta Nueva hay á la izquierda un cementerio y mas adelante la *Alameda*.

Esta es preciosa: se halla dominando el puerto y permite gozar hermosas vistas.

Tiene varias calles con árboles, flores, pitas y chumberas. A un lado una esplanada; á su extremo una escalinata de piedra, y en lo alto, sobre otra esplanada, una columna con el busto del general Augusto Elliot.

Cuatro obuses sirven de adorno á la base de la columna, y por toda la *Alameda* hay numerosos cañones, pilas de balas y carros fuertes que dan un aspecto original á este sitio.

Verdaderamente es ridículo ese aparato militar, y si por un lado causa rubor, tambien hace reir la idea de que España es la pesadilla de la ambiciosa Albion. Este miedo cuesta mucho oro á Inglaterra, y en su consecuencia se proyectan continuamente nuevas obras para hacer mas inespugnable la célebre plaza.

Mas allá de la *Alameda* está la *Europa*, precioso barrio situado en una altura y rodeado de magníficos jardines. La vegetacion es la misma que en la costa vecina, pero las plantas tienen un verde seco y mustio, ya porque les falte abundante riego, ya porque la brisa del mar las quemé, ó bien por cualquiera otra circunstancia.

Por la noche oigo muchos pianos y voces de mugeres que cantan. En la fonda hay tambien piano, y una jóven italiana lo toca. ¿Pero creereis una cosa? Esa señorita fuma sendos puros.

¿Qué decir de una mujer bonita y elegante que fuma? Hé aquí una de tantas aberraciones de la humanidad. ¿C6-

mo hablar de amor á una mujer que puede interrumpiros para pedir un cigarro?

Entre las distintas calificaciones que recibe la mujer segun su belleza ó su tipo, ninguna se refiere á esta variante. El cigarro es en la mujer lo que el sombrero de copa en el hombre; un objeto sin razon de existencia.

Afortunadamente no creo que la moda de fumar sea admitida en Italia por todo el sexo hermoso. Si tal sucediera ¡pobre Italia!... Perderia la poesía de sus mujeres.

(JUÉVES 6.)

La curiosidad mas interesante de Gibraltar es el Peñon. Yo, sin embargo, renuncio á describirlo. Mi aficion guerrera no va tan lejos que admire las obras militares amontonadas en este recinto. Diré solamente que por todos lados no se vé otra cosa que cañones.

El Peñon de Gibraltar es la teoría de la guerra; mas aun; el apoteosis de la destruccion.

Y ¡cosa rara! mientras que en la fortaleza todo revela la destruccion del hombre por el hombre, éste respeta no obstante, á los pacíficos moradores de la montaña, los monos, que viven en plena libertad sin temer á los soldados ingleses.

Por mi parte apruebo semejante conducta hácia los cuadrumanos. Yo admito la guerra solo para los animales dañinos. Proclamemos la paz para los animales inocentes. ¿Qué dificultad hay en hacerlo? Ninguna, puesto que dicha paz no se funda en un amor limitado, sino inmenso; amor á Dios en sus criaturas... Recordemos estas palabras de la Biblia.—«¿Sabes á donde vá el alma de los animales?»

Desde el Peñon se recrean los ojos y se extasia el alma contemplando un riquísimo paisaje.

Al lado de Levante se vé el Mediterráneo, la sierra de Ronda, Estepona, Marbella y Sierra Nevada. A la parte de

Poniente: el desierto del *Cuervo*, los montes de *Ojen* y de *Sanna*, Algeciras y San Roque. Al frente la costa de Africa y en ella la punta de la Almina, el monte Abila, Ceuta, los montes *Eptadelfos* ó *Septe-Fratres*, *Alcazar-el-Zaquer*, pequeño pueblo; el rio *Belone*, los *Cuchillos de Siris*, la bahía de Tánger y el cabo Espartel.

Hermoso cuadro que se contempla con cierta melancolía, pues al mirar tan variada perspectiva pensamos en la patria, en el hogar...

Bello es sin duda viajar y recibir emociones nuevas. Los viajes compendian las emociones de la vida en una emocion; los dias pasados, en un dia. Hacen olvidar el *ayer* ofreciéndonos el *hoy* libre de cuidados y fatigas. Borran del espíritu las pequeñeces de la existencia, pero en medio de tantos beneficios hay un recuerdo que amarga á veces nuestra alegría; el recuerdo de la familia. Ved, pues, lo que nos falta en nuestras peregrinaciones.

La vida cosmopolita de la fonda, las conversaciones en varios idiomas, el trato de la *mesa redonda*, el cambio continuo de paises y costumbres encierra un encanto sin igual; pero decidme, ¿no habeis suspirado por la familia durante vuestras escursiones?

El hombre no puede vivir sin el calor del hogar; viajad en buen hora, pero volved de tiempo en tiempo á la familia.

El sol va á ocultarse.

Parece un rey magnífico que se levanta á la mañana para visitar sus estados y á la tarde retorna á su alcázar misterioso.

Mas no desaparece en un alcázar... Hasta hace poco nos ha alegrado con su claridad, y si ahora nos abandona es para prestarla á otro mundo.

Pasó la luz y se han desvanecido en el horizonte los paisajes que veíamos desde la montaña.

Europa es perceptible no mas que en una faja de bruma.

Africa se borra entre los vapores de las aguas.

Solo queda vivo y claro en el espíritu el recuerdo de aquellos lugares.

¿Se borrará algun dia en la sombra de los años?...

LA SERRANÍA DE RONDA.

VIÉRNES 7 DE AGOSTO.

I.

Ayer por la tarde salí de Gibraltar á caballo y con un arriero.

Me dirijo á Gobantes y desde este punto seguiré á Antequera y Granada.

Nada tan prosáico como un viaje en compañía de un hombre que apenas sabe hablar; y dejando la prosa á un lado, nada tan desagradable como los temores de mi guia acerca de la poca seguridad del viaje, en atención á no faltar casi nunca en estos caminos algun que otro discípulo de Caco.

Ya de noche pasamos por San Roque, y abandonando luego el camino, hicimos alto en un campo recién segado, donde dormimos sobre las monturas de los caballos, oyendo los ladridos de los perros, guardianes de los cortijos, y el melancólico tañido de los cencerros del ganado.

Algun arriero atravesaba cantando por el camino. Los insectos hacían crujir los tallos del trigo y no faltaba vigilante gallo que uniera su voz á los conciertos de la noche.

Al amanecer monté á caballo, ó lo que es lo mismo, sufrí uno de mis mas horribles tormentos; madrugar.

¡Madrugar! De buena gana borraría del diccionario esta palabra. En cierta ocasión oí á una señorita la siguiente frase: *Yo creo que el sol madruga para reirse de los madrugadores.*

Y decia bien. ¿Qué cosa mas ridícula que levantarse antes del alba? La boca se abre; los miembros están entumecidos; los ojos hinchados y soñolientos; los piés vacilan al andar y el cuerpo, en fin, parece que sufre bajo la presión de un terrible golpe.

Sin embargo, todo tiene en el mundo su compensación, y si un momento he renegado de la madrugada, ahora me consuela el espectáculo grandioso que veo á mi alrededor.

II.

Cruzamos un hermosísimo bosque de alcornoques, estenso y frondoso, á cuyo fin empieza un país estremadamente quebrado.

Unos montes siguen á otros, encadenándose, abrazándose, estendiéndose para formar angostas gargantas, caprichosos desfiladeros, atrevidos tajos, penosas bajadas y alzando en distintos términos sus soberanas cumbres hasta arrogante altura.

Los caminos no existen. Hay solamente escabrosas veredas formadas por piedras desiguales, que ya figuran escalones de difícil acceso, ó ya constituyen un suelo movidizo y peligroso.

Tan pronto la senda se abre entre los flancos de una montaña, como se arrastra por una rambla arenosa donde los caballos marchan con trabajo; y entre tanto el jinete, atento á las distintas fases del terreno, se vé obligado á desmontar frecuentemente, participando con su cabalgadura de las molestias del viaje.

Nos hallamos, pues, en plena Serranía.

Las vertientes de los montes están cultivadas y por todos lados pastan rebaños de carneros, numerosas tora-

das y yeguas, completando el cuadro campestre de esta rica naturaleza.

¡Salud á las montañas!

Las montañas son los mas grandes monumentos del mundo. Así lo comprendió la antigüedad cuando les erigió altares. El hombre, que aun no conocia la religion verdadera, sentia algo inexplicable á la vista de esos colosos de la tierra, y de aquí que la mitología tenga *dioses de las montañas*, y venere á las montañas mismas.

III.

Cada vuelta del camino nos brinda con nuevos encantos y mantiene vivas en mi espíritu ideas diversas que se agitan con incansable movilidad.

¡Cuántas veces los rodeos del camino nos traen con las ideas que despiertan los paisajes del campo, ideas confusas de la vida!....

Algo hay de parecido entre esos paisajes que pasan y desaparecen y los años de la existencia. Miramos á nuestro frente y apenas un paraje surge á la vista ya ha desaparecido. Entonces somos filósofos y pensamos en muchas cosas profundas, porque la filosofía es una necesidad tan imperiosa que todos la sentimos y obedecemos.

IV.

Los estrechos senderos han terminado para dar lugar al rio *Guadiaro*.

Su cáuce es anchuroso, pero su caudal de agua pobre y exhausto en este tiempo.

Las orillas están cubiertas de adelfas, que forman verdaderos bosques, pintando de verde y rosa grandes espacios de la ribera.

A ambos lados del rio se escalonan los montes, fingiendo una soberbia calle tortuosa pero indefinida.

El campo exhala perfumes deliciosos; las adelfas y las plantas de los montes inundan el ambiente.

El corazón se ensancha y bendice el aire y la libertad; las dos sublimes luces, las dos sublimes auroras de la vida, llenas de promesas, de sueños, de ilusiones.....

Yo amo el *gran aire*, es decir, los espacios inmensos donde el pecho respira con vigor..... La libertad..... ¿Qué es el hombre sin ella? De aquí la luz de que os he hablado. La naturaleza, el aire libre y la libertad son la luz del espíritu.

V.

Al medio día descansamos en una venta y aunque nos aguijaba un formidable apetito, renunciamos á comer por la falta absoluta de víveres.

España conserva todavia muchas *antiguallas*. La posada que describió Cervantes en el siglo XVII, es una fotografia de la que existe en pleno siglo XIX. Si alguna variacion hay hoy, consiste en que la posada moderna se encuentra acaso mas exhausta de provisiones.

Mi arriero se tiende en el suelo y yo me siento á la puerta de la venta para hacer algunos apuntes en el álbum, mientras que un muchacho se acerca á mí, asombrado de verme trazar las letras y los renglones.

VI.

La venta donde descansamos está al pié de la Cuesta de *Gaucin*.

Siete cuartos de horas invertimos en subir la cuesta y al cabo llegamos al pueblo que se halla en la cresta de una montaña elevadísima.

Tiene murallas y torreones y sobre todo vistas soberbias; pero no sé por qué me parece algo sombría la hermosura de la Serranía de **Ronda**.

El color de los montes es oscuro y su vegetacion un poco siniestra.

Desde Gaucin vemos las cordilleras que cruzamos esta mañana y el rio Guadiaro corriendo en el fondo de los valles. Es dia de fèria. En las calles hay puestos de turrones y dulces. En una esquina leo el anuncio de una funcion de teatro, y á los pocos pasos encuentro un *Hotel inglés*. Estoy en medio de la civilizacion.

VII.

Los alrededores de Gaucin deben ser en extremo ricos, pues veo en sus montes viñas, nogales, pinos, morales, olivos, castaños, pitas, chumberas y otras plantas.

El terreno es muy accidentado. Decididamente la Serranía de Ronda merece llamarse la Suiza de España. Entre los claros que deja la vereda por donde vamos, se descubren muchos pueblos, tales como *Jubrique*, *Algotocín*, *Farajan*, *Alpandeire*, *Benalauria* y *Benadalid*. Unos se asemejan á grandes manchas estendidas sobre los montes y otros parece que se ocultan en los mas profundos barrancos.

Empieza á oscurecer. Seguimos una estrecha vereda que tiene á la izquierda un vallado de piedras y á la derecha un precipicio.

Sobre muchas piedras del vallado hay cruces pintadas con cal, significando que allí mataron á un hombre; y por bajo, entre los matorrales, brillan á veces las luciérnagas ó gusanos de luz. Nada tan fantástico como estos resplandores. Diríase que son las almas de aquellos infelices.

La Andalucía clásica se revela aquí aun en los mas pequeños detalles.

Historias de bandidos bullen en mi imaginacion y pienso que sentiria infinito perder mi reló y mi *porta-monedas*.

A las nueve de la noche llegamos á *Atajate* y olvidando los bandidos y las cruces de la montaña, dí reposo á mi

rendida humanidad despues de quince horas de diffeil camino.

VIII.

SÁBADO 8. DE AGOSTO.

Dormia sobre un saco lleno de paja, parodia de mullido lecho, cuando hé aquí que mi sueño fué interrumpido por un clamoreo que se elevaba de la tierra.

Eran voces de campanas. Era el toque del alba....

¿Habeis pensado en el lenguaje de las campanas? ¿Sabeis lo que dice su tañido?

Es un compendio de sentimientos distintos, espresados bajo la misma forma. Un poema enérgico, elocuente.

El toque del alba significa un paso más, avanzado hacia la muerte. Dolores, alegrías, trabajos que van á volver á empezar.

La campana impasible graba en el corazon del hombre otra página de su historia. Su claro sonido parece una voz epigramática que repite nuestras acciones todas.

Empecé á hacer mi *toilette* matutina, pensando en las campanas; y pensé en el reló porque el reló es una campana que asusta.

El reló me revela el sueño de amor de una virgen; la agonía de un enfermo; la velada de un desgraciado; las lágrimas vertidas en el silencio; la plegaria de una madre.....

La campana parece menos severa quizá porque habla mas fuerte, y al mismo tiempo encierra mayor número de ideas.

A su acento mil imágenes de paz, de ternura y de tristeza vagan en la mente y acaso derraman los ojos una lágrima y los lábios murmuran una oracion.

IX.

El camino que seguimos presenta los mismos accidentes que el del día anterior.

A las seis de la mañana dimos vista á Ronda y á las ocho entramos en la ciudad.

Ronda está edificada sobre una montaña que forma una cortadura perpendicular, dando origen al famoso *Tajo*, el cual divide á la poblacion en dos partes.

A la entrada de Ronda hay varias murallas y puertas con torres. Cruzamos un puente sobre el *Tajo*, y me detuve algunos instantes para admirar aquella profundidad vertiginosa. Por el fondo del abismo corre el *Guadalvin* (rio hondo) que mas adelante recibe el nombre de *Camelalgir* y á las tres leguas de Ronda el de *Guadiaro*.

Saliendo de la ciudad encontramos fragmentos de un acueducto, y en los fértiles valles de los alrededores hermosas huertas de frutales.

X.

Pasamos el resto del dia á través de montes de poca importancia. Apenas hallábamos alguna casa y se hubie-
rá dicho que viajábamos por una comarca abandonada.

Solo por la tarde ví un paisaje hermoso, revelacion del feudalismo y de la poesía pastoril, esas dos modas que desaparecieron en el olvido.

Era un prado donde habia una manada de toros. Al frente un puente de piedra sobre un rio, cuyas orillas estaban pobladas de magníficos árboles. Varias colinas, y en una de las cumbres vetustos murallones que parecian inválidos de una terrible guerra. Detrás, como defendiendo aquellos despojos, un cortijo que encerraba en el patio un torreón de la edad media, coronado de almenas y mostrando en un ángulo la campana feudal.

El viento que era terrible, rugía en las alamedas: los árboles doblaban sus penachos de ramas, con tristísimos ayes: nubes sombrías, preludios de tormenta, robaban la luz al sol y algún gávilan se elevaba en el espacio...

Yo sentía pena de abandonar aquel sitio, y sin embargo, mi corazón estaba oprimido quizá con los recuerdos que había despertado en mi alma la aparición en una época pasada.

XI.

Un poco más lejos hicimos alto á la orilla de un ancho arroyo y allí volví de nuevo á pensar en el paisaje que había visto, y allí sentí una tristeza desconsoladora; y para olvidarla tuve que fijar mi atención en el arroyo y tornar mi pensamiento á la naturaleza que me rodeaba.

¡Engañosa medicina! De un sueño fui á caer en otro sueño.... Y no os parezca fantasía poética lo que digo. Un arroyo es bastante para hacernos soñar; para que veamos ante los ojos ese conjunto de colores, de sonidos, de sombras que giran, se agrupan, vienen y van atormentando el espíritu...

Un arroyo es un pequeño mundo; el embrion de muchas cosas...

Míradlo; se desliza tranquilo por su cauce de arena. Apenas se oye su voz. Únicamente al bajar de algún monte ó al precipitarse por un barranco grita con claro acento y se deshace en blanquísima espuma al ver la impertinencia con que el sol quiebra en el limpio seno de las aguas su luz, que descompone en caprichosas tintas.

Si estamos tristes, aumenta nuestra tristeza; si estamos alegre nos alegra mas aun.

El niño, al fijar su mirada en el arroyo, vé en su fondo purísimo la dicha de su inocencia. El jóven acaso derrama lágrimas. El anciano contempla sus recuerdos.

El niño halla luz, felicidad. El jóven, dudas, pesares. El anciano, sombras, abismos.

El arroyo revela al hombre los misterios que este no ha podido comprender al penetrar en las oscuridades del corazón.

Por eso nos retiene á su lado horas enteras. Por eso al mirarlo huir lo seguimos anhelantes, como si quisiéramos impedir su marcha.

¡Cuántos atractivos encierra! Si corre sosegado y limpio, nos recrea su terso espejo. Si bullicioso y turbio, nos apartamos de su orilla... ¡Ese es el corazón humano!

En la llanura camina apacible; en los montes marcha precipitado.

La vida agitada de las alturas le molesta. Se queja y se revuelve incómodo.

Si atraviesa una cañada sombría, levanta el grito para causar miedo.

Apenas vé una rendija en la piedra se escapa impaciente.

En los sitios llanos y bajos, se ensancha y parece dormir inmóvil.

Ya camina recto como una culebra estendida; ya forma curvas móviles y graciosas. Unas veces ciñe la falda de una colina y la rodea cual un anillo de plata; otras desaparece entre la espesura de un bosque, semejante á un collar de esmeralda.

El arroyo es una armonía, un encanto, un delirio. Todo lo encontráis en su orilla; amor, esperanza, ilusiones...

XII.

Era preciso volver á la vida *real*. Procuré olvidar mis pensamientos y monté á caballo, perdiendo de vista en breve rato las márgenes del arroyo.

XIII.

DOMINGO 9 DE AGOSTO.

Anoche dormí en *Peñarrubia* y esta mañana llegué á *Gobantes* caminando dos horas despues en el tren hácia *Antequera*.

Mi paseo por la Serranía de Ronda habia sido demasiado molesto, y al encontrarme sentado en un coche del ferro-carril, bendije otra vez mas la civilizacion.

Recuerdo que un dia leí con sentimiento que los elefantes trasportaban á una poblacion de la India el material para la construccion de un camino de hierro. Aquella noticia me entristeció, y dije:

—¡Lástima de pais! va á perder la antigua poesía de sus primitivos medios de comunicacion. La locomotora reemplaza al elefante: la India será con el tiempo tan prosáica como Europa.

Mas tarde he reconocido *prácticamente* la utilidad de las vías férreas y me rio de aquella exclamacion ridícula.

Las personas que echan de menos los viajes tranquilos de otros tiempos, deberian hacer alguna excursion á caballo por el interior de España, y es probable que mudaran de parecer.

XIV.

En *Antequera* aguardé la hora de marchar á *Granada*, y por la tarde, para distraerme del aburrimiento que me desesperaba, leia en un casino la biografía de *Donizetti*, repitiendo con tenacidad los versos de su admirable *Lucía*:

*Verranno á te sull'aure
I miei sospiri ardenti.*

ALMERIA.

AL SR. D. FRANCISCO RUEDA LOPEZ.

MÁLAGA 30 DICIEMBRE.

I.

Son las cinco y media de la tarde.

El vapor *Bétis*, á cuyo bordo estoy, leva anclas y se dispone á zarpar para Almería.

Abandonamos la bahía.

Anochece y navegamos cerca de la costa.

En toda ella brillan las luces de los faros, que denotan el cuidado que hay para la seguridad de los marinos.

La humanidad tiene rasgos sublimes. Yo la bendigo cuando veo en las sombras de la noche la amiga luz de los faros. Las soledades del mar perdieron sus tinieblas, y hoy el navegante encuentra en su camino numerosas linternas, semejantes á brazos levantados al cielo, que sostienen estrellas tan preciosas como las del firmamento.

La costa, vista de día, es sumamente pintoresca. Por todas partes aparece cubierta de pueblos esparcidos en los montes y en las orillas de la playa.

Los caseríos se suceden sin interrupcion. Algunas an=

tiguas atalayas ocupan los puntos salientes de los montes. Unas colinas siguen á otras ondulando en graciosos perfiles, y detrás de todas la *Sierra-Nevada* muestra la nieve de su cabeza bajo un cielo azul y purísimo.

La mar está inquieta. Varias olas saltan sobre la cubierta del vapor, y las aguas rugen al estrellarse contra la proa que las desbarata en millones de chispas brillantes. En toda la superficie que divisamos oscilan multitud de copos de espuma.

Olas y mas olas, rugidos y mas rugidos; hé aquí el cuadro de toda la noche.

En el mar se comprenden muchas cosas que no se esplican bien en la tierra. Pensamientos que nada tienen de particular en cualquier circunstancia de la vida, adquieren un misterioso atractivo en una navegacion.

Un marinero está cantando en la proa del buque. Su canto me hace pensar en la existencia de esta pobre gente, y recuerdo la copla que dice:

¡Con qué pena vivirá
la mujer del marinero,
que al pié del palo mayor
tiene pagado su entierro!

Para poder apreciar toda la ternura de estos versos, es preciso haber caminado sobre la superficie de los mares y haber sufrido los rigores del terrible elemento.

Compadezcamos el destino humano, bien triste en verdad, puesto que en todos sus estados merece compasion, porque todos son una cadena de tormentos.

II.

ALMERÍA 31.

Al amanecer fondeamos en Almería y después de las formalidades consiguientes salto á tierra.

No es la primera vez que entro en esta ciudad. Durante cierto tiempo viví en ella hace años y aquí corrieron algunos meses de mi niñez, esa época feliz de la criatura en que el alma concentra su vida en la vida presente, sin lamentar el pasado, ni soñar con el porvenir. ¡Y quién diría que después de aquellos días iban á empezar las turbulentas pasiones de la juventud! ¿Porqué entre la ignorancia de la niñez y el reposo de la ancianidad, hemos de hallar un océano de sufrimientos inagotables?

Los que teneis esperanzas, los que buskais la realidad de un sueño, los que correis tras un anhelo, imposible casi siempre, ¿no habeis echado nunca de menos los años de vuestra infancia?

Con lágrimas de sentimiento vuelvo á la hermosa Almería, y al ver á mis antiguos amigos, pienso en otros días llevados al olvido por la mano del tiempo.

También nosotros seguiremos el mismo camino y mas tarde morirán nuestros recuerdos y nuestros nombres. La Providencia lo quiere así; acatemos su voluntad.

III.

Gracioso y variado es el paisaje que desde el puerto se presenta á mi vista.

Al principio del muelle, que es magnífico, y formando un ángulo con él, empieza la ciudad á estenderse en direccion á Levante, á la orilla de una ancha playa, donde las olas murmuran eternamente.

Detrás del muelle hay unas canteras que proporcionan las piedras para las construcciones.

A la izquierda, ó sea hácia el lado de Poniente, avanza una roca, en cuya cima está el castillo de San Telmo; y por las laderas vecinas suben, como las venas de un mónstruo, numerosas bóvedas de ladrillo terminadas por chimeneas que pertenecen á las fundiciones de plomo.

Sobre otro monte revestido de chumberas, aparece la *Alcazaba* cobijando á la ciudad que se agrupa á sus piés, y en las inmediaciones del cerro ocupado por la fortaleza, se hallan esparcidos algunos trozos del muro de circunvalacion y varias torres en mal estado, pertenecientes á las mismas murallas, que van desapareciendo para dar lugar á nuevas y elegantes habitaciones.

A la espalda de la Alcazaba se destaca el cerro de San Cristóbal bordado de torres y murallas muy bien conservadas.

La ciudad se eleva un poco hácia el centro, y luego descende hasta formar una línea de edificios que disminuyendo mas lejos, concluyen en casitas aisladas.

Una franja de color verde oscuro indica la vega, y en segundo término cierra el cuadro la cadena de montes que corriendo á Levante, forma el cabo de *Gata* ó *Promontorio Charidemo* de la antigüedad, conocido mas tarde con el nombre de cabo de *Agata* por la mucha abundancia de esta piedra que producian aquellos lugares.

En Almeria no hay tejados. Las casas están coronadas de terrados ó azoteas, y las torrecillas en que terminan las escaleras que conducen á éstos, van surmontadas de cúpulas, lo que presta al conjunto el aspecto de una ciudad africana. Añadid que el color blanco se halla esparcido en la mayor parte de los edificios, y la semejanza es completa.

La arquitectura de Andalucía, que fué tomada de los árabes, tiene un carácter especial, y rasgos alegres y graciosos, acomodados al clima del Mediodía, aunque merced

á la temperatura de las provincias del interior ha sufrido algunas modificaciones en Jaen y Granada; pero en los puntos de la costa conserva toda su pureza y distintivos, entre los cuales figuran necesariamente el patio con su fuente ó pilar, la azotea, y el color blanco que trasforma á los pueblos unas veces en diamantes y otras en palomas, segun las horas y las combinaciones de la luz.

IV.

Almería es una de las ciudades mas antiguas de España. Disputan los historiadores acerca del pueblo á quien debe su origen, y mientras unos designan á los *Samantas* por sus fundadores, otros afirman que lo fueron los *Ligu-rios*, y otros, en fin, la consideran fundada por unos pueblos venidos del Oriente; pero la opinion mas admitida es la que atribuye su origen á los árabes, que la denominaron *Meria Albahri* (espejo del mar). La hermosura de su suelo y la comodidad de su puerto llamando la atencion de los hijos de Mahoma, los convidaba á frecuentar estas aguas con sus naves. Sucesivamente vinieron aquí algunas gentes de las poblaciones inmediatas, y Almería llegó á ser en los siglos IX y X el centro del comercio de Andalucía. En 1147 la conquista el emperador Alfonso VII. En 1157 la recobra Adu-Haff por orden del emperador de Marruecos, y sigue en su poder hasta el año 1489, en cuya época fué entregada á los Reyes Católicos.

V.

Luego que hube desembarcado me ocupé en recorrer la ciudad, deseo propio del viajero que llega á un lugar conocido y donde espera ver considerables reformas.

En mi tránsito desde el muelle hasta el centro de la poblacion, encontraba nuevos objetos que yo no conocia, pues pocas capitales tiene España que hayan recibido las

mejoras que Almería. La riqueza de las minas, principal y poderoso elemento de la vida de este país, se observa en la tendencia á hermosear la población, y es notable la rapidez con que se suceden las construcciones.

La muralla desaparece; calles nuevas formadas por lindísimas casas bajas (son raras las que tienen dos pisos), se levantan como por encanto; otros paseos reemplazan á los antiguos, y todo eso en poco tiempo y sin ruido ni molestia.

VI.

Almería carece de monumentos dignos de llamar la atención; mas no debo concluir estas notas, sin bosquejar aunque brevemente la catedral.

Empezó la obra de dicho templo el 4 de octubre de 1524, siendo obispo de la diócesis D. Diego Fernandez de Villalan. Paralizada la fábrica por varios obstáculos, espidióse una real orden para su continuacion, y se dió por terminada en 1543, escepto la torre que se elevó poco mas de los cimientos, hasta que mandó seguir la obra el obispo fray Juan Portocarrero, en 1610, quedando sin terminar.

El edificio es de orden gótico.

Tiene dos puertas; una gótica y la otra de orden compuesto. En los ángulos de los muros, hay tambores; en los costados, aspilleras, y por encima de las bóvedas anchos terrados; precauciones necesarias en aquella época para la defensa, por ser muy frecuentes las escursiones que los corsarios africanos hacian á la costa de España.

La catedral es en su interior tan sencilla como revela su fachada, y se compone de tres naves con columnas góticas y algunas capillas que nada tienen de particular.

VII.

El interior de Almeria es alegre. No se encuentran en su seno, segun he dicho, monumentos arrogantes, ni anchas calles, ni soberbios edificios. La poblacion es pequeña. Le falta ruido, movimiento, animacion; y sin embargo, ni su silencio entristece, ni su tranquilidad hace echar de menos el bullicio de otras capitales.

Esta, en su pequeñez, tiene encantos y bellezas que no reunen muchos grandes centros. Su cielo es hermoso y su campo hermoso tambien. El uno luce ese tinte azul esclusivo de Andalucia, y en el otro puede gozar la vista con la contemplacion de las gentiles palmeras, de los robustos plátanos y de los frondosos cañaverales que llenan el espacio de melancólicos gemidos cuando el viento agita sus flotantes penachos.

Pero sobre todas estas bellezas tiene Almeria títulos que la hacen acreedora á especial mencion; el carácter afable de sus hijos y su amabilidad y finura para el forastero; y en cuanto á la clase inferior de la sociedad, las costumbres son tan morigeradas, que verdaderamente admiran la paz, el órden y las buenas inclinaciones de una gente que por lo comun carece de instruccion, y si la posee es incompleta y poco sólida.

Aun falta otra cosa. Las mugeres de Almeria son hermosísimas.

No quiero detenerme en este asunto, pues cuanto hablara seria poco. Me contentaré con admirarlas y diré solamente:

¡Dios las bendiga!

CÁDIZ.

A JOSÉ ARÉVALO.

I.

Serena estaba la tarde que me embarqué en Málaga con dirección á Cádiz.

La mar azul nos mecia entre sus potentes olas y el *Madrid* se deslizaba magestuoso sobre las espumas.

Era la hora de comer y bajé á la cámara.

Terminada la comida me tendí en un divan y dormí admirablemente.

Por la mañana despues de tomar café subí al puente del vapor.

El día era hermoso. La mar tranquila. Al frente y á la derecha se destacaba la costa, y poco á poco los perfiles de los pueblos y las ondulaciones de las colinas aparecian distintas sobre un horizonte luminoso y transparente.

Jóven, alegre, risueña como una virgen de quince años, así se muestra Cádiz á la vista del viajero. Esta vírgen, por un privilegio de la naturaleza, se adorna con los dos colores mas bellos; el azul y el blanco. El azul del mar y del cielo, y el blanco de los edificios.

No hay nubes que manchen su horizonte, ni tempesta-

des que cubran de siniestras tintas las olas del Océano que baña su puerto. Las nubes pasan errantes sobre la frente de la graciosa vírgen, y á las tinieblas de un momento sucede la eterna luz, como al regaño de una madre suceden los besos y las caricias. El Océano mugidor apenas se atreve á sostener largo tiempo sus iras, de temor de enfadar á la reina de Andalucía.

Los barcos de los pescadores con sus enormes velas latinas, pasan al lado del vapor, rápidos como flechas, y desaparecen en diversos puntos de las aguas, semejantes á copos de espuma.

Los edificios de Cádiz muestran no lejos su perspectiva. El color blanco brilla bajo los rayos de un sol ardiente y la ciudad, que parece salir de las aguas, tiene ahora una belleza sin igual.

Las magníficas construcciones que se elevan detrás de la muralla recuerdan los palacios de Génova.

Una multitud de barcos de distintas naciones ocultan las olas de la bahía, balanceándose á los impulsos de una fresca brisa de Poniente.

A las doce fondeamos en Puntales, y desde aquí podemos admirar á nuestro gusto el precioso cuadro de la bahía.

Al frente del sitio que ocupamos se descubre la ciudad de San Fernando con sus salinas y su astillero. A la izquierda Puerto-Real y el Puerto de Santa Maria entre los cuales corre el Guadalete sobre una llanura vestida de pinos. Sigue el pueblo de Rota; detrás los montes de Medina-Sidonia y Chiclana, y á lo lejos los montes de Jeréz.

El propietario de Cádiz viene á veranear á estos puntos y principalmente á Puerto-Real y Puerto de Santa Maria, que merecen su predileccion. En efecto; no puedes figurarte nada tan encantador como aquellos pueblecitos, radiantes de luz, respirando tranquilidad, convidando al reposo.

El célebre verso que dice: *¿Conoces el pais donde florecen los mirtos?* puede en Andalucía cambiarse de este modo. *¿Conoces el pais de las eternas flores?*

II.

Aunque no es mi ánimo hacer un detenido estudio de Cádiz, recordaré algo de su historia.

Se dice que los tirios ó los fenicios la fundaron mil años antes de Jesucristo, denominándola *Gadir* ó *Gadira* y edificando un templo á Hércules.

Los romanos la poseían doscientos años antes de Jesucristo y la llamaban *Gades*. Estos romanos edificaron el arsenal de la Carraca.

César dió á Cádiz el nombre de *Augusta urbs Julia gaditana*.

Durante el dominio de los árabes fué conocida por *Djecira Cades* hasta que la rescató San Fernando.

Piérdese luego y la recobra Alonso X en 262.

En 1370 la saquean los portugueses y sufre despues varios ataques de los corsarios berberiscos, aunque siempre los rechaza.

Los ingleses y holandeses la conquistan en 1596 abandonándola á los pocos dias y entregándola á las llamas. Vuelven á atacarla en 1625, pero tienen que retirarse.

Durante la guerra de sucesion la sitian los ingleses, sin conseguir resultados favorables.

Nelson la bombardea en 1797.

Napoleon I envía tropas para tomarla y despues de haberla bombardeado desde el Trocadero por espacio de dos años los sitiadores tienen que renunciar á su empresa.

III.

A la hora de saltar á tierra nos embarcamos en un falucho y poco despues llegamos al muelle, donde una nube de pilluelos nos rodea disputándose la posesion de los cofres y maletas.

Entramos en la aduana y con sentimiento tuvimos que

lamentar su mal servicio, pues lo menos se pasaron veinte minutos hasta que el *Vista* juzgó oportuno venir á registrar nuestro exíguo equipaje.

Libres de toda traba nos aventuramos en las calles. Confieso que en ninguna poblacion de España he visto tanta hermosura ni alegría.

Todo sonrie, todo respira tranquilidad y contento. Esas tristes llagas de la humanidad que nos aflijen por donde quiera, no las encontramos en Cádiz. Aquí no hay mendigos, ni hay esos tipos repugnantes que molestan la vista y hacen estremecer el corazon. La vida es cómoda; el trabajo ocupa á las clases pobres de la sociedad y la honradez, fruto del trabajo bien dirigido fructifica en este suelo. La ilustracion desarrollada convenientemente, es la mága que obra semejantes prodigios.

En todos tiempos ha producido Cádiz hombres eminentes, tales como los Balbos, Cannio, Columela, Clemente Torres, Enrique *de las marinas* y otros; y hoy sus naturales se distinguen por su trato franco y fino, siendo de admirar el carácter del bello sexo. Sin embargo, no acertamos á esplicarnos cómo un escritor del talento de lord Byron se haya atrevido á suponer que Cádiz es un foco de disolucion y malas costumbres.

El grande hombre no veia sin duda en el corazon humano otra cosa que vicios profundos; por eso al retratarlo tomaba su inimitable pluma tan negros colores.

Pero al lado de aquella calumnia encontramos la siguiente estrofa.

Quando el tiempo destruyó á Paphos, los placeres desterrados buscaron por morada un clima tan dulce como el de aquella mansion, y la inconstante Vénus, fiel solamente á la mar que fué su cuna, se dignó refugiarse en Cádiz y trasladar el trono de su poder al recinto de las blancas murallas.

IV.

Las calles de Cádiz son preciosas; se hallan admirablemente adoquinadas y su limpieza no tiene igual. Las señoras visten con elegancia (que es proverbial en este país) y varias enlutadas llevan largos mantos negros que hacen recordar la moda de Italia.

Las gaditanas son famosas por sus diminutos pies. Las andaluzas en general tienen este precioso don, pero las gaditanas aparecen más favorecidas entre las mujeres del Mediodía. Un pie pequeño es el primer encanto del bello sexo. Una niña de enanos pies puede ser fea sin parecerlo con tal que los enseñe. Entonces es seguro que no tendrá motivos para suspirar cuando se asome al espejo. En cambio su novio no levantará nunca los ojos del suelo.

Sigamos adelante.

El lujo de los establecimientos de comercio es comparable solo al de Madrid.

La plaza de San Antonio y la de Minas son lindísimas. La de San Juan de Dios es el mercado y por la mañana ofrece una animación y variedad de tipos en extremo agradables.

Cádiz posee muy buenos edificios y entre ellos la iglesia de San Antonio, la de San José, la Aduana, la Escuela de Comercio, el Hospicio, las casas Consistoriales, la cárcel, en cuya portada se vé este letrero, *odiad el delito y compadecead al delincuente*; el cuartel de San Fernando y las fortalezas de Santa Catalina, de Matagorda y de Puntales.

La catedral, obra moderna, es elegante pero sencilla y se debe á la caridad, á la fé y á la perseverancia. El obispo Silos Moreno y el general Manso, reunieron por medio de limosnas particulares lo necesario para la construcción y la basílica nació á la luz. La ciudad conserva la memoria del ilustre prelado y le ha erigido una estatua en la

plaza de la catedral, cuya plaza lleva el nombre de Silos Moreno.

Si quieres gozar de un variado espectáculo asómate á la muralla y mira el mundo de las aguas. Las lanchas se mecen en la bahía; por todos lados el movimiento distrae y marea. ¡Qué animacion en la gente que vá y viene; en las embarcaciones que cruzan delante de nuestra vista; en las voces de los marineros; en los cantos del *charrán* de playa, tipo original y gracioso! ¿Lo conoces? Es una edicion del pilluelo de Paris, con sus dichos agudos, con sus chistes inagotables y su eterna oportunidad.

El espera al viajero que desembarca, y se presta oficioso á enseñarle la ciudad, á dirigirlo á la mejor fonda. Es mozo de cuerda y *cicerone*. Todo lo sabe; todo lo entiende; de todo dá razon esacta. Su sonrisa maliciosa, el gorro ó el calañés, la faja mal ceñida á la cintura, su mirada, su aire indolente, dicen lo bastante en su favor. Tendido á la sombra de la muralla ó sentado en los muelles canta á media voz esas coplas de Andalucia, ó duerme en el fondo de una lancha esperando ocasion de ocupar su actividad ociosa.

V.

Habia corrido sin descanso por las calles de Cádiz y determiné seguir en el mismo dia mi viaje á Sevilla.

Los carteles del teatro Principal anunciaban para aquella noche *Semiramis*, y en verdad me costó trabajo renunciar á una noche en Cádiz.

Procuré olvidar mis ilusiones, y sin detenerme busqué un mozo y nos encaminamos á la estacion.

DE CÁDIZ Á SEVILLA.

Un recuerdo.—San Fernando.—Puerto-Real.—Puerto de Santa Maria.—Campiña de Jerez.—Sevilla.—Por la mañana.—A través de la ciudad.

A E...

I.

¡Qué rápido camina el tiempo! Hace tres dias estaba á tu lado en la vieja Granada, entre sus bosques y sus jardines; oyendo el canto de los ruiseñores, el murmullo de las fuentes, las ráfagas del viento en los árboles; contemplando los muros de la Alhambra y las cumbres de Sierra-Nevada.

Ayer, mecido por las olas, escuchaba la voz del pájaro marino.

Hoy en mi bella pátria, miro con estrañeza objetos que me encantan, pero á la par que goza mi alma, el pensamiento vuela á la cuna de mis placeres, cuyas gratas memoria anublan mi frente.

¡Implacable destino humano! Los dias, las horas, los instantes mas dulces se pierden en el abismo de lo que fué, sin que nos sea permitido dar nueva vida al tiempo que nos abandona.

Yo sería dichoso, si pudiera hacerte sentir lo que siento en este viaje.

Tú ignoras el encanto de conocer la patria que apenas conocíamos; esa patria cuyo nombre ha resonado en nuestros oídos, pero cuyo suelo no han visto nuestros ojos desde los primeros años de la niñez.

Mi patria es Cádiz, y hasta ahora fué para mí casi desconocida.

II.

Eran las tres y cuarto de la tarde cuando salí de Cádiz.

La bahía y las murallas quedaban lejos. Sucesivamente dejamos atrás el cementerio inglés y el barrio de San José con su preciosa iglesia.

Encontramos algunas huertas, cuyo suelo arenoso regado por el agua de diferentes norias, muestra higueras, pitas y palmeras, de pobre y enfermiza vegetación. Les falta la sávia de una tierra pródiga y saludable; el aire del mar abrasa las ramas de los árboles, y las tristes plantas se mecen á los impulsos de la brisa, como débiles convalecientes que vacilan al andar.

Viene luego la fortaleza de *Matagorda*, y las salinas empiezan á estenderse por el estrecho istmo que conduce á la Isla. Aquí nos detenemos unos instantes y admiro al paso el Observatorio, el Colegio Naval y el cuartel de San Carlos.

«La Isla de Leon, dice Fernan Caballero, es una ciudad larga y angosta, que se levanta blanca y brillante entre los montones de sal, como un cisne rodeado de sus polluelos. Tres cosas descuellan en ella, las palmeras de su arenisco suelo, el observatorio de su sávia marina, y las cúpulas de sus católicos templos.»

III.

Era temprano cuando llegué á Puerto-Real, y como podía disponer de hora y media antes de seguir á Sevilla me dediqué á pasear sin rumbo fijo por la encantadora poblacion.

¡Qué alegría en el cielo, en los edificios, en los colores, en los vestidos, en todo!... Casas bajas con grandes rejas pintadas de verde claro; patios pavimentados de losas de mármol y llenos de macetas de laureolas y mil distintas flores; la calma de la contemplacion; el reposo de la ventura; eso es lo que se encuentra en Puerto-Real.

Yo no tenia idea de un pueblo semejante. Habia visto deliciosos lugares de recreo, pero recordando en mi imaginacion, desaparecia todo género de comparaciones.

Puerto-Real es un paraiso donde existe la finura de las grandes capitales unida á la libertad de los pueblos de campo.

Las calles estaban silenciosas. Habia poca gente en ellas, pero detrás de las cortinillas aparecian lindos rostros de mujeres.

Cerca de la estacion paseaban algunas jóvenes vestidas con elegante sencillez, descubierta la cabeza ó adornada graciosamente con un pequeño pañuelo.

Puerto-Real es rico, mas sus habitantes han conservado las costumbres de otras épocas, en que el lujo no constituia una necesidad imperiosa como hoy sucede.

IV.

Fuera del pueblo encontramos estensas llanuras y sombríos pinares.

Cruzamos el Guadalete y nos detenemos en el Puerto de Santa Maria, que parece que se baña en las ondas del rio.

Puerto-Real es como esas lindas mujeres que no tienen pretensiones ni afán de lucir; que prenden una flor á su cabello sin asomarse al espejo para mirar el efecto de su adorno.

El Puerto de Santa María es la mujer hermosa que sabe lo que vale, y mas coqueta que su vecina, se estasia ante el espejo que celebra sus encantos. Este espejo lo forman sus hijos y todo el que tiene la dicha de contemplarla.

Puerto-Real y el Puerto de Santa María son dos hermanas; aquella bonita, ésta hermosa. El amante de la sencillez se contentará con aquella; el del lujo preferirá ésta. Las dos son igualmente seductoras.

V.

A la salida del Puerto de Santa María vemos nuevas llanuras, y poco á poco se advierte que nos alejamos de la costa.

El terreno sube en colinas. La vegetacion es mas rica y vigorosa. Las casas de campo se suceden con frecuencia. Las viñas visten con sus brazos retorcidos el fértil suelo, y por último, nos detenemos en Jerez.

Empezaba á oscurecer cuando salimos de esta ciudad. La fatiga y la agitacion de todo el dia me llamaban al descanso. Me recosté en el asiento del carruaje y aguardé con impaciencia la hora de llegar á Sevilla.

VI.

A las doce entramos en la estacion. Subí á un *break*, y á poco me encontraba en mi alojamiento, plaza de San Francisco.

Mis esperanzas de reposo salieron fallidas. Apenas pude dormir. Insectos de todas clases se cebaron en mi cuerpo no bien me hube acostado, y confieso que nunca sufrí tormentos tan horribles como los de aquella noche. Me ví en

la necesidad de abandonar la cama, y sentado en una butaca, medio desnudo, soñoliento y rendido de calor, conté con dolorosa angustia las horas que me separaban del día.

A las seis me lancé á la calle.

Cerca de la plaza de San Francisco está la *Plaza Nueva*. Es un enorme cuadrado compuesto de magníficos edificios y adornado de filas de naranjos, de candelabros y asientos.

Siguiendo la calle de Génova, llegué á la catedral. Instintivamente alcé los ojos buscando la *Giralda* y la encontré. Hay ciudades cuyo nombre evoca un solo recuerdo que compendia en sí todos los demás recuerdos, y el de Sevilla es la *Giralda*.

La *Giralda* es lo primero que descubre el viajero y lo último que pierde de vista. A lo lejos, parece un elegante dige sonrosado, con el color de los muros de la Alhambra. De cerca, el sonrosado cambia en ese tinte de vejez que los años imprimen á la piedra, y entonces el precioso dige aparece tal como es en sí, monumento grandioso, pero no severo; respetable, pero no caduco. Sobre su alta cúpula voltea el *giraldillo*, enorme figura que representa la Fé, y brilla á los rayos del sol.

La Catedral toda, forma un edificio aislado y magnífico. Por dentro responde á la nobleza y magestad de su exterior.

Desde luego produce esa impresion de misticismo, de divinidad, de cielo, que sólo se respira en los templos católicos y sobre todo en los templos góticos. Se adivina el pensamiento del arquitecto que dirigió la obra; inspirar la religion, traducirla, hacerla sentir á los fieles; y en efecto, lo ha conseguido.

Las columnas que sostienen las cinco naves del templo suben á perderse en las estensas bóvedas, y parecen lanzadas desde la tierra al cielo.

A través de las vidrieras de colores penetra una luz suave, irisada, melancólica, que matiza de misteriosos reflejos los espacios de las naves.

El retablo, de asombrosa riqueza, figura en sus cuadros que separan graciosos pilares, escenas del Nuevo Testamento, y tiene por coronamiento un Crucifijo.

En el ábside se encuentra la Capilla Real en la que está el cuerpo de San Fernando; el de su primera esposa doña Beatriz; el de su hijo Don Alfonso X y el de Garcí-Perez de Vargas, célebre guerrero que acompañó á don Fernando en la conquista de Sevilla.

VII.

La premura del tiempo no me permitía visitar toda la población y hube de contentarme con ver lo mas notable. Permíteme, pues, que pase en silencio gran número de curiosidades de Sevilla para recordar lo que encontraba en mi paseo.

De la catedral me dirigí al Alcázar y permanecí largo tiempo admirando su fachada, rica de arabescos de oro y vivísimos colores.

El duque de Rivas lo describe así:

Magnífico es el alcázar
con que se ilustra Sevilla,
deliciosos sus jardines,
su escelsa portada rica.
De maderos entallados
en mil labores prolijas,
se levanta el frontispicio
de resaltadas cornisas;
y hay en ellas un letrero
donde, con letras antiguas,
don Pedro hizo estos palacios
esculpido se divisa.

El nombre del rey don Pedro I, es el único que viene á la memoria cuando visitamos este sitio. La figura

amenazadora del rey *Cruel* ó *Justiciero* se levanta delante de nosotros y vemos, al par que su figura, la de su hermano don Fadrique muerto por orden del rey en una sala del Alcázar, cuyo pavimento conserva las manchas de sangre, y vemos á su lado á la famosa doña Maria de Padilla.

Epoca triste en verdad fué la vida de don Pedro. Amenazado continuamente por la nobleza, rodeado de traidores y ambiciosos que aspiraban á la corona, tuvo precision de emplear la crueldad con objeto de resistir tantos elementos como lo asediaban; y de aquí sin duda, esa série de crímenes que oscurecen su reinado. Crímenes acaso precisos para sostenerse en el trono y contener á sus vasallos.

VIII.

Corriendo á la ventura llegué al palacio de *San Telmo*, residencia de los duques de Montpensier. A su espalda tiene hermosos jardines y delante el *paseo de Cristina*, junto á las orillas del rio. La vegetacion de este paseo es hermosa, y el paisaje que desde aquí se descubre delicioso.

Yo visité á Sevilla en el mes de agosto. El calor nos abrasaba, y sin embargo, las plantas aparecian lozanas y llenas de vida.

En la primavera, las orillas del Guadalquivir y el paseo de Cristina deben formar un eden. Los rosales mostrarán su pomposo adorno de hojas suaves y perfumadas. Los ruiseñores cantarán en los árboles. El cielo diáfano se retratará en las vecinas aguas, y todo respirará ese aroma indefinible de los campos y los jardines que hace la existencia mas alegre y el corazon mas bueno.

Al otro lado del rio se encuentra el barrio de Triana, y mas allá se dilatan los campos. Primero hay una llanura, despues una colina y á sus piés un monumento arruinado. Desde el sitio donde estoy no lo ven los ojos, pero lo adivina el pensamiento. Aquella ruina es Itálica, la célebre colonia romana. Sus construcciones yacen desmoronadas

y esparcidas por la tierra. Las aves del cielo vienen á beber el agua llovediza en los labrados mármoles, y el lagarto se arrastra y vive entre las grietas de las artísticas molduras.

No lejos de San Telmo está la *Torre del Oro*, edificio almenado que, según la tradición, debe su nombre á haber guardado el primer oro traído de América por Cristóbal Colón.

IX.

Sevilla tiene muy buenas plazas, y calles buenas también, aunque su anchura no corresponde á la belleza de las casas y al lujo de los establecimientos.

De trecho en trecho se encuentran puestos de agua, llamados *aguaduchos*, perfectamente surtidos de refrescos, y respirando limpieza y alegría.

Para evitar la acción del sol, corren sobre muchas calles anchos toldos que refrescan la atmósfera y permiten el tránsito sin la fatiga del calor ardiente del Mediodía.

Los patios y las cancelas de Sevilla tienen justa fama y merecen un recuerdo. Aquellos patios están adornados de lámparas, de flores, de muebles. En medio salta el agua de una fuente, y los pájaros cantores, prisioneros en elegantes jaulas, mezclan sus acentos á los del agua que murmura. Un toldo, cerrando la parte superior del patio, mantiene abajo la temperatura agradable y suave, inunda en media luz los objetos, y añade nuevo encanto á las flores, á los pájaros y á la fuente.

Tanta belleza está á la vista del curioso. La primorosa cancela deja pasar las miradas á través de sus hierros, y los ojos se estasian contemplando aquellos paraísos pródigos de aromas, de poesía, de misterio, de atracción irresistible y poderosa.

La calle de las Sierpes es célebre dentro y fuera de Se-

villa. Cafés, tiendas de modas, platerías, bazares, todo lo que pertenece al lujo se halla en las Sierpes.

Es el paseo de los desocupados y el pretexto de las niñas que quieren ser vistas.

Además de esta calle, las de Génova y Tetuan son centros de animacion y vida.

En ellas puede estudiar el forastero los tipos de Sevilla, y admirar la gracia y el garbo de las sevillanas, ya visiten las tiendas por la mañana, vestidas á la *negligé*, ya pasean de noche arrastrando las régias colas de sus lujosos vestidos, y tras ellas algunos corazones.

De buen grado te hablaria algo mas, pero el tiempo me falta. El tren parte á las cinco de la tarde y esta noche espero dormir en Córdoba.

LA PINTURA.

Antecedentes.—Escuela sevillana.—Murillo y sus obras.

En la historia de la humanidad cada uno de los siglos que transcurren ofrece un sello particular, diferente de los siglos anteriores.

Las artes, las industrias, la educación, la vida toda, obedecen á distintas necesidades, á distintas exigencias.

El sello característico de la Edad Media era el de la religión. El pintor y el arquitecto tuvieron que adaptar sus creaciones al espíritu religioso y obedecieron al gusto de una época que prescindiendo de la belleza de la forma buscaba en el artista la idea mística, el dominio del espíritu sobre la materia, la presencia del alma y la ausencia de los sentidos.

Los pueblos levantaban catedrales, templos magníficos, y el arquitecto que edificaba la obra, buscaba la realización estética de la religión, mistificada hasta donde podía alcanzar su génio. Venía luego el pintor á decorar los muros y las bóvedas de las basílicas, y lo mismo que el arquitecto tenía que ceñirse al gusto que hablaba de la religión en toda su austera gravedad.

A esta época sucede otra enteramente contraria. La restauración de las bellas artes se inicia en Italia. La es-

cultura imita los modelos griegos. La arquitectura crea el estilo *greco-romano*. La pintura sigue el ejemplo de la escultura, y retrata la belleza de la forma por la que se entusiasma bien pronto.

La tradicion cristiana y el arte pagano luchan en el siglo XV, y queda vencedor el arte pagano. Rafael, Miguel Angel y Giorgione dan rienda á su imaginacion y ofrecen al mundo preciosísimas obras en que sintetizan la belleza material.

La pintura pasa de un extremo á otro. Los rostros místicos, las imágenes devotas desaparecen, y en su lugar véense imágenes encantadoras, pero voluptuosas y lascivas.

Al estrecho círculo religioso sucede la licencia, llegando al punto que las paredes del Vaticano se adornan, por consentimiento de los Papas, con pinturas deshonestas hasta la exageracion; y por último, siguen en la misma escuela los famosos pintores italianos Ticiano, Pablo Veronés, el Tintoretto, Julio Romano, Corregio y varios más.

La costumbre de la pintura religiosa que se conocia en España desde los siglos IX y X de Jesucristo subsiste durante mucho tiempo hasta que en el siglo XVI el arte pictórico de esta nacion acepta en parte la reforma iniciada en Italia; mas como el carácter español ha sido siempre eminentemente devoto no pudo el artista prescindir nunca de la inspiracion cristiana.

Apesar de esto, el génio de los pintores españoles hubiera sin duda volado á inspirarse en asuntos profanos; pero contenidos aquellos por las instituciones de la época, por la influencia de la teología en la educacion, por las predicaciones y por el dominio poderoso de la religion que todo lo sometia á su imperio, no se habian atrevido aun á romper su cárcel y volar en busca de otros horizontes.

El pintor Luis de Vargas visita la Italia; estudia y aprende el arte de la época y vuelve á Sevilla estableciéndose en ella. Pinta las paredes exteriores de la Giralda y hace diversas obras. Introduce algunas variaciones en

la pintura que llega á elevar á considerable altura, y sus discípulos difunden por Andalucía los conocimientos que habian recibido de su maestro.

Así fué cómo la Escuela sevillana iba llegando á su apogeo, hasta que en el siglo XVII eran numerosos los artistas con que se orgullecía.

En enero de 1618 nació Murillo. Ceán Bermudez (*Diccionario histórico de los mas ilustres profesores de las Bellas Artes*) dice que desde niño manifestó grande inclinacion á la pintura.

Sus padres lo llevaron al taller del pintor Juan del Castillo, donde hizo progresos en aquel arte. Su maestro se trasladó á Cádiz y Murillo quedó en Sevilla á la edad de 22 años.

Pasa el tiempo; su posicion precaria le obliga á marchar á Madrid. Preséntase á Velazquez que vivia en la Córte. Su distinguido compatriota consigue que le sea permitido estudiar los mejores cuadros que encerraba la capital, y por espacio de tres años copia las obras mas célebres, en cuyo estudio perfecciona rápidamente las condiciones que poseia.

En 1645 vuelve á Sevilla y poco despues empieza á pintar una série de cuadros para el claustro chico del Convento de San Francisco.

Terminada la obra, la admiracion que causa dá á Murillo la supremacia entre todos los pintores que contaba Sevilla. Su fama vuela de boca en boca y su nombre hace olvidar á Herrera, Valdés, Zurbarán y otros maestros. Su vida cambia de aspecto; le encargan nuevos cuadros y sucesivamente mejora el estilo y el tono de estos, hasta formarse un estilo propio.

No vamos á seguir á Murillo en toda su carrera de artista. Hemos indicado sus principios y esto basta para darlo á conocer.

Sin embargo no concluiremos hasta anotar el mas triste accidente de su vida.

El caballero italiano Juan Violato había legado una cantidad al convento de Capuchinos de Cádiz, para que se invirtiera en lienzos de Murillo; y llamado este por los religiosos se trasladó á aquella ciudad en 1680 y empezó á pintar el retablo de la Iglesia, que representa los *desposorios de Santa Catalina*. Iba casi concluido y un día al subir á la andamiada tropezó y cayó sobre la escalera, recibiendo un golpe que lo hizo volver á Sevilla, donde moría dos años despues á consecuencia de la caída.

En las pinturas de Murillo se advierte una gradacion que indica las reformas que experimentaba conforme el tiempo y el estudio perfeccionaban sus obras. En las primeras hay cierta dureza que convirtiéndose mas tarde en hermosa valentia concluye, por último, en una dulzura encantadora. En el colorido no tiene rival. La composicion es acertada. La perspectiva admirable. La forma buena. La colocacion de las figuras, variada é inteligente. Las tintas, exactas hasta lo sumo.

Murillo puso una barrera inespugnable á la invasion de la reforma del arte proclamada en Italia y aceptada por casi toda Europa y mientras que los cuadros mitológicos y los retratos de mugeres brotan de los pinceles de los grandes maestros, Murillo se inspira en las vírgenes que sueña ó en los paisajes de su pátria, y mantiene en sus lienzos el espíritu religioso del pueblo Español.

Las vírgenes de Murillo se han hecho tradicionales. La beatitud, la bienaventuranza que respiran sus rostros angélicos son inimitables.

Génio pacífico, dulce y humilde, elige este artista por tema de sus creaciones las virtudes mas gratas á Dios; y en sus cuadros hallamos una enseñanza, un ejemplo, un consejo, una práctica que seguir.

Murillo es el pintor del *realismo* por escelencia. El asunto de muchos de sus cuadros está tomado de la naturaleza. Retrata la vida real y en esta copia resuelve un pensamiento no llevado á cabo hasta entonces por ningun

artista: da una existencia propia á la pintura sevillana ó mejor dicho, *crea* la pintura sevillana. Pone sus cuadros al alcance del pueblo, y para conseguirlo busca por originales las mugeres del pueblo de Sevilla. Vedlas en sus lienzos; son ellas, con sus grandes ojos, con su preciosa frente y su color moreno pálido. Mas el retratarlas, dá á sus semblantes una espresion divina que hace olvidar la materia para pensar en el espíritu. Aquellos ojos fijos en el cielo, estasiados en visiones ideales, hablan de Dios; nos atraen, nos absorben, nos inspiran pensamientos devotos, nos hacen caer de rodillas adorando al Eterno.

De este modo, con tan admirables obras detuvo Murillo el arte racionalista que pugnaba por entrar en España.

Los mejores cuadros de Murillo han quedado en Sevilla, y casi todos fueron pintados desde 1660 á 1680; es decir, desde los cuarenta á sesenta años del artista. Citaremos algunos.

En una capilla de la Catedral se vé á *San Antonio*, adorando al niño Dios que aparece entre querubines y resplandores de luz.

El Museo provincial (en cuya plaza está la estatua de Murillo,) conserva unos veinte lienzos suyos. *Santo Tomás de Villanueva* es el mas importante. *La Virgen de la servilleta* es otro de sus famosos cuadros á cuyo origen se atribuyen varias leyendas. Hay dos *Concepciones* y un *San José* que sostiene con el brazo derecho al niño Jesús.

En el Hospital de la Caridad se guardan los siguientes: *Moisés* hiriendo la roca. *La multiplicacion de los panes*, y *San Juan de Dios*, conduciendo en hombros á un enfermo.

En el Museo nacional de pinturas de Madrid he admirado otras muchas obras de Murillo, y aunque no las recuerdo todas citaré las que llamaron mas mi atencion.

Santa Ana, enseñando á leer á la Virgen. El rostro de la anciana madre de María respira santidad; el de la inocente que recibe las lecciones revela la pureza y la gravedad de la predestinada para reina del cielo.

La sacra familia del perrito. Si bien carece de la idea que el cuadro anterior, es una preciosa escena de familia. Jesús agarrando en su pequeña mano un pajarillo, hace ladrar á un perro que tiene delante. A la izquierda, la Virgen deja su labor para contemplar al niño que sonríe, y San José lo mira con delicioso contento.

El Jesús del cordero. La cabeza del Redentor es sublime. La mirada tristísima de sus ojos que dirige al cielo; la contraccion melancólica de sus labios; la nube sombría que parece cruzar por su frente, le dan una espresion de divinidad grandiosa. Olvida sus pocos años; olvida al animalillo que tiene á su lado, y en vez de jugar sueña en el porvenir.

Cristo en la Cruz. Las sombras de la noche que se acerca oscurecen los objetos, y solo se descubre perfectamente la figura del señor, admirable de formas. Su cuerpo está pálido. Su cabeza inclinada hácia el pecho. Hermosos cabellos rubios manchados de sangre ocultan su rostro. La sangre, pintada con horrible verdad, brota de sus manos y sus piés y cae sobre la cruz.

La Encarnacion. Hay dos cuadros: el mas pequeño es el mejor. Entre una atmósfera vagarosa, resplandeciente de luz, inundada de tintas celestiales, aparece el ángel Gabriel.

Dos Concepciones. Presentan el mismo encanto de colorido.

Éxtasis de San Bernardo. Es, en nuestra opinion, uno de los cuadros mas sobresalientes de Murillo. El artista sevillano que en los asuntos religiosos es inimitable, muéstrase en esta pintura á una altura prodigiosa. Los *éxtasis* de Murillo son creaciones verdaderamente celestiales. Nada tienen de terrestres; parece que el pintor sueña á la par que el santo y vé como él las divinas apariciones. Esto sucede en el *éxtasis* de *San Bernardo*. El humilde monje, postrado de rodillas en su celda, contempla la encantadora imágen de María que se muestra á sus ojos con el niño Jesús en los brazos, y apoyada en un trono de nubes.

San Ildefonso. El santo recibe de la Virgen la casulla de Arzobispo.

San Agustín. Ve los cielos abiertos; la Virgen, y Jesús crucificado.

San Francisco de Asís. Recibe una visita de la Virgen que viene á ofrecerle rosas en cambio del jubileo de la Porciúncula.

Lo que dijimos del éxtasis de San Bernardo, puede decirse del de San Ildefonso, San Agustín y San Francisco, pues en todos se observa la misma poesía mística, el mismo colorido, la misma atmósfera indecisa y luminosa á un tiempo.

El martirio de San Andrés. Es un modelo de colorido en el que resaltan la suavidad de las tintas y la vaguedad de los contornos; vaguedad debida á la luz que baja de los cielos en medio de los ángeles que ostentan la palma del martirio.

Si al hablar de Sevilla hemos dado la preferencia entre todos los pintores sevillanos á Murillo, ha sido no solo porque creó una *escuela* especial, sino porque es el último resto de aquel brillante ciclo de pintores españoles que empieza en Juan de Joanes.

Muerto Murillo, no vuelve á aparecer ningun génio que le iguale. Sus discípulos y algunos artistas lo imitan, pero no llegan á colocarse al nivel de su maestro.

Además de los cuadros citados anteriormente, hay en Sevilla otros que pertenecen á particulares, así como en Madrid, y varias capitales de España.

Finalmente, cuando tuvo lugar la invasion francesa desaparecieron de España gran número de los lienzos de Murillo que adornaban los conventos; y muchos, arrebatados por el mariscal Soult, fueron llevados al extranjero y vendidos á diversas naciones de Europa que hoy se precian de poseer aquellas joyas de la pintura.

CÓRDOBA.

Camino de hierro.—Un guía.—Importancia de Córdoba.—La ciudad.—En la vega de Antequera.—Tristes memorias.

I.

A las cinco de la tarde salí para Córdoba y durante largo rato pude contemplar á mi gusto el hermoso Guadalquivir con sus orillas pobladas de árboles, con sus lanchas que se deslizaban entre las aguas apacibles, con sus pequeñas islas cubiertas de legumbres y adornadas de chozas.

El sol, en el ocaso, vertía una luz melancólica sobre la dilatada campiña.

Las estaciones y las casas de los guardas estaban vestidas de enredaderas y flores. La suavidad del cielo era encantadora. Los perfiles de la Giralda se desvanecían en el horizonte. El paisaje todo hacía pensar en los campos de Italia.

A la luz de la tarde suceden las tinieblas de la noche. Las estrellas brillan en el profundo azul del cielo y á nuestro alrededor desaparecen pueblos y campos envueltos en la sombra.

A las doce nos detuvimos en Córdoba y poco despues dormia en una habitacion de la fonda Rizzi.

II.

Contra mi costumbre tomé en Córdoba un guia que me enseñara la ciudad y á esta circunstancia debo haber visto en poco tiempo lo mas notable de aquel punto.

El guia era un muchacho simpático y amable; de imaginacion viva, de lenguaje fácil. En el estilo pintoresco y gráfico de los andaluces esplicaba todo, sin erudicion ni pretensiones, sino con verdad y exactitud.

III.

La primera impresion que produce Córdoba es desagradable y á no saber que su riqueza es proverbial, creeríase el viajero en un pueblo de escasos recursos.

Edificios modestos, calles estrechas, tiendas nada lujosas, pocos transeuntes: hé aquí lo que se vé paseando por la ciudad.

Pero el curioso encuentra la compensacion de sus primeras impresiones en los recuerdos de esta antigua córte.

Córdoba figura siempre con esplendor en la historia. En un principio fué cabeza del pais ocupado por los Túrdulos. Despues aliada de Cartago, y sucesivamente sufre el yugo de los romanos, gime bajo la opresion de los godos y abraza la fé cristiana. En el siglo 7.^o de nuestra era, Margueit-el-Rhumi, vencedor del Guadalete, se apodera de Córdoba y la hace centro del imperio árabe en España, dependiente de Damasco. Desde entonces (año 715) se siguen en esta ciudad veinte emires cada uno de los cuales aumenta el brillo de la nueva colonia. Figuran entre ellos Abderraman que en 756 inaugura el reinado de los Omniades. Su hijo Hescham, protector de la poesia y la arquitectura. Abderraman segundo que embellece la ciudad

con hermosos edificios y Abderraman tercero que la erige en metrópoli del califato Occidental. Pero á la muerte de Hescham segundo queda Córdoba reducida á emirato y débil entonces, no puede rechazar á los cristianos que triunfantes en Martos y Andújar llegan á sus puertas y clavan la bandera de la cruz en las almenas de las torres árabes siendo rey de España Fernando tercero el Santo.

IV.

El monumento mas importante de Córdoba es la Catedral. En el lugar que ocupa hubo antiguamente un templo romano y despues la célebre mezquita, mandada construir por Abderraman primero en 796.

El exterior del templo es severo; parece una fortaleza con sus almenas y sus anchos estribos.

Inmediata á la torre se halla la puerta del *Perdon* que solo se abre en los dias de grande solemnidad y dá entrada al *Patio de los naranjos*, estenso átrio adornado de fuentes, naranjos y palmeras.

El interior de la Catedral en nada se asemeja á las demás catedrales de España. A primera vista adviértese una confusion estraña producida por la multitud de columnas que sostienen las diez y nueve naves de la basílica y cuyo número pasa de mil.

Delante del altar mayor se vé una soberbia lámpara de plata, que pesa unas diez y siete arrobas.

La sillería del coro es de caoba y representa en los medallones de las sillas escenas del antiguo y nuevo Testamento.

Terminan los cuatro frentes de la Catedral varias capillas siendo la mas notable la de San Pedro ó del *Zancarron* que era destinada en tiempo de los árabes para guardar el Coran. Se compone de un vestíbulo y del santuario. En el centro de aquel hay un túmulo con la banda de los nazaritas. El arco es de pequeños pedazos de cristal

admirablemente unidos y de bellísimo efecto. Cierra la bóveda del santuario una magnífica concha de mármol de una pieza, y la obra toda es de mármol blanco revestido de aleyas del Coran y otras distintas inscripciones.

La Catedral tiene, á pesar de su belleza, un defecto notable: el suelo, de ladrillos, no corresponde á la grandiosidad del edificio.

Cerca de la Catedral está el *Triunfo*, monumento de mal gusto dedicado á San Rafael. Consta de un zócalo sobre el cual se eleva un monte con una gruta, coronado por un castillo. Del centro de este sube una columna que termina en la imágen de San Rafael. En el castillo se ven esculturas que representan á Santa Bárbara, Santa Victoria y San Aesclo. En el monte hay un leon, un caballo, un águila, una palma, un cañon y un sepulcro, que es del obispo don Pascual, enterrado en aquel sitio.

Delante de la plaza en que se encuentra el Triunfo se halla el rio, que ofrece una agradable perspectiva.

Sobre rotos pedazos de la antigua muralla se han edificado algunos molinos que con los fragmentos de las ruinas forman un conjunto pintoresco aunque sombrío, como es sombrío todo lo que habla de la muerte. Algo hay allí que entristece; algo que produce una secreta melancolía. La vejez de los malecones no es indiferente para los ojos que la miran; recuerdan un pasado y el pasado es el dolor.

Al otro lado del rio se estiende el *Campo de la verdad* y enlaza las dos riberas un puente de diez y seis arcos, construido por los romanos y que termina al Sur en el castillo de la Calahorra.

Dá salida al puente hácia la parte de la ciudad una hermosa puerta dórica, formada por un arco y cuatro columnas estriadas. Dos relieves adornan los intercolumnios y el conjunto total tiene cierto carácter que se aviene á su abandono y su vejez prematura.

Al pié de la Sierra de Córdoba y á media legua de la poblacion se conservan los jardines de la Rusafa,

deliciosa posesion de recreo mandada edificar por Abderraman primero, y en la que plantó una palma de Damasco á la que compuso los siguientes versos conocidos de todo el mundo.

Tú tambien, insigne palma,
eres aquí forastera;
de Algarbe las dulces auras
tu pompa halagan y besan:
en fecundo suelo arraigas
y al cielo tu cima elevas:
tristes lágrimas lloraras
si cual yo sentir pudieras:
tú no sientes contratiempos,
como yo de suerte aviesa;
á mí de pena y dolor
contínuas lluvias me anegan;
con mis lágrimas regué
las palmas que el Forat riega;
pero las palmas y el rio
se olvidaron de mis penas,
cuando los infaustos hados
y de Alabás la fiereza
me forzaron á dejar
del alma las dulces prendas:
á tí de mi pátria amada
ningun recuerdo te queda;
pero yo triste no puedo
dejar de llorar por ella.

En la Rusafa fueron enterrados muchos califas de Córdoba.

Ya no hay palmas en la huerta, pero el suelo produce ricos frutales y delicadas flores.

Desde la Rusafa se vé perfectamente la Sierra. Su aspecto es grave: se ve vegetacion hermosa. Entre las pitas, los

pinos y los cipreses blanquean multitud de casas y en las alturas aparecen las ermitas.

En los siglos catorce y quince habia ermitaños en la Sierra de Córdoba y en el siglo diez y ocho se reunieron en lo mas elevado de la montaña, construyendo trece ermitas separadas, una capilla de *Nuestra Señora de Belen*, una hospedería y un cementerio.

V.

Volví á la estacion.

La campana nos llamaba á los carruajes. Subí en el tren de Málaga y por la noche corría en la diligencia hacia Loja.

El cielo estaba tormentoso; los relámpagos iluminaban con resplandor siniestro la *Peña de los enamorados*.

La lluvia nos azotaba. La vega de Antequera desaparecia en la oscuridad y el camino alumbrado apenas por la farola del coche, tenia algo de fatídico.

La nueva aurora ahuyentó la tempestad y los rayos del Sol mostraron á mi vista la Sierra de Loja y allá muy lejos Sierra-Nevada.

Las tristes imágenes de la noche anterior huyeron de mi espíritu y olvidé la fatiga y el cansancio para soñar con Granada.

VI.

¿Quién habia de pensar que pronto iban á trocarse en pesares las dulces emociones que experimentaba entonces?

Pero ¿qué importan al público indiferente los sufrimientos de mi alma? Sin embargo, séame permitido desahogar un instante mi corazon en estos renglones y tributar nuevas lágrimas á la amable amiga, á la encantadora hermana cuya muerte sentiré toda mi vida.

¿Por qué callar? Las páginas de mi viaje por Anda-

lucia son recuerdos de muchas horas de mi existencia. Consignaré otro, aunque es tan doloroso que enturbia la alegría de mis primeras escursiones, añadiendo un desencanto á los que habia sufrido mi alma jóven y entusiasta.

¡Triste esperiencia! Viajar, gozar, tener aspiraciones; ¿sabeis lo que significa? Caminar hácia la muerte. ¿A qué torturarnos con locos deseos? Vivamos para el porvenir. Vivamos para el bien y la virtud y olvidemos lo demás.

GENERALIDADES.

I.

Andalucía conserva aun en toda su fabulosa poesía esos tipos románticos que han celebrado los extranjeros, si bien con la exageración de la distancia que engrandece las figuras prestándoles mas brillo y mas encanto.

La *maja* de Cádiz y Sevilla, el torero y el contrabandista, son plantas indígenas de esta tierra del sol y del placer.

No es una ficción el encuentro de la gitana que os explica la *buena aventura*; por do quiera la veis con sus negros ojos, su mirar penetrante y su oscura tez; y visitando los desfiladeros de las montañas acaso tengais ocasion de contemplar una partida de contrabandistas con su pintoresco traje andaluz y sus raudos caballos y el trabuco ó la escopeta.

Sin cesar observais en estas provincias la profunda huella de la dominación árabe. Ese pueblo le prestó su arquitectura, sus costumbres, su fantasía, su amor y sus tradiciones. Estudiad en ciertos detalles á los hijos de Andalucía y os llamará la atención el notable parecido que existe entre ellos y los árabes andaluces; y respecto á localidades, hay barrios en Andalucía que guardan su primitivo carácter. El Albaicín tiene por la noche la misma

fisonomía que en el siglo XV. Sus calles estrechas, mal alumbradas por moribundos farolillos, sepultadas á trechos en lúgubres sombras, con sus casas negruzcas, sus arcos árabes y sus derruidas torres, traen á la memoria el barrio popular de los moros. A cada rumor de la brisa, á cada voz que turba el silencio se espera ver un rondador rebozado en su capa, ó un misterioso duende de las leyendas de Felipe II.

Al visitar los ruedos de Colmenar en la provincia de Málaga, se cree el viajero transportado á los montes de Marruecos. El aldeano de esta parte de Andalucía es el tipo exacto del kábila. Una sorpresa indefinible se apodera de quien lo contempla.

Andalucía trae á la memoria el recuerdo de aquellos árabes que durante ocho siglos ocuparon este suelo. La aparición de un caballero oriental, de maneras distinguidas y de rico traje os estrañaría menos que la del paisano que teneis delante. Pensais que la civilización ha retrocedido y este pensamiento os arranca una ilusión.

No es aquel el árabe civilizado, sino el kábila rifeño. Un ancho pantalon, un jaique llamado *jabardina*, de paño pardo con capucha, un pañuelo ceñido á la cabeza á modo de turbante, un estendido sombrero redondo y una escopeta; hé aquí el aldeano de la provincia. Quitadle el sombrero, mudad en blanco el color del jaique y desaparece la diferencia. La espresion del rostro moreno, barbudo y de ojos brillantes completa el parecido.

II.

Difícilmente se podría encontrar un pueblo mas apasionado, mas tierno, mas sensible, ni de mas imaginación que el pueblo andaluz. Sus costumbres, sus fiestas, todos los actos de su vida íntima, rebosan el perfume de la poesía del corazón, que brota á raudales de su alma, que se desborda, por decirlo así, y necesita un santuario donde

practicar un culto, porque un culto es la sublime expresión de ese sentimiento grande y sencillo á la vez.

El amor y el canto, son las dos ramas principales en que pudiéramos dividir la poesía de este pueblo. Ama con frenesí, y el amor es su primer belleza; ya lo cifre en la religion, síntesis de los amores, ó en la mujer, ó en la flor compañera de la mujer, cuya circunstancia la hace acreedora á igual estima que aquella.

El delicado instinto del pueblo parece que adivina un alma, un sér oculto en las flores; así es, que las cuida con el mayor esmero y las hace intérpretes de sus sentimientos. La mujer reconoce en estas hijas de la pureza el símbolo de su sexo pudoroso, tímido, encantador, y las coloca en el cabello ó sobre el pecho.

Por la mañana vereis al amante frente la reja de su amor; y si su coloquio es mudo, si solo hablan las miradas, es posible que la mas bella flor con que la mujer adorna su cabeza pase á manos del feliz amante quien la conservará sin duda; y si algun dia terminan sus relaciones, volverá la flor marchita á su primitiva dueña.

Por la noche hallareis al trovador improvisando al compás de su guitarra las coplas que canta.

Unas son conceptuosas y profundas como esta:

Desdichada tortolilla
que todas las aguas bebes,
mira no bebas alguna
que en su corriente te lleve.

Otras, hiperbólicas y ardientes, encierran un poema de amor sublime:

Las piedras que vas pisando
cuando sales á la calle,
las vuelvo yo del revés
porque no las pise nadie.

Unas rebosan dolor y amargura y parecen nacidas entre el llanto y la desgracia:

Algun dia, fuentecilla,
se secarán tus corrientes,
y luego irás á pedir
agua, por Dios, á otra fuente.

Otras, en fin, compendian bajo su forma sencilla el carácter del pueblo:

Cuando esté en la sepultura
y de gusanos roido,
mis huesos tendrán letreros
diciendo que te han querido.

Pero todas guardan un fondo de dulzura y melancolía inimitables al que prestan mas espresion las vibraciones del instrumento músico, que se adapta á todas las fibras del corazon y traduce fielmente las evoluciones del alma.

Las músicas populares de este pais sorprenden por su belleza; seducen por su ternura; interesan por su sentimiento y hacen llorar por su melancolía eterna, apasionada, delirante. Y al par que reúnen semejantes atractivos, tienen la particularidad de que algunas de sus notas son imposibles de traducir, pues solo la voz humana sabe espresarlas.

Hay en estas músicas un *dejo*, un tono, una modulacion que existe únicamente en la garganta del cantor, á cuyos acentos añade un nuevo encanto la guitarra. Sus notas y las del músico se buscan y se siguen; no se apartan un instante; son dos cuerpos y un alma; dos armonías distintas que se confunden en un suspiro, en un lamento, en un grito salvaje.

III.

En el pueblo andaluz hay *cantadores* y *tocadores* de guitarra, admirables.

Varios amigos reunidos van por las calles, á las altas horas de la noche, deteniéndose en diferentes puntos. En cada parada forman un círculo. La guitarra suena y el cantor entona su copla, siguiendo uno á uno hasta llegar al último.

La diversidad de tonos y de músicas y la dulzura de la guitarra que el silencio hace mas perceptible, forman una *fantasia* inesplicable. Y todo eso en una noche serena, bajo un cielo purísimo y radiante, con una atmósfera impregnada en los olores que exhalan los jardines y los balcones. Apenas la brisa mueve una hoja, y si acaso vaga, corre en sus alas el rumor de la serenata, perdiéndose en caprichosas variaciones á través de las calles.

IV.

Tambien en las casas pobres hay conciertos que ofrecen un sello particular.

Figuraos una habitacion modesta, pero aseada y blanca, como todas las de Andalucia.

Gritos, risas, aplausos, requiebros, exclamaciones, rápidos y significativos movimientos del calañés ya inclinandolo sobre las cejas, ó llamándolo hácia la coronilla, ó tendiéndolo de un lado; tal es el cuadro que tiene lugar una vez empezado el baile.

Hay momentos de entusiasmo en que el público arroja á los piés de la *bailadora* chaquetas y sombreros; y luego la *bailadora* sube sobre una mesa y allí luce los prodigios de su habilidad, rodeada de los concurrentes que la admiran.

En vano temblará la voz rendida del que canta; otra

voz vigorosa viene á sustituirla, así como á la muger que danza la sustituye otra y otra.

Nada mas embriagador, nada mas frenético que aquel baile. Los movimientos, la fatiga, la fuerza consumida en tan diversas gracias tiñen de vivo carmin las mejillas de las jóvenes. Sus ojos chispeantes vagan en una atmósfera de provocativa languidez; su boca abierta suspira al respirar; su pecho dá violentos latidos.....

Y entretanto, suenan los aplausos y el concierto de las castañuelas, las guitarras y los panderos, hasta que poco á poco van muriendo las voces y la armonía, como el rumor de una música que se aleja, pero dejando en el alma un recuerdo grato, una impresion dulcísima.

V.

Mucho pudiera contaros de Andalucía; pero omito nuevos detalles, porque comparados á la realidad siempre habrían de aparecer pálidos y exíguos.

Andalucía tiene un símbolo: *la luz*. Su cielo, sus horizontes, sus paisajes son luminosos, diáfanos. Atraen con una fuerza irresistible; engendran la aspiracion del *mas allá*, que es lo infinito.....

¡Dichosa pátria la que revela el himno sublime de la luz y la divinidad!

SEGUNDA PARTE.

EL RIFF.

CUATRO DIAS EN EL RIFF.

DIA 23.

A las cinco de la tarde salimos de Málaga para la costa de Africa en el vapor correo del Riff.

Mucho tiempo hacia que proyectaba este viaje, pero circunstancias diversas me impidieron hasta ahora realizarlo.

Navegamos con mar bonanza y cielo casi cubierto.

La ciudad queda lejos. Los montes se borran entre las brumas de la noche, y una línea de luces á cuyo frente está la del faro nos muestra la hermosa hija de las aguas que parece despedirnos desde sus playas.

La luna avanza en el horizonte, enviando brillantes reflejos á la superficie de las olas que chispean como un espejo espuesto á la luz.

La contemplacion de la naturaleza trae siempre multitud de pensamientos que fatigan ó halagan, segun la disposicion de ánimo en que se halla el hombre.

Aquel mar tranquilo, aquella luna, aquel barco que me llevaba hácia lo desconocido; todo despertaba en mí una profunda melancolía.

La vida es triste para el alma que sueña. El mismo encanto del sueño constituye el tormento de la existencia. Para consolarnos de esta amargura realizamos de vez en cuando las fantasías de la imaginacion.

Vivir encadenado á un punto de la tierra, á un pueblo, á una ciudad, nada mas horrible.

La existencia real es mezquina; los pesares nos envejecen, las lágrimas nos atormentan.

¡Qué doloroso es para un alma jóven cruzar el mundo buscando una emocion, bálsamo de los sufrimientos!...

DIA 24.

Antes de amanecer, subo al castillo de popa.

Una sombra se dibuja delante de nosotros. Es la costa de Africa.

Algunas gaviotas vuelan en varias direcciones y numerosos delfines rodean el vapor.

El sol sale.

Doblamos el cabo de Tres Forcas, que se llamó en la antigua geografía *Metagonitis Promontorium* y dejando al Este los islotes *Farallones*, entramos en la bahía de *Entrefolcos*.

A favor del antejo miro un cárabo que navega cerca de la playa.

En las rocas, á orillas del mar, hay un grupo de moros pescando; otros caminan por los montes, y toda la costa ofrece un agradable panorama.

Los campos están cultivados y de trecho en trecho descubrimos casas y corrales como se ven en los pueblos de Andalucía. Allá muy lejos ondea una bandera sobre una roca elevada.

A medida que avanzamos, la roca toma forma distinta.

Murallas, torres, cañones, centinelas y multitud de personas asomadas á las ventanas, todo esto pasa sucesivamente á nuestro lado, y por último damos fondo en el puerto de Melilla.

No me detendré ahora en referir mis observaciones acerca de esta plaza.

Lo haré mas adelante, puesto que en breve volveré-

mos á ella. Entre tanto llega el instante de zarpar, saludemos el suelo africano; la tierra del misterio, donde se hermanan y confunden las nieves y los fuegos del sol tropical; la aridez y la abundancia; la vida y la muerte. La barrera que no han podido traspasar las civilizaciones. El teatro de gigantes luchas; la morada de inmortales héroes; la cuna de ricos imperios; el sepulcro de colosales grandezas.

Son las cuatro de la tarde.

El vapor leva anclas. El hélice rompe las olas.—¡Melilla, adios!

A las ocho de la noche llegamos á Chafarinas.

DIA 25.

Mientras aguardo la hora de ir á tierra, me ocupo en observar el lugar donde nos hallamos.

Las islas Chafarinas son tres rocas poco separadas, que con la costa de Africa forman una bahía cómoda y segura. Fueron tomadas por los españoles en 1848.

La poblacion está en la isla del centro ó Isabel II. El islote mas alto se llama Congreso y el de levante Rey.

El aspecto de las islas es triste y desolado. Carecen de vegetacion, puesto que no tienen mas agua que la que el vapor trae de Málaga. La vista no puede reposar en un arbusto ni en un árbol. Rocas ásperas de construccion ferruginosa, hé aquí lo único que ofrecen estos lugares.

Al ver tanta aridez, recuerdo los campos de la península; los jardines de Andalucía, verjeles floridos en los que la vida es cómoda y risueña, y el alma torturada encuentra un alivio á sus dolores y goza de otro mundo, amigo cariñoso que ama á quien corre á buscarlo; confidente secreto de los pesares; testigo de las alegrías.

Ese mundo tiene horizontes infinitos; y lagos, montañas, bosques, llanuras, nieves, flores, nubes, aves y cantos.

Hay en ese mundo voces misteriosas, revelaciones dulcísimas, espectáculos maravillosos.

Hay un campanario de algun pueblo humilde; campanario cuyo acento no se oye pero se adivina.

Hay una columna de humo que sube al cielo como para bendecir á Dios. Hay una ruina recuerdo vivo de otras edades. Hay yuntas de bueyes que rompen la haz de la tierra mientras el vapor hiende los campos, llevando á remotos paises la civilizacion.

Todo eso se siente y se ve, sin que nos moleste su ruido; sin que nos desencante la aproximacion de su verdad, horrible muchas veces, cuando lo que admiramos es obra de los hombres; y sobre lo que admiramos hay luego un cielo purísimo donde buscamos el descanso del espíritu.

Desembarcamos en un pequeño muelle y entramos en la plaza por la puerta de la *Marina*.

En la cumbre del monte se halla la torre de la *Conquista*, con vigía y faro.

Delante de la puerta hay un cañon y la torre está cercada de un foso.

Era domingo; tocaban á misa y fuimos á la iglesia á cumplir la obligacion de todo católico.

El templo nada tiene de particular. Sus dimensiones son reducidas. Su forma exterior es la de un retablo.

Mas tarde visitados la isla del Rey. Dejamos la lancha en una especie de ensenada y subimos por una pendiente de pizarras y otras piedras.

En la única vivienda de la isla habitan tres ó cuatro confinados, y por los alrededores de aquella miserable casa vagan algunos cerdos y gallinas, y ocho ó diez becerros atrozmente flacos.

Apenas acierto á esplicarme cuál sea el alimento de estos pobres animales en un suelo sin vejetacion.

Cerca de la puerta de la *Marina*, arrimados á una pared hallábanse multitud de moros que habian desembarcado

y esperaban viento favorable para seguir su interrumpido viaje á Oran.

La curiosidad me llevó á su lado. Eran infelices y estaban vestidos con miserables *chilabas* rotas y sucias.

Tendidos ó sentados, miraban á un moro de elevada estatura que ejercia entre ellos el oficio de barbero y que á la sazón trabajaba sin descanso.

Uno de los rifeños tenia en la mano un cuerno lleno de aceite con el que suavizaba la ancha hoja de la navaja.

La operacion del afeitado se verificaba del modo siguiente.

El parroquiano se bañaba la cabeza en agua fria. Arrodillábase delante del barbero, y este con una ligereza admirable pasaba la cuchilla sobre la cabeza del *paciente* (no estrañeis el nombre) hasta despojarla de todo cabello excepto un largo mechón, lo cual no conseguía sin haber antes causado diferentes desolladuras que aquel recibia sin advertirlo, al parecer.

Concluida la operacion el afeitado besaba las manos y la frente al barbero (cuyo cargo era desempeñado gratuitamente) y dejaba el puesto á otro moro.

Terminó al fin la *toilette* y dióse principio al almuerzo.

Cada individuo llevaba un zurrón de piel, provisto de harina de cebada. En dicho zurrón introducía cierta cantidad de agua y amasando el todo, comía la pasta informe que resultaba, saboreándola como si fuera un apetitoso manjar.

Y ya que hablo de moros, bueno será que refiera algo de las observaciones que he podido adquirir acerca del país vecino á nuestros presidios menores.

La costa se halla á una legua de Chafarinas.

Frente á estas islas está el *cabo del agua* que avanza trescientos piés en el mar.

Hácia el Este hay una playa, de un cuarto de legua.

Sigue la costa de *Eherran* y mas lejos el rio *Milonia* á cinco millas del cabo del agua.

Desde aquí forma la costa un tajo de veinte á treinta piés, hácia el Oeste, hasta la punta del *Quibidana* ó *Quiviana*, (distante cuatro leguas del cabo del agua) que debe su nombre á una cordillera que termina frente á aquel y se estiende paralela á la costa hasta la laguna de *Puerto nuevo*.

Todas estas playas son malas por los vientos de Este y Oeste.

El suelo es feráz, pero se halla mal cultivado; lo cual no impide que en los sitios sembrados se recojan asombrosas cosechas de trigo, maiz, cebada y habas, sin mas trabajo que arar una sola vez al tiempo de echar el grano.

Los moros se cuidan poco de utilizar el agua para los riegos, y sin embargo crian toda clase de hortalizas.

Suele haber en esta costa algunos olivares; mas como no bastan para el consumo, los habitantes del pais emplean para las luces el aceite sacado de una planta que se llama *lautsiquina*.

La abundancia de la miel es tal, que ninguna familia carece de criaderos, siendo de advertir que la propiedad de las abejas se respeta religiosamente.

Los ganados de todas especies son abundantísimos.

En las cercanías de Melilla hay hermosas salinas que proveen de sal á varias provincias de Marruecos y Argelia.

Desde el rio *Milonia* hasta dos leguas al Sur, el agua es muy escasa y solo existen tres pozos, uno de ellos en el *cabo del agua*.

A tres leguas de este sitio se encuentra el pueblo de *Quibidana*, cabeza de la provincia del mismo nombre, que tiene cinco mil habitantes. De dicho pueblo parten tres caminos carreteros; uno para Féz, otro para Tremecen y el último por la costa hácia la frontera argelina.

El primero va por llanuras á *Benibufuron*, distante siete leguas de Quibidana, y pueblo de siete mil almas colocado en una hermosa llanura.

De *Benibufuron* entra en un pais montuoso hasta *Ferne-*

nion separado diez y siete leguas del anterior y lugar de doce mil habitantes, al pié de una cordillera.

Tres leguas mas allá está Féz.

Toda la estension de tierra descrita es muy productiva.

El segundo camino sigue un terreno algo accidentado durante cinco leguas hasta el pié de las *mesas de Tremecén* que son unas montañas de segundo ó tercer orden.

El último camino va á la frontera, junto á la orilla del mar y atraviesa un suelo llano.

Además de los indicados hay otros caminos que son de herradura.

Los árabes se dividen en *tribus* y estas en *familias*.

Cada distrito tiene un *Cheriff* cuyo empleo es hereditario, y puede decirse que es la única autoridad que respetan los moros. En el *Cheriff* reside el poder político y el militar.

Cinco son las *Kábylas* que forman el campo de *Kalaya* que se estiende hasta Melilla.

Las tierras de estas *Kábylas* producen olivos, granados y algarrobos; cosechas de trigo y cebada; nabos, habas y zanahorias y mantienen abundante ganado lanar y vacuno.

Cada *Kábyla* se divide en *Cuarteles* á las órdenes de cierto número de *Kabos* dependientes todos del *Kabo* principal, cuyo cargo se hace por eleccion y á perpetuidad, y raras veces por herencia.

La *Kábyla* tiene un contingente de tropa que varía desde mil á tres mil hombres; los cuales se alistán sin compromiso y sí voluntariamente.

DIA 26.

A las seis de la mañana fondeamos en Melilla.

Esta ciudad, que es capital de la provincia de Gart, fué fundada por los cartagineses, y recibió sucesivamente

los nombres de Melila, Melilia, Ras-ad-dir, Rusadir y Rysadyrum.

Su puerto es peligroso cuando reina el levante.

La poblacion vale muy poco. Las calles son estrechas y pendientes. Los edificios modestos y sin comodidades.

Melilla es notable por sus fortificaciones. Una magnífica muralla erizada de bocas de fuego la circunda, y donde quiera que se fije la vista, aparecen puentes levadizos, fosos, parapetos y torres, mientras que por bajo de estas obras corren estensas minas con pozos y rejas, todo dispuesto para la defensa; los centinelas en sus sitios; las municiones junto á las piezas; las cadenas prontas á levantarse.

¡Triste poder de destruccion!

No concibe el hombre la pequeñez de su vida, y amonтона la muerte sobre la muerte, como si el fardo de su existencia durase tanto que necesitara otro alivio mas enérgico para arrancar el peso de unos pocos dias.

Por todos lados veo muchos moros de humilde aspecto; robustos, vigorosos y de elevada estatura.

Parte de ellos son vendedores que vienen del campo á proveer la plaza de huevos, legumbres, aves y pescado.

Unos llevan jaique blanco, otros chilaba (especie de camisa ó saco de lana rayado, con mangas y capucha). Unos usan turbante, otros gorro encarnado y algunos se adornan con una cuerda liada varias veces alrededor de la cabeza; pero todos, sin escepcion, se dejan crecer en la coronilla un largo mechon de pelo que llaman *fantasia*.

El continuo trato con los españoles ha modificado ciertas costumbres de estos kábylas haciéndoles adoptar diferentes usos que les eran desconocidos; por ejemplo, los cigarrillos de papel y las cerillas fosfóricas, cosa estraña en el pueblo de la tradicional pipa. Sin embargo, aun se conserva demasiado estendida la barbarie entre estas gentes, y

en prueba de ello voy á copiar algunos párrafos de una carta que me dirigió un amigo mio que ha vivido largo tiempo en las plazas del Riff.

—«Todos sus conocimientos se reducen á la conservacion de sus armas, de su arnés y su caballo.

Cuentan el número de individuos de familia como su principal riqueza. Y con efecto, la familia mas numerosa es siempre la mas rica porque impunemente se apodera de los bienes del vecino que, falto de personal para la guerra, tiene que sufrir con calma su mancilla.

No hace mucho pregunté á un moro:—¿Tú estar rico?— Yo tener tierra, tener vaca, tener mula, tener caballo y tener muchacho.

¿Qué te parece? ¡Un hombre es rico porque tiene hijos y ganado! ¡Y los nombra juntos, y los une por medio de una conjuncion copulativa!

¿Conoces las ceremonias de esta gente? Llega una niña á cumplir once ó doce años, y acto seguido, un moro que puede ser su abuelo, pretende adoptarla por mujer; trata su venta con el padre como podria hacerse con un caballo ó una cesta de higos; se ajusta en una cantidad que varía de treinta á ochenta duros, y el moro es dueño de aquel ángel.»

Despues de recorrer la ciudad en todas direcciones, salgo á dar un paseo al campo en compañía del oficial de administracion militar don Manuel de Rojas, amigo mio y antiguo compañero de carrera, á quien debo varias noticias de esta poblacion.

El terreno por donde caminamos estaba antes cubierto de chumberas, á cuyo amparo hacian los moros fuego á la plaza, causando bajas en los centinelas, que no podian responder á las agresiones del enemigo, siendo necesario por dos veces talar esta espesura.

Al toque de diana sale diariamente parte de la guarnicion de Melilla á hacer la descubierta del campo y desde este momento queda establecida una avanzada que al ano-

checer, previa la señal de retirada, entra en la ciudad, así como todo individuo que se halle fuera de los muros.

Dicha avanzada ocupa un edificio aislado en lo alto de una colina que es el término de nuestro paseo.

Desde este sitio dominamos un reducido, pero variado horizonte.

A la derecha suben escalonados algunos cerros manchados de casas y oscuras chozas que solo se adivinan por el humo que arrojan continuamente. A nuestros pies empieza un valle denominado de *ataque seco*, en cuyo fondo se arrastra *el río de oro* que desemboca junto á Melilla; pobre raudal invisible cuando corre tranquilo, y catarata impetuosa cuando sus aguas crecen. Cierran el valle unos montes elevados y á la izquierda se extiende la sierra del Gurgú, áspera y sombría, como desafiando á la vecina plaza.

DIA 27.

Anoche hicimos rumbo para Alhucemas y á las cinco de la mañana llegamos al puerto. Alhucemas es conocida entre los árabes con el nombre de Hagian-en-Neccor (sepultura de Naccor, río que divide á la provincia de Riff de la de Gart.)

Nuestro primer cuidado al desembarcar fué subir á la batería del Salado que domina toda la bahía y la costa de enfrente, y provistos de un anteojo, aguardar la salida del sol.

Siempre he tenido una inclinación apasionada por los paisajes; y aunque peque de monótono, no puedo menos de bosquejar siquiera á grandes rasgos los panoramas que observo en mis escursiones.

Empieza á amanecer.

Las sombras huyen de la tierra.

El cielo se cubre de tintas rojizas por el lado del Oriente.

Los primeros resplandores del sol que aun no vemos, doran las altas cumbres.

Una claridad suavísima se estiende por los campos de Africa.

El mar parece que sonrie al arrullo de las brisas matinales. Las gaviotas se agitan sobre las olas rizadas, y alguna vela dibuja su perfil en las brumas lejanas.

¡Amanece!

Iluminado por completo el horizonte, gozamos de un admirable paisaje.

La variedad de objetos y perspectivas me seduce y enamora.

Sucesivamente miro con el antejo; escribo en la cartera; vuelvo á mirar y concluyo por desesperarme.

Lo que veo, lo que siento, no puedo transmitirlo al papel. Toda descripción es pálida; todo pincel engañoso.

Es un cuadro rico de tintas variadas; de grupos pintorescos; de armoniosos contrastes; cuadro en que se hermanan la suavidad y la aspereza; la dulzura y los tonos vigorosos; cuadro primitivo, agreste, sencillo, encantador.

Figuraos en primer término una playa de finísimas arenas doradas. No lejos, magníficas alamedas de verde profundo. Aquí un pueblo que dicen es Binuriaga, encerrado en un recinto de paredes defendidas por agudas pencas. Allá una fortaleza medio derruida, en la cual tienen los moros una guardia perpétua.

En las vertientes de las montañas, en los ribazos y en las rocas hay numerosas casas ceñidas de muros, pencas y árboles, y en lo mas alto de un cerro descuella la blanca y redonda cúpula de un morabito.

Los montes y las cañadas se suceden sin interrupcion. Las veredas ondulan en todas direcciones; las gentes van y vienen por los caminos; los ganados pacen en el campo; millares de palomas vuelan en el espacio azul, y como complemento de este hermoso cuadro, pone límite á nuestras errantes miradas una montaña magestuosa y confusa, que esconde su frente bajo una corona de nubes.

Es el Atlas; origen de tantas fábulas y leyendas y re-

laciones. El coloso del Africa, que al decir de las antiguas gentes, estaba cubierto de una selva frondosa regada por multitud de arroyos; y producía sin cultivo abundantes frutos de todas especies; y mientras que de dia hallábase solitario y silencioso, resonaba de noche con las músicas de los Sátiros y Egipanes que cantaban sus amores al grato son de las flautas pastoriles.

Largo tiempo permanecimos en la batería del Salado, pero las horas pasaban y la necesidad imperiosa de almorzar, nos despertó de nuestras fantasías.

Satisfecho el apetito y vista la poblacion que, dicho sea de paso, nada tiene digno de mencionarse excepto las fortificaciones, volvimos á nuestra casa flotante, caminando á poco hácia el Peñon de Velez.

Durante las cuatro horas empleadas en la travesía, navegamos cerca de la costa, que es abundante en coral y mariscos.

Alguna choza aislada, algun campo sembrado, eran los únicos indicios de poblacion que aparecian en aquellas rocas.

Finalmente, á las cuatro de la tarde anclamos al pié de un elevadísimo peñasco, última etapa de nuestro viaje.

El Peñon de Velez de la Gomera ó Isla de San Antonio, está situado al Este del valle de las torres de Alcalá, frente á una estrecha cañada que conserva todavia restos de la ciudad de Gomera.

En una altura de la costa delante de la fortaleza, hay una guardia de moros de Rey, para contener á los salvajes kábylas, que de otro modo molestarían continuamente á sus vecinos de la plaza.

El interior del Peñon es tristísimo; calles en difíciles cuestas, intercaladas de puentes, bóvedas y puertas; hé aquí todo.

Ninguna utilidad reporta á España la posesion de los presidios menores de Africa, como no sea el tener á raya á los piratas rifeños. Por lo demás, creo que semejantes

fortalezas solo pueden ofrecer gastos escesivos, sin dar en cambio beneficios á nuestro pais.

La vida en estos lugares es incómoda y muchas veces sus habitantes carecen aun de lo necesario.

Las poblaciones nada producen; ningun movimiento hay en sus puertos, apenas visitados por algun que otro falucho; las comunicaciones con los moros son casi nulas, y los españoles viven como plantas clavadas en suelo extraño, esperando el dia de volver á la madre pátria.

El objeto de mi viaje estaba satisfecho; nada me detenía ya en aquellas inhospitalarias costas...

Habia llegado la hora de embarcarme para Europa y pocos minutos despues perdía de vista las montañas del Riff.

TERCERA PARTE.

VALENCIA Y MALLORCA.

A SALVADOR PEREZ MONTOTO.

Querido amigo: cumpliendo un gratísimo ofrecimiento te envío las notas de mi excursión á Mallorca.

Estas líneas tienen un mérito que no siempre se encuentra en los artículos de viaje, cual es haber sido escritas *sobre el terreno* que he visitado; circunstancia que si es buena bajo el punto de vista de la verdad y la exactitud, hace que mis apuntes carezcan de erudición y profundidad.

Desde Málaga hasta las islas Baleares he caminado con el album bajo el brazo, escribiendo ya en la cámara de un vapor, ya en el coche de un ferro-carril, ó en la fonda, ó en las montañas ó á la vista de los monumentos que estudiaba. De aquí que aparezcan mis escritos con cierto sello de movilidad y ligereza, distintivo de este viaje.

De todos modos, mi pensamiento está realizado. Te prometí *impresiones* y esas te remito.

Tu amigo del alma,

Augusto.

ARTÍCULO PRIMERO.

En el mar.—Almería.—Los favores del diablo.—Cartagena.—En la litera.—Una exclamacion.

LÚNES 28 JUNIO.

A poco de salir de Málaga se ocultaba el sol.

Desearia describir el magnífico cuadro que ofrece el mar en los momentos del crepúsculo vespertino, pero ¿quien siquiera una vez en su vida, no ha leído descripciones admirables que retraten con entera esactitud lo magestuoso de ese espectáculo?

Una faja de oro latente, con reflejos rojizos, ensanchando á medida que el sol va á desaparecer, pinta las aguas; y mientras por el ocaso todo es luz, las brumas de la noche se elevan por el resto del horizonte que abarca la mirada.

Despues el horizonte y el mar son una misma cosa; y las tinieblas rotas á veces por la fosforescencia del elemento líquido, reinan en las soledades del Mediterráneo.

MARTES 29 JUNIO.

Esta mañana fondeamos en Almería.

Pasaré en silencio mi breve estancia en este punto, puesto que anteriormente me he ocupado de dicha ciudad.

Era día de San Pedro y el calor se dejaba sentir de un modo horrible.

Mi primer cuidado, atendidas las exigencias de la mísera humanidad, fué desayunarme en la fonda del Siglo XIX. Luego hice algunas visitas; recorrí las calles; ví á las muchachas que salían de misa y acabé por aburrirme.

A las siete de la tarde zarpamos para Cartagena, mecidos por las olas que recibían los halagos nada suaves de una fuerte brisa de poniente.

El mar preludiaba sérios balances en el vecino Cabo de Gata, y por cierto no preludiaba en vano.

Los estómagos poco acostumbrados á los caprichos de Neptuno hubieron de pasarlo mal.

Y este es el lugar apropiado para que te cuente una historieta de profunda enseñanza, si bien de apariencia trivial.

Se titula *Los favores del Diablo* y dice así:

Había un hombre que amaba con pasión los viajes por mar.

Su amor llegóse á convertir en un vicio y como el vicio mancha, el alma del *touriste* marítimo estaba manchada.

El diablo, que según dicen antiguas consejas, anda al acecho de las almas descarriadas, seguía la pista al susodicho viajero, esperando que tarde ó temprano su alma cuya única aspiración era realizar la fórmula del Judio Errante, caería bajo sus garras, con satisfacción y jolgorio de los espíritus infernales.

El viajero, apenas pisaba la cubierta de un buque

padecía el terrible *maréo* ó mal de mar; pero este martirio sin semejante entre las dolencias que afligen al individuo, no era suficiente á mitigar un punto su ardor *oceánico*; y apesar de esto cada vez que se veia acometido del mal, hubiera dado, por sentir rápido alivio, los tesoros de Creso.

El diablo quiso probar fortuna, y una noche que el viajero estaba atacado del *maréo*, renunciando *in mente* á toda clase de felicidades, con tal de encontrarse libre del prosáico ataque, vió de repente al diablo que le decia:

—Amigo, yo puedo devolver á tu estómago el equilibrio que le falta y que te obliga á sufrir.

—Házlo pues,—respondió el interpelado.

—No hay inconveniente, con tal que me pagues el favor.

—Píde.

—Me darás tu nariz.

—¿La nariz? ¿para qué la quieres?

—Eso no te importa; ¿acomoda?

—No, no me atrevo.

—Sufre!

—No puedo mas!

—Consiente.

—Bien; consiento!

La nariz desapareció del rostro del viajero, y el diablo á su vez desapareció del buque, habiendo antes cumplido su palabra.

Mucha fué la alegría del navegante al verse en completa posesion de sus facultades, libre del mareo que poco antes lo torturaba; y aunque la pérdida de la nariz le afectó algun tanto, considerábase dichoso con la promesa de concluir su viaje en completa serenidad.

Como nuestro hombre apenas descansaba y poseído del demonio del movimiento viajaba perdurablemente, al poco tiempo de acontecer la aventura de la nariz, hallóse de nuevo en medio del mar y mareado por ende, ante

las mecidas del buque. El diablo vino en su ayuda y á cambio de otra prenda corpórea, lo libró del mareo y sucedió al fin, que repetido en varias ocasiones el cambio con el diablo, el viajero, no curado aun de su pasion, llegó á convertirse en una masa irregular, que no afectaba la forma humana.

Por último, en otra navegacion y bajo las mismas condiciones que he referido, el diablo, no sabiendo ya qué exigir al amante de las aguas pidióle su alma, ofreciéndole para mientras viviese que no volveria á sentir el mal de mar.

El viajero accedió, pero con sorpresa del enemigo, vióse que su alma habia desaparecido.

Era natural.

El hombre que profana la obra de Dios, ya sea física ó moralmente, pierde su alma, que no es otra cosa sino la esencia del individuo, la chispa inteligente que alumbrá su pequenez.

En cuanto á la moral del cuento, supongo que la habrás comprendido.

MIÉRCOLES 30 JUNIO.

Las ocho de la mañana eran cuando el «Andalucia» fondeaba en Cartagena.

La naturaleza ha dotado á esta plaza de un puerto magnífico y seguro, á cuyo amparo pueden anclar los buques sin temer las furias de una tempestad.

Altos montes vienen á ceñir la bahía, dejando abierta una regular entrada.

Sobre los montes se ven el castillo de *San Julian*, la batería de *Trinca-botijas*, la batería y faro del *Espalmador*, el *Castillo galera* (prision militar) y el de *Atalaya*.

Cartagena encierra escasas curiosidades y aun me atrevo á decir que la única de consideracion es el arsenal.

Este contiene ámplios talleres, almacenes magníficos,

un dique flotante que es sin duda una obra de mérito y un hermoso *varadero* de piedra.

El escaso tiempo de que podía disponer me impidió hacer un exámen detenido de aquel sitio, que por otra parte, reúne próximamente iguales ó análogos objetos que los demás astilleros, circunstancia que me evita su descripción.

Cartagena tiene pocos atractivos. Sus calles son regulares. Sus construcciones sencillas. Una fuerte muralla la rodea y dá salida á las afueras la puerta de Ntra. Sra. de la Guia, por el lado del puerto, y hácia el campo las de Madrid y San José.

Los alrededores son tristes.

El cuadro que se presenta á la vista desde las murallas nada ofrece de pintoresco.

Un suelo árido y escaso de árboles, cubierto á trechos por molinos de viento; un barrio que se llama de San Anton; algunos llanos y unas colinas; hé aquí todo.

Teniendo en cuenta las noticias precedentes, comprenderás mi deseo de abandonar aquella plaza; así es que cuando por la tarde volvimos á navegar, me entregué á las mas dulces ilusiones, soñando con Valencia y esperando el momento de saludar sus playas desconocidas para mí.

De este modo y vista la actitud poco agradable del mar que abria profundos abismos donde rugian las móviles olas, bajé al camarote y me encaramé en la litera, imágen har-to esacta de un atahud.

Y en verdad, que á veces el individuo es considerado como algo que no acierto á definir, pero no como *hombre*, y me sugiere esta idea el aspecto de los camarotes de ciertos vapores.

¡Pobre humanidad! de día en día parece que va perdiendo el derecho á las comodidades, al *bon vivant* que tanto se necesita para toda clase de escursiones. Antes de ahora el viajero era lo principal en los viajes y de ahí los múl-

tiples preparativos que precedían á aquellos. Hoy todo ha variado; el espíritu especulativo de nuestra época atiende al negocio, á la mercancía, mas que al viajero y este queda postergado al último fardo del comerciante.

La civilización del siglo XIX tiene aberraciones que espantan.

El viento era favorable y para aprovecharlo dispuso el capitán que largaran el foque, la mayor, la gavia y un estai.

En el golfo de Valencia el oleaje hacia casi inútiles los esfuerzos de la máquina. Violentos golpes de mar bañaban la cubierta, y el «Andalucía» débil pigmeo, luchaba contra el gigante que lo oprimía entre sus líquidos brazos.

Vencido el elemento y ya fuera del golfo, encontréme cuando subí al alcázar de popa, navegando en una mar tranquila y al abrigo de diversos contra-muelles.

Estábamos en el *Grao*, es decir, en el puerto de Valencia.

La mañana era hermosa. Algunas nubes velaban por momentos la costa de levante, mas á poco y bajo el impulso de una fresca brisa desaparecían dejando ver la cumbre de los montes y las playas que se desarrollaban á sus piés.

A nuestra izquierda había otras playas cubiertas de caseríos; detrás multitud de árboles frondosos y verdes que formando una larga y no interrumpida línea de poderosa vegetación llegaban á Valencia, salvaban el espacio ocupado por la ciudad y ya muy lejos revestían nuevamente la tierra, hasta los últimos términos del paisaje, donde empezaba á erguir sus indecisos contornos una fila de montañas.

El cuadro era delicioso, lleno de promesas, deslumbrante, risueño.

Yo miraba sucesivamente el puerto, la ciudad, los caseríos; adivinaba un mundo bellissimo en aquel puerto y la ciudad que aparecía á continuación, y no pude menos de exclamar:—¡Qué hermosa es Valencia!

ARTÍCULO SEGUNDO.

**Tartaneros y mozos.—En el tren.—La Plaza de toros.—
Instalacion.—A la aventura.—El tribunal del agua.—
Horchaterías.—La Alameda.—Filosofía de la tarde.**

VALENCIA, JUÉVES 1.º JULIO.

Menguada es la suerte del viajero que desembarca en el Grao. Los conductores de tartanas, elocuentes como chalanes de fèria, rodean al recién venido ofreciéndole sus carruajes y procurando por cuantos medios les sugiere su imaginacion, nada exígua, que el tren haya partido, á fin de hallar entonces un motivo poderoso para que admitan el extraño vehículo.

Y mientras tiene efecto una lucha tenaz entre tartaneros y viajeros, estos sufren á la vez el ataque igualmente rudo de los pilluelos que desean transportar los equipajes.

No bastan razones, no bastan negativas ni poner *gesto feroce* para alejar la turba de rapaces; todo es inútil y sin un esfuerzo heróico, cada uno de esos hijos de la playa se apodera de los distintos objetos que constituyen el equipage, á despecho del propietario y contra su voluntad, opuesta á semejantes actos de franqueza.

Yo, prevenido con análoga enseñanza en distintos viajes, desoí toda suerte de ofrecimientos y atravesando impávido por entre aquellos zánganos de nueva especie, sin soltar el saco de noche, dirigíme á la estacion y mediante la suma de ocho cuartos y medio tomé un billete en el tren que iba á salir para Valencia.

Casi al mismo tiempo la campana llamaba á los viajeros.

Subí, pues, y el tren se puso en movimiento.

El espacio comprendido entre el Grao y Valencia que recorre el ferro-carril en siete minutos, es un jardin delicioso, regado por varios arroyos y acequias y cultivado admirablemente.

Las plantas todas están alineadas con rigidez matemática. Multitud de moreras, palmeras, cipreses y mil árboles frutales, cubren el suelo que presenta un color hermoso, indicando la bondad de la tierra.

Véanse muchas elegantes *alquerias* (casas de recreo) y un sin número de *barracas* (casitas de campo.)

Estas que son blancas como la nieve van en su mayor parte ceñidas de una barrera de cañas que forma el jardin y todas invariablemente, muestran en los vértices de su techumbre una ó dos cruces; sublime protesta contra ciertas doctrinas y mas sublime aun por el silencio con que se traduce.

El tren pasa sobre el Turia por un puente.

El nombre de este rio ha evocado siempre en mi espíritu la idea de un hermoso raudal y al ver su cáuce completamente seco perdí una ilusion.

Rebaños de carneros ocupan el anchuroso lecho y mas tarde, en la poblacion, observé que las lavanderas purificaban la ropa en algun que otro remanso del poético Turia mientras que las ranas cantaban en las inmóviles charcas.

A los pocos minutos llegábamos á la ciudad. Sobre la derecha y casi á la entrada hay una magnífica construc-

cion. La plaza de toros. Su fachada es elegante, y su interior ámplio y cómodo.

¡Lástima que en plezo siglo XIX se edifiquen obras destinadas á los espectáculos taurinos!

Cuando pasados luengos años ese monumento sea un monton de ruinas, las generaciones que han de seguirnos contemplarán admiradas los errores de nuestra época.

Hoy, ante los desmenuzados anfiteatros con que la antigua Roma cubria el mundo, pensamos en la barbárie del pueblo-rey, tan grande en sus vicios como en su fama. El recuerdo de los circos ensangrentados es una mancha para los anales de Roma, y sin embargo, atendidas las circunstancias y la civilizacion de aquel pais, hay algo disculpable en las fiestas que los césares ofrecian á sus súbditos.

No sucede lo mismo con las modernas plazas de toros; y si al leer las páginas de remotos tiempos aun hallamos una censura para el circo romano, ¿qué dirá la historia al registrar en sus fastos las corridas taurómacas, ornamento de que presume la España contemporánea?

La estacion del ferro-carril de Valencia, al contrario de la mayoría de estos edificios, está en la ciudad misma, separada tan solo por una plaza que forma un estenso arco. En dicha plaza se encuentra la fonda de Paris, cuyo aspecto y situacion me hicieron adoptarla para domicilio, quedando desde luego instalado en ella.

Terminada mi *toilette* de viajero mandé buscar una *tartana*, carruage que en Valencia equivale al *simon* ó *tres por ciento* de la capital de España, y de este modo, sin temor de perderme en el laberinto de la populosa pátria del Cid, inauguré mis paseos de *artista* provisto del album y de una *guia*.

Difícil es determinar con esactitud en esas primeras escursiones, los objetos que observamos y aun la impresion con que nos hieren. Eso me sucede ahora; pero fiel á la promesa de copiar estrictamente los apuntes de mi *al-*

bum, seguiré trasladando á estas líneas los que en él figuran.

Mas no me taches de ligero en mis apreciaciones. Sabes de antiguo que viajo sin método. Soy como la mariposa, que entre mil flores elije la que se le antoja.

¡Qué hermosa es Valencia! Así exclamé esta mañana cuando ví el puerto, y así repito ahora.

Valencia es una ciudad importantísima y bien lo denota el movimiento, la animacion, el ruido que mantiene en sus calles. Mi primer observacion se ha dirigido al estado de estas, y confieso que nunca hasta hoy habia encontrado tanta limpieza ni esmero. Debo advertir que el adorno de Valencia es el mejor de España y de lo mejores de Europa.

A mi paso por diferentes sitios veo magníficos edificios tanto públicos como particulares; hermosos establecimientos, anchas calles, algunas de considerable estension; desahogadas plazas y en cuanto abarca la mirada un cierto sello de pulcritud en estremo agradable.

Pero lo que escitó mi curiosidad esta mañana fué el siguiente *cuadro de costumbres*.

Pasábamos por delante de la Catedral (de la que me ocuparé luego), y en el átrio de la puerta de los *Apóstoles* ví reunida mucha gente.

—¿Qué significa eso?—pregunté al tartanero.

—El *Tribunal del agua*. ¿Quiere usted acercarse?

—Sí, sí.

—Es cosa divertida.

Bajé del carruaje; me confundí con los curiosos, y ni mas ni menos que en los tiempos patriarcales, hallé la justicia ejercida en medio de la calle y ante la inspeccion de todos los ciudadanos.

El *Tribunal del agua*, ó de *acequeros* (denominándole técnicamente,) se compone de 7 síndicos que corresponden á igual número de acequias y son nombrados por los regantes. Reunidos todos los juéves no festivos á las doce de la

mañana en el punto indicado reciben verbalmente las quejas á que da lugar el riego de la Huerta, puesto que en la distribucion de las aguas suele ocurrir algun error ó abuso, y en este caso el ofendido se dirige al tribunal quien despues de oir á las dos partes, dicta segun su criterio la sentencia oportuna, cuyo fallo no admite apelacion.

Nada tan sencillo como este tribunal; nada semejante al respeto que merece.

Siguiendo mi paseo hallé una *horchateria*, establecimiento *clásico* de Valencia y recordando la fama de hermosura que suelen tener las mugeres ocupadas en la espendicion de los refrescos, quise ver si la fama era justa.

Pedí horchata y calcula mi sorpresa, al notar que no escasea el género feo entre aquellas jóvenes.

Toma en consideracion este desencanto. Los viajes ofrecen muchas decepciones, pero estas al par que dañan tienen su lado útil, pues enseñan á pensar y hacen comprender que vivimos una vida positiva, la cual si bien cambia de aspecto segun los distintos paises conserva en todos igual esencia, idéntico fondo.

Por la tarde dirigí mis pasos á la Alameda Este magnífico paseo ocupa una de las márgenes del *Turia*. Consta de jardines adornados con fuentes, riscos, glorietas y multitud de cuadros revestidos de árboles, arrayan, rosas, dalias, pensamientos y otras flores. Fuera de los jardines hay anchas calles destinadas las unas para el tránsito del público y las demás para los carruajes.

Durante el tiempo que permanecí en el paseo ví hermosas mugeres. La mayor parte iban medio ocultas en las ridículas *tartanas*, avaros coches que temen mostrar los tesoros que encierran. Yo escudriñaba sin embargo, y á veces descubria unos ojos tan encantadores como los de nuestra Andalucía.

Pero entre aquella concurrencia no hallé un rostro conocido y esto me contrariaba.

El sol iba ocultándose. Bajaba envuelto en nubes roji-

zas. Las campanas de Valencia dejaban oír sus ecos que me parecieron tristísimos y entonces sentí melancolía. Echaba de menos un afecto cualquiera ya fuese la amistad ó el amor; comprendía que el hombre no puede vivir aislado en su individualidad, y pensando en estas y otras cosas que de aquí se deducen y cuya profunda filosofía adivinarás fácilmente, abandoné la Alameda y me interné de nuevo en el bullicio de Valencia.

ARTÍCULO TERCERO.

Antecedentes.—Monumentos.—Curiosidades.— El mercado y las floristas.

VALENCIA—JULIO.

—Señorito,—dijo el camarero entrando en mi habitación.—El carruaje espera.

—Voy en seguida—respondí.

Bajé á la calle, tomé asiento en la tartana y me dispuse á reanudar mis paseos.

Pero antes de empezar, justo es que dedique algunos renglones á darte una ligerísima noticia histórica de Valencia, segun los datos que encuentro en la *Guia* de esta ciudad.

Prescindiendo de su fabulosa antigüedad consta que en el año 136 (antes de Jesucristo) Junio Bruto, cónsul de Roma en España, hizo cesion de Valencia y sus campos á los guerreros que tenia Viriato á sus órdenes.

Despues de un largo periodo de tiempo que transcurre sin acontecimientos notables, se rebela Valencia en union de Quinto Sertorio contra Pompeyo; y vencedor este último, la reduce á ruinas; pero vencido luego por Sertorio

en la batalla del Júcar, el triunfador la reedifica nuevamente.

Llega la época de la invasión árabe (año 714) y desde entonces empieza á mudar de aspecto la hermosa hija del Turia.

Hacia los años 1012 á 1020 alcanza la categoría de reino bajo la dominación de Abd-el-Azis, nieto de Almanzor.

Más adelante formóse una liga iniciada por Abu-Merwan que mandaba en Albarracín y á cuyo frente se puso el Cid Campeador, siendo el objeto de los aliados acabar con el poder de los Almoravides, y realizado en efecto, quedó el Cid como jefe de Valencia, en 1095.

Muerto el Campeador, permanecen los cristianos dueños de la ciudad hasta que en 1101 los árabes la ocupan durante 43 años, terminados los cuales se constituye por segunda vez en reino independiente.

En 1338, don Jaime I el conquistador se apodera de Valencia que desde entonces formó parte de la corona de Aragón.

Después de aquella época empieza un brillante período para esta capital, y posteriormente, desarrollándose con el transcurso de los siglos aparece su nombre en la historia, de una manera distinguida.

Rica en monumentos es Valencia. Como en Sevilla y Granada, las edades fenecidas han ido marcando su huella sobre este suelo con esas páginas de piedra, mudos testimonios de las civilizaciones.

Mucho que estudiar encuentra el artista en Valencia; yo, sin embargo, renuncio á una descripción completa y minuciosa, porque en tres días se vé, pero no se analiza; se observa, pero no se aprende. Así, pues, limitando mi objetivo á un corto espacio haré mención únicamente de lo que aparezca á mi paso.

Las *Torres de Serranos*, puerta que dá salida al campo son el primer edificio notable que se presenta á mi vista.

Esta construcción data del año 1381. Su aspecto de fortaleza revela algo más que una puerta de capital importante; y en efecto, desde 1406 fueron destinadas á prisión. Consta de dos amplios torreones enlazados por una gruesa muralla y revestidos de algunas labores góticas.

Bastante semejanza con estas tienen las *Torres de Cuarte*, por cuya razón pasaré en silencio su bosquejo.

Después de haber examinado las Torres de Serranos, subí á la tartana y al pasar por la plaza de Mosen-Sorel pude observar una completa exposición de esparto. Era el mercado semanal de objetos de aquella especie.

¡Mercado singular! Desde el hilo de esparto hasta la gruesa maroma veíanse representados en una rigurosa gradación todos los productos de esa triste industria que tanto desfigura los ojos.

No debo olvidar otra curiosidad; un San Cristóbal de talla, colocado en la calle de la Corona, en una habitación baja á la que dá ingreso una puerta enorme.

La escultura tiene proporciones gigantescas; cada piedad mide una altura que excederá de vara y media.

Es una figura apocalíptica, fantástica.

Más á pesar de su magnitud, el santo no evoca ideas místicas, pensamientos religiosos. Lo admiramos como se admira todo lo extraordinario, todo lo original; pero la admiración no pasa de un movimiento natural y espontáneo. Después, la sorpresa se desvanece y solo un recuerdo indeterminado marca la impresión que produce aquel alarde orgulloso del artista.

La plaza del mercado merece mencionarse por ser una de las mejores de España. Su pavimento es excelente. De trecho en trecho hay hermosos árboles: no faltan algunos kioscos destinados á horchaterías, y en el centro una fuente de agua dulce presta grandes servicios al vecindario.

Una memoria histórica realza en parte el mérito del mercado. En este lugar se celebraban los antiguos torneos.

Transformacion peregrina, la que el tiempo y las circunstancias imprimen á los hombres y las cosas. De la poesía del torneo, venimos á la prosa de la plaza de abastos; de la idea romántica, á la idea utilitaria.

No solo es notable el mercado por sí mismo: aun tiene algo mas, digno de nombrarse, como sucede con la Lonja de la seda, local donde se celebran los contratos de compra y venta de aquel producto.

Este edificio, de puro gusto gótico, fué construido en 1495 y ofrece un severo conjunto. El interior contiene un amplio salon de tres naves, sostenidas por columnas salomónicas y la fachada guarda perfecta analogía con el interior.

Llegamos á un monumento digno de un exámen minucioso, cual es la Catedral: sin embargo, cuatro palabras te la describirán.

Empezaré por el *Miguelete*.

¡El *Miguelete*!... ¡Cuántas veces he oido este nombre, como el de la Giralda de Sevilla, y cuántas veces tambien deseaba contemplar ambas torres!

Sevilla y Valencia, que tienen muchos puntos de contacto en su aspecto, lo tienen en un rasgo característico.

A quien visita aquella capital de Andalucía se le pregunta:—¿Has visto la Giralda?

Al que vuelve de Valencia se le dice:—¿Has visto el Miguelete?

El *Miguelete* es la torre de la Catedral y ha tomado su nombre de la campana mayor. Se empezó á edificar el 1.º de enero de 1381. Forma un polígono de ocho lados, cada uno de los cuales presenta un frente de 56 palmos, siendo de 207 la altura total. En medio de la piedra, oscurecida por la accion del tiempo, aparecen varios adornos y calados que prestan cierto atractivo á la construccion, demasiado grave y desnuda sin ellos.

La antigüedad de la Catedral se remonta á la domina-

cion de los romanos, en cuya época era templo consagrado á Diana. Los godos le dieron la advocacion del Salvador; los árabes transformándola en mezquita, la consagraron á Mahoma; el Cid al conquistar por vez primera á Valencia la dedicó á S. Pedro, y el rey don Jaime á la Vírgen.

Posee ricos mármoles y buenos lienzos y cuenta entre sus recuerdos una cadena que cerraba el puerto de Marsella y que las naves de Valencia cortaron en el reinado de Alfonso V de Aragon.

De la Catedral pasé á un hospital ó asilo que puede considerarse como una consecuencia lógica de la idea contenida en el templo.

El templo es Dios: el órgano dice—Dios: el perfume del incienso respira —Dios, y como la idea no puede quedar encerrada entre los muros del santuario se esparce por todos lados; toma forma y traduce en hechos lo que dice y lo que significa Dios; esto es, *amor* infinito, complejo, sin restriccion.

Tal fué el pensamiento que hizo brotar en mi alma el asilo de sacerdotes pobres á donde habia llegado.

El objeto de esta fundacion es asistir á los sacerdotes enfermos y faltos de recursos.

La humanidad no es enteramente mala, amigo mio. A veces tiene *ráfagas* de amor. Cuando veo las instituciones que crea el hombre en beneficio del hombre; cuando contemplo el valor heroico del que espone su vida por salvar la de su hermano; cuando pienso en los miles rasgos de virtud que constituyen el lado bueno de la sociedad, creo que esta es susceptible de un mejoramiento ilimitado; pero si apartando la vista de esos ejemplos analizo siquiera un instante la suma de maldades que impurifican nuestro mundo, entonces la esperanza decae y el desfallecimiento la sustituye.

Triste contrapeso que mantiene la duda en el alma.

Asi pensando y revolviendo en mi espíritu la idea hu-

manitaria que hace edificar hospitales para el desvalido y el instinto de maldad que crece junto á las buenas obras, detuvo el tartanero su vehículo frente á la casa natalicia de S. Vicente Ferrer.

En el patio hay un pilar de agua corriente, y esta segun la tradicion, cura toda clase de enfermedades. Las paredes del patio está escondidas literalmente, bajo multitud de ofrendas ó *milagros* que corresponden á igual número de favores recibidos del santo.

Mujeres, hombres y niños llenaban diferentes vasijas en el pilar: alguna viejecita de arrugada faz se acercaba, apoyada en un grueso baston, al precioso líquido, bebia un trago y despues de santiguarse salia del edificio satisfecha y feliz. No faltaba quien llevase sus lábios al tubo por donde corria el agua, y todas las personas denotaban una profunda veneracion hácia el santo Vicente.

En un corto espacio de tiempo pude apreciar tres fases distintas del género humano. El pensamiento religioso en su manifestacion mas grande, ó sea traducido por la Catedral, como principio de doctrina, como creencia de esa misma doctrina.

La práctica de la religion, representada en el asilo de sacerdotes pobres, y finalmente, el espíritu devoto bajo el símbolo de la tradicion mística, en la casa de S. Vicente.

El pueblo en total aparece compendiado en la basílica; el pueblo en particular se revela en la obra del asilo; el pueblo como individuo nos sale al paso en la casa de S. Vicente Ferrer.

Antes de terminar mi paseo te daré cuenta de una observacion.

Al recorrer el mercado me he detenido en los puestos de flores. Esperaba ver preciosas floristas y mis deseos han sido burlados. La mercancía es linda; las espendedoras no lo son.

Cosa admitida es oír hablar de las floristas, creyéndolas tipos de hermosura, y esta preocupación tiene su origen en la regla de la armonía. Una mujer bonita debe vender flores; nada más justo.

Partiendo de este argumento, en Málaga y Sevilla he buscado *ramilletteras* que tuviesen aquella condición; pero busqué inútilmente. En Valencia esperaba hallar una compensación á mis pasadas decepciones y sin embargo, vuelvo á contemplar tipos vulgares. Esto, amigo mío, parece inverosímil, y no obstante es exacto. ¿Me compensará Italia de este desengaño de *artista*?

Hé aquí la pregunta que me dirigí hace poco, cuando pasaba por el mercado.

Las ilusiones son recuerdos que se finje la imaginación del hombre. Perdida una nos acogemos á otra, y siempre queda un postrimer baluarte de la fantasía, que nunca desaparece, porque si así sucediera la vida sería insoportable. Primero Andalucía, luego Valencia y ahora Italia. Ve, pues, las etapas de una pequeña ilusión; y advierte cómo ha buscado poco á poco un refugio en lo desconocido y lejano, porque el misterio de la distancia y lo desconocido dá prestigio y belleza á las concepciones de la inteligencia.

Y en resúmen todo es mentira.

Pero no hagas caso de mis palabras. Vive de ilusiones. Vivamos de la mentira.

ARTÍCULO CUARTO.

La pintura de Valencia.—El Museo provincial.—El Cementerio.—El Grao.—Arrabales de verano.—Despedida.

VALENCIA.—SÁBADO 3 DE JULIO.

España se encuentra magníficamente representada en el concurso del arte pictórico.

El catálogo de españoles que han asombrado al mundo con sus cuadros es considerable, y si la escuela italiana conquistó laureles en el brillante periodo de su gloria, otro tanto podemos decir de España, tierra clásica de la belleza, comprendida bajo las distintas formas que le presta el génio.

La escuela de Valencia figura dignamente al lado de las de Andalucía, Madrid y Toledo.

El nombre de Juan de Juanes es el que aparece en primera línea al hablar de la pintura de Valencia, puesto que fué su fundador.

Juan de Juanes, discípulo de la escuela romana, inaugura esa série de grandes pintores que constituyen una divina generacion de España.

Nacido en Fuente de la Higuera (reino de Valencia)

hacia el año 1523, marchó joven á Italia y estudió con los discípulos de Rafael.

Su carácter místico, sus creencias, su devoción y su fé se revelan en sus cuadros. Los asuntos de estos son puramente religiosos, y como el pensamiento imprime un sello particular á las producciones de él emanadas, el profundo respeto que inspiraba á este artista la índole de sus trabajos, resplandece en su ejecución esmerada y prolija, hasta el punto de constituir esa manera de obrar, el distintivo de sus cuadros, notables por la corrección y pureza.

Murió el 21 de diciembre de 1579.

José de Rivera nació en Játiva (cerca de Valencia) el 12 de enero de 1588. Durante algun tiempo estudió humanidades en Valencia, pero su espíritu de artista no era apropiado para la carrera universitaria, y el joven José comprendiendo que solo podia adaptarse á la inclinación de su alma, corrió á Roma sin recursos, sin apoyo alguno; y firme en su idea de aprender dedicóse al trabajo con entusiasmo, aunque sufriendo multitud de penalidades.

Sus compañeros de estudio, que lo mantenian conforme á sus alcances, le dieron por sobre nombre el *españoleto* (el pequeño español.) La suerte continuaba mostrándose adversa y José vióse obligado á entrar al servicio de un cardenal romano.

Mas como el verdadero génio no puede sufrir demasiado un yugo que corte el vuelo de sus fantasías, Rivera al cabo de cierto tiempo abandonó la casa del ilustre italiano adoptando nuevamente su vida precaria.

Apasionado de Miguel Angel, coloso del arte, recibe sus lecciones, pero muerto su maestro, marcha á Parma y se inspira en los cuadros de Corregio.

Tras una larga série de aventuras vá á Nápoles y terminado el triste martirologio de su aprendizaje, adquiere fama y oro, muriendo por último en aquella ciudad en 1656.

Rivera pintaba como anatómico. En las figuras de sus cuadros vemos los detalles de su estructura. Elegía casi siempre figuras de efecto, y á veces exageradas.

Analizados atentamente sus trabajos pueden conocerse las dos fases de aquellos, segun los modelos que estudiaba. Cuando aprendía de Miguel Angel su pincel era valiente, enérgico, fogoso. Cuando imitaba á Corregio era suave, dulce, templado.

Francisco Ribalta, natural de Castellon de la Plana, nació segun Palomino en 1551. Empieza sus estudios en Valencia. Una historia de amores lo lleva á Italia donde hace estraordinarios progresos y vuelve despues á aquella ciudad.

Su hijo Juan nace en 1597. Bien pronto, desplegando notable talento, iguala á su padre que muere en 1628 y Juan, víctima de su dolor, sucumbe á los pocos meses.

Las obras de ambos artistas merecen entusiastas elogios y sirven de ornamento en los templos de Valencia.

Observa un escritor que las pinturas de Francisco Ribalta se distinguen de las de Juan en cierta dureza de contornos y en el color algo seco, mientras que las del segundo ofrecen mayor suavidad y tonos mas vivos.

Terminado el bosquejo de artistas valencianos, me parece justo dedicar algunas líneas al *Museo provincial de pinturas*.

Sin embargo, en la imposibilidad de examinar uno por uno todos los cuadros que veia, puse en el catálogo y al lado de los que mas llamaban mi atencion, algunas palabras que espresaban su mérito.

Conozco que habré pasado mucho en silencio, mas algo es algo.

El lienzo señalado en el catálogo con el núm. 392 es de Alonso Cano y representa *Un niño Jesus*. La posicion del niño es difícil, y no obstante el artista ha triunfado de esa dificultad, retratando una figura encantadora, recostada sobre un lecho de paja y de bellissimo colorido.

La Crucifixion (676) lienzo de Juan Ribalta es un asunto tratado magistralmente. Los detalles son admirables, las figuras hermosas. Uno de los ladrones de pié aun y vuelto de espalda al espectador, deja ver su cuerpo trazado con verdad. Un hombre que sostiene uno de los brazos de Jesus, tiene tal espresion en su rostro que en mi concepto es una de las bellezas mas sobresalientes de la obra.

San Pablo (686) y *Santa Teresa* (711) lienzos de Rivera, son dos preciosos originales.

San Bruno (759) tabla de Ribalta. Este inimitable cuadro reúne un doble mérito: el mérito artístico y el de simbolizar la biografía de aquel monje. El santo aparece como fundador de la órden de Cartujos, y para traducir este pensamiento ha bastado al pintor un ademán; Bruno se lleva un dedo á los lábios, imponiendo silencio.

Del *Museo* me dirigí al Campo-Santo, siempre acompañado de mi tartanero. Salimos por la Puerta de San Vicente, y seguimos un hermoso camino adornado de multitud de árboles, entre los que figura en primer término la morera, riquísima planta de este país.

Los vigorosos cáñamos cubiertos del ligero polvo que les enviaba el camino vertían un olor suave y agradable. El labrador aventaba el trigo, y las aristas de la paja se esparcían volando como una nube de oro.

Las barracas cubren el suelo: delante de algunas se eleva una parra verde y frondosa, y á su lado dos rústicos pilares pintados de blanco indican el pozo.

A poca distancia de Valencia está la iglesia de Jesús y mas lejos el cementerio.

El cementerio tiene elegantes túmulos góticos y sobre todo algo que deja adivinar cierta grandeza lúgubre; pero mis pensamientos y mis miradas se concentraron en estas dos palabras impresas en una tumba: *Beati mortui*.

Su verdad severa y profunda, representada sin ficción ni adorno, llevaron no sé qué idea á mi ánimo. Desde aquel instante el Campo-Santo desapareció de mi vista;

vagué en todas direcciones repitiendo la frase *Beati mortui*; y de vuelta á la ciudad, sentí aun por largo tiempo en mi alma aquella sentencia, pavorosa y grata á la vez.

Decididamente mi paseo favorito es el *Grao*.

En el Grao hay calles hermosas, buenos edificios, arrabales de verano y una magnífica playa.

Procedamos con orden.

Decía que este sitio es mi paseo favorito y en efecto, cada dia lo visito dos ó tres veces.

Por la tarde está delicioso. Numerosas tartanas y góndolas pasan frente al puerto, por el amplio semi-círculo donde se extiende la poblacion. El piano de los *restaurants* deja oír sus notas; los parroquianos toman refrescos y sorbetes á la puerta de los cafés; los aficionados al mar corren un *largo* y por todas partes reina la alegría y la animacion.

El primer arrabal de verano que existe en el Grao es el *Cañamelar*.

Se compone de una dilatada calle con anchísimas aceras formada por lindas casas de un solo piso bajo y cuya arquitectura casi idéntica en todas ellas, se reduce á un patio, con habitaciones á su alrededor y en la fachada grandes rejas.

Algunas casas, sirviendo de paréntesis á la regla general, tienen un aspecto mas lujoso y elegante.

A la calle principal afluyen varias otras de travesía que forman un pequeño pueblecito. El Cañamelar posee un teatro y durante la época de los baños, este centro aristocrático casi monopoliza las diversiones de Valencia.

Al extremo del Cañamelar y separado de él por el *Arroyo del gas* empieza una segunda aldea, el *Cabañal*, así llamada porque la mayoría de sus edificios son preciosas barracas.

Este barrio es, como el anterior, lugar de veraneo y de moda; de aquí el excesivo precio que alcanzan los alquileres de las viviendas.

El Cabañal y el Cañamelar sorprenden agradablemente por la limpieza que respiran. Delante de cada casa hay grandes toldos, sostenidos por dos montantes que se apoyan sobre las aceras. Las casas del lado de levante de ambos arrabales tienen á su espalda ó sea hácia la parte de la playa, pequeños jardines.

La playa es inmensa y presenta asunto para estudiar *marinas*; vense multitud de barcas pescadoras, varadas en la arena, que se asemejan á grandes cetáceos. Otras, inválidos del Mediterráneo, muestran sus costillas carcomidas y su tablazon desligada. Algunos rapazuelos parodian sobre esos tristes esqueletos escenas marítimas, mientras sus padres componen las redes, al arrullo de las olas que á causa de la *resaca*, muy considerable en esta costa, forman diferentes festones de espuma.

Ayer por la tarde ví ese cuadro, tal como lo describo, y aquel mar, aquellos arrabales, aquellos jardines trajeron á mi memoria muchos recuerdos de Andalucía.

Valencia y Andalucía son hermanas en sus flores y su cielo: el mismo aire impregnado de efluvios suavísimos; la misma transparencia en el cielo azul; la misma vaguedad inesplicable forman los caracteres idénticos que unifican á ambas regiones.

Y aquí debo terminar estas líneas. Un reló ha dado la hora. Es media noche.

Tengo sueño y necesito descanso.

Olvidaba decirte que mañana salgo para Mallorca en el vapor «Rey D. Jaime II.» El lunes, Dios mediante, te escribiré desde Palma.

ARTÍCULO QUINTO.

A bordo.—La bahia de Palma.—La ciudad.—Algo de historia.—Una aventura de Raimundo Lulio.—Extramuros.—El castillo de Bellver.

PALMA DE MALLORCA 5 DE JULIO.

Esta mañana á las siete dimos fondo en el puerto de Palma despues de una travesía feliz en la que empleamos diez y seis horas.

A las cuatro de la madrugada subí al puente del vapor y ví al frente y por el costado de babor la costa de Mallorca.

Los montes se cortaban en perfiles irregulares y dos ó tres altos picos se dibujaban mas erguidos sobre el resto de las montañas.

Luego, cuando el sol hubo aparecido en el espacio, los montes reflejaron sucesivamente las luces de aquel astro y ya entonces pude apreciar mejor la estructura de la tierra vecina.

Todas las montañas terminan en el mar como si estuvieran cortadas á pico y sus vertientes se hallan revestidas de una vejetacion frondosa.

El vapor sigue costeano la isla. Algunos islotes sur-

gen á nuestra izquierda. Mas adelante vemos un faro sobre un promontorio, y de trecho en trecho una antigua atalaya.

Doblamos una punta donde se encuentra el castillo de San Cárlos y penetramos en la bahía.

La izquierda de esta es un barrio con preciosas casas de recreo, denominado *El terreno*. A su espalda, en una altura, está el castillo de Bellver. En otro lado una regular suma de molinos de viento.

Añade al pequeño cuadro que bosquejo la animacion del puerto, la variedad de edificios, un cielo azul y transparente como el de Andalucía, una multitud de golondrinas que vuelan y gritan, y tendrás completa la primera *vista* que me ofrece Palma de Mallorca.

Mas tarde y segun mis observaciones, iré aumentando los detalles que deben completar algun tanto estos mal perfeñados contornos de mi excursion á las islas Baleares.

Hasta ahora solo puedo decirte que vivo en la calle del *Conquistador* en la fonda de *Las tres palomas*, cuyo aspecto interior es algo *antieuado*, y que admitiendo la costumbre del pais he tomado como preparativo para el almuerzo chocolate con una *ensaimada*; ó en otros términos, he comenzado por ahogar una bellísima ilusion, renunciando al café.

POR LA TARDE.

He paseado á la aventura largo tiempo, y aunque de prisa, puedo formular mi juicio acerca de lo que espresa esta ciudad en su exterior.

En primer lugar he visto muchas calles de aspecto antiguo. Las hay en escalones; las hay cubiertas á trechos por bóvedas como se observa en las poblaciones árabes, y las hay en fin, regulares, por mas que (generalmente hablando) el pavimento no guarda perfecta analogía con las exigencias del ornato público.

Si renaciase á la luz de los siglos la época del feudalismo, seguramente no buscaria otro sitio que Palma de Mallorca para implantarse de nuevo en España.

Y con razon obraria así.

Palma es en gran parte una ciudad gótica. Sus calles, sus edificios antiguos alternando con los modernos; esas construcciones macizas, de piedras negruzcas, altas, tristes, sombrías y aun amenazadoras, con grandes portadas que dejan ver estensos patios de renegridas columnas: aquellos monumentos tradicionales ó históricos que el tiempo ha respetado no obstante su fatal vandalismo, vienen á hacer de Palma un pueblo que pudiéramos calificar de *arqueológico*.

El pasado de nuestra España tiene poderosa representacion en el siglo diez y nueve. La mano impía de las innovaciones, ha hecho desaparecer bajo la palanca de la llamada *civilizacion* gran número de antigüedades; y sin embargo, viva subsiste mas de una ciudad que parece protestar de las profanaciones del espíritu moderno: aun existe la inmortal Granada, la rica Toledo, la decrepita Córdoba, la severa Palma de Mallorca.

Palma ofrece ancho campo al genio contemplativo; al hombre que viviendo en la fantasmagoria de nuestra época moderna, idealiza en su mente la época del feudalismo, ese periodo tétrico de la historia pátria que contemplado á través de la distancia se nos presenta como un sueño romántico donde solo adivinamos los misterios de aquella generacion caballeresca que cantaba el sublime estrivillo *mi Dios, mi dama y mi Rey*.

Hé aquí lo que me dice Palma: hé aquí la revelacion de sus calles, de sus edificios: hé aquí analizada el *alma* de la poblacion ó sea el sentimiento que inspira, la idea que desarrolla en el individuo.

POR LA NOCHE.

Sin que trate de inferir ofensas á tu erudicion y sin dudar un punto de tus conocimientos históricos voy á permitirme anotar en estas líneas, á manera de compendio, algunos datos convenientes para la mejor inteligencia de mis impresiones de viajero.

Dice Florian, al ocuparse de las islas Baleares que tomaron este nombre de *Baléo* capitán y compañero de Hércules.

Garibay asegura que aquel título es equivalente á *ad-venedizos* (por que lo fueron los primeros habitantes de esta region.)

Hay quien lo deriva de *Balaros* que en el idioma de los *Cernios*, significaba *desterrados*, en atención á que los malhechores solian vivir desterrados en estas islas.

Se cree, sin embargo, como de mas fundamento que el calificativo *Baleares* se derive de la destreza que tenían los naturales en tirar con las hondas, puesto que en griego *ballin* es *tirar*.

Los griegos llamaron á estas islas *Gimnasia*s de la voz *pelear* ó *egercitarse*. San Gerónimo y San Isidoro las nombran *Aphrosiades*, á causa del culto que tuvo en ellas *Venus aphrodita*.

Parece que el primer rey de las Baleares fué *Geryon* (año 105.)

Le suceden tres hijos suyos.

Hércules Libio viene despues y los vence, hecho lo cual el famoso héroe continúa su viaje hácia el Estrecho de Gibraltar dejando á *Hispaló* por jefe de las islas.

Posteriormente, los Argonautas capitaneados por Jason arriban á Sagunto y de aquí pasan á las Baleares enseñoreándose de Mallorca, cuyo país abandonan tan luego como se apoderan de sus tesoros.

Segun Estrabon esos griegos venian de la isla de Rodas, su pátria.

Andando el tiempo, los cartagineses ansiosos de estender sus dominios tratan de ocupar las Baleares, pero si bien consiguen su objeto en cuanto á Ibiza, menos felices con Mallorca, son derrotados.

Mas tarde otros nuevos espedicionarios se introducen en las islas, siendo *Magon* el primer capitán cartaginés que las gobierna pacíficamente.

Luego, y mediante capitulaciones previas, hacen amistad con Roma, sin duda porque los cartagineses habian perdido parte de su poder, y últimamente quedan sometidas al yugo de la altiva Roma.

Pero en la série de evoluciones que muestran los siglos, los vándalos mandados por Gunderico destruyen el poder de los romanos en las islas y quedan como sus señores.

Varios otros acontecimientos tienen lugar, y cuenta la historia que en el año 675 habia obispos en las Baleares, lo que supone que el evangelio imperaba en ellas.

En 797 Ozmen que gobernaba en Africa envia con una escuadra á su general Mahamete y las Baleares son saqueadas.

Muerto Ozmen, su hijo menor Aliatan queda señor de España y manda en 801 otra nueva flota á estas comarcas donde se establecen muchos de sus súbditos; mas Carlo-Magno, poco satisfecho de la preponderancia y atrevimiento de los moros, dispone que vengan sus naves contra Aliatan. Vencido este por los franceses en la costa de Cerdeña, los vencedores llegan á las Baleares y arrojan á los árabes.

A la muerte de Carlo-Magno, el rey Bernardo hijo de Pipino y nieto de aquel, gobierna las Islas. Despues (se ignora la época) los moros las reconquistan siendo en 857 sus dueños.

Finalmente, añadiré que la conquista total de Mallorca por el rey D. Jaime primero el *conquistador* tuvo lugar el 31 de Diciembre de 1229.

Pasemos á otro asunto.

No hay duda que he empleado el dia con aprovechamiento; y para convencerte voy á transcribir los renglones que encuentro en mi album.

Dicen así:

Palacio Real de las murallas.—Este edificio hoy residencia del capitan general, Audiencia, Bailía y Gobierno militar, es notable por su antigüedad puesto que se le conoce completamente desde el año 1185 si bien apenas guarda otros restos visibles de su vejez que las puertas de la Audiencia y una bonita portada bizantina correspondiente á la capilla de Santa Ana donde se conserva el cuerpo de Santa Práxedes.

Catedral.—En su exterior ofrece un sello de severidad que armoniza con el resto de Palma. La puerta del *mirador* es en mi concepto el punto culminante que merece fijar la atencion del artista. Su arquitectura pertenece al gusto gótico en sus últimos tiempos; está sobrecargada de adornos, pero esta exuberancia que en otras obras pudiera ser perjudicial, constituye aqui un todo elegante. Sobre la puerta hay un relieve de la *cena* y completan la fachada por este lado seis esculturas de buenas proporciones y un precioso arco en ogiva.

Del frente principal solo diré que se está llevando á efecto una notable renovacion bajo la direccion de Peyronet.

No acierto á explicarme las impresiones que produjo en mi ánimo el interior de la basilica. Triste, misterioso, glacial se presentaba ante mis ojos aquel templo que tantos recuerdos debia encerrar; asi es que obedeciendo á esa fantasía que muchas veces se apodera del hombre, ví en el fõndo de mi espíritu las páginas de la historia de Mallorca, sus dias de luto, sus dias de placer, el resúmen de la vida de aquel pueblo.

Y no escasean por cierto los objetos de interés en el recinto de la catedral, siendo en mi sentir el mas impor-

tante el mausoleo donde descansa el cadáver del rey don Jaime II. El sarcófago es de piedra, sencillo de adornos, y en su seno oculta una caja de terciopelo grana que contiene los restos del monarca. La real persona yace momificada. Muestra en su cabeza un birrete encarnado. Cubre sus hombros una esclavina de piel blanca. Ciñe su cuerpo una túnica de damasco blanco. Lo reviste un manto de terciopelo grana galoneado de oro, y calzan sus piés borcegués de idéntica especie, descansando cabeza y piés, en dos almohadones de terciopelo.

La capilla de San Gerónimo guarda el sepulcro del marqués de la Romana, y esta tumba es una verdadera obra de arte hecha con mármoles de la Isla.

En la sala que precede á la capitular del templo se ve el sepulcro del antipapa Gil Sancho Muñoz.

Muchas son las reliquias que existen en esta catedral y entre ellas aseguran que hay tres espinas de la corona de Jesucristo y varias gotas de leche de la Virgen.

Respecto á curiosidades de otra índole citaré cuatro hermosos tapices de terciopelo bordados de oro y plata, cada uno de los cuales representa un evangelista; sin olvidar tampoco una silla donde se sentó Cárlos I de España y V de Alemania.

No te parezca inmerecida la distincion que concedo á este último recuerdo.

Hay detalles que si aparecen en la época de su origen como nimios ó poco importantes, se revisten de innegable superioridad apenas el tiempo interpone su distancia entre el ayer y el hoy.

¿Qué estrañeza puede causarte la noticia anterior?

Cárlos V es un hombre que se destaca de la turba de individuos que nacen á la vida: nada tan natural como decir:—Aquí se sentó aquel rey orgulloso que en su vanidad estúpida redujo á polvo los alicatados de la Alhambra para construir sobre sus ruinas un palacio vulgar y adocenado.

La Lonja.—Este edificio, hoy depósito de comercio, es magnífico: pertenece al gusto ogival; consta de amplias naves y sus arrogantes bóvedas descansan en numerosas y esbeltas columnas. La construcción va rematada por pequeñas torres situadas en los ángulos.

Iglesia de San Francisco de Asis.—El rey don Jaime I mandó edificar este templo para su hijo primogénito, siendo en su origen convento de frailes.

En una capilla se conserva el sepulcro del célebre sabio Ramon ó Raimundo Lúlio que falleció á principios del siglo XIV.

Este hombre ilustre, cuya vida ofrece singulares peripecias, estaba muy lejos de conquistar el respeto y la santidad que mas tarde le adornaron, pero la aventura que voy á citar verificó en su alma una de esas transformaciones que deciden del porvenir.

Raimundo nació en Palma de Mallorca, hácia el año 1235. Era su padre un noble descendiente de Barcelona que ayudó al rey don Jaime en la conquista de la Isla, y su madre pertenecía á la casa de los condes Heril de Cataluña. Colocado en calidad de paje al servicio del infante don Jaime, ascendió luego á mayordomo. Enamorado de Leonor, dama de la corte, dió al olvido sus obligaciones y ocupando el tiempo en escribir versos á su amada, comenzó su conducta á disgustar á cuantos le trataban, hasta el punto que su padre, con la esperanza de procurar al jóven segun correctivo, le entregó por esposa á Catalina Labotz.

La medicina, sin embargo, produjo consecuencias negativas. La pasión de Raimundo hácia Leonor no decrecía y era tal el frenesí de que se hallaba poseído que una mañana, mientras aquella oía la misa mayor, Raimundo, enterado del sitio en que estaba la señora de sus pensamientos, penetró á caballo en el templo, sin advertir su irreverencia, por la que pedia perdon no bien sus amigos se la hicieron notar.

Leonor levantóse al reconocer á Raimundo y para poner un límite á sus arrebatos, mostró á los ojos de Lulio su pecho horriblemente cancerado, y le dijo:—*No te engañe, Raimundo, la hermosura de mi rostro, pues están cuales ves estos pechos.*

Desde entonces sintió Raimundo desaparecer el encanto de sus ilusiones; presa de un abatimiento profundo buscaba la soledad, y cuentan que un dia se le apareció Jesucristo.

La celeste vision prestó fuerzas á su alma y poco despues abandonaba Lulio la sociedad, retirándose al monte de Randa, en la isla de Mallorca.

El resto es sobrado conocido: aquel hombre que en la existencia mundanal era célebre por sus locuras, dió ejemplo en el claustro de una virtud perfecta, al par que sus obras le conquistaban el título de sábio.

Saliendo por la puerta del Muelle cruzamos el arrabal de Santa Catalina; subimos una cómoda carretera embellecida con preciosas casas de recreo al gusto americano, y pasando un estenso pinar llegamos al castillo de Bellver.

Esta fortaleza se halla edificada en un monte elevado 112 metros sobre el nivel del mar, distante unos dos kilómetros al O. S. O. de Palma.

Fué construida en tiempo de don Jaime II bajo la direccion del arquitecto Pedro Salvá y ofrece cierta robustez y vigor que trae á la memoria su destino en la época de su origen.

Las guerreras máquinas de ataque chocarian en vano contra los arrogantes muros, mientras los saeteros al amparo de los manteletes, arrojaban sobre el enemigo sus agudos proyectiles.

Y al mismo tiempo que esta idea evoca, tórnase el espíritu en sentido opuesto á las veladas de placer, á las risueñas horas transcurridas en el interior de este monumento, que si grave y adusto ostenta sus caducas torres, aun exhibe sus magníficos salones, mas apropósito para festi-

nes, y amores que para asuntos de pelea ó pláticas militares.

Pero Bellver es hoy un inválido de antiguas campañas que solo vive con las memorias de su pasado; pasado en que se eslabonan multitud de hechos importantes entre los que descuellan las desventuras y las lágrimas.

¿A qué mayores detalles? Fuera prolijo enumerar la historia de este castillo, mas no debo pasar en silencio un dato: don Melchor Gaspar de Jovellanos, ilustre ministro de Carlos IV ha inmortalizado á Bellver, cuyo recinto lo tuvo prisionero por espacio de seis años.

Retirado á su patria Asturias, habia traducido el *Contrato social*, obra de Juan Jacobo Rousseau y juzgando este paso como una falta digna de castigo, dispuso el favorito Godoy que viniese aquel hombre eminente á Mallorca y despues de morar un año en la cartuja de Valldemosa fué trasladado al castillo de Bellver.

He visto con triste emocion la lápida de mármol blanco que existe en una de las habitaciones altas, consagrada á su recuerdo, y de ella copio las siguientes inscripciones:

*A la memoria del sábio, virtuoso, eminente varon D. Gaspar
Melchor de Jovellanos.*

*En este aposento soportó con ánimo sereno y tranquila conciencia,
rigorosa prision desde el dia 5 de Mayo de 1802 hasta el 6 de
Abril de 1808.*

*La sociedad económica mallorquina en sesion del 12 de Octubre de
1849, acordó por aclamacion dedicarle este monumento.*

Desde el castillo de Bellver se disfruta de un magnífico ponorania.

Oigamos como lo describe mi ilustrado amigo de Palma D. Miguel Bibiloni y Corró en su reseña de este monumento.

«Circuida por la cordillera de elevados montes sobre los cuales crecen con profusion el olivo y el algarrobo, el pino y la encina, vése la vega tapizada de pomposa viña y poblada de almendros y otros árboles frutales, sobre los que descuella meciéndose graciosamente la esbelta palmera, y por entre el florido y umbrío follaje se ven aparecer cual blancos nidos de paloma las casitas de Marratxí, Buñola, Establiments, Son Serra, Son Llull, la Vileta, Génova, la Bonanova y otras ciento que dan vida y animacion al paisaje, y arrulladas por las olas de la mar que las bañan con su nevada espuma, véense brotar á la orilla las quintas de recreo del Molinar de levante, comparables á una bandada de blancas gaviotas, dormidas en bonanza y prontas á levantar el vuelo alrededor de la hija de las aguas, de la nacarada perla del Mediterráneo, de la hermosa Palma, que soberbia y orgullosa refleja las siluetas de sus arabescos edificios sobre el terso cristal de su bahía.»

Terminada nuestra visita al Castillo, mi amable *guia* D. Miguel Bibiloni me condujo al precioso restaurant de *Vista alegre*, colocado al pié del monte, en la carretera de Andraitx, donde saboreamos algunos manjares á manera de *merienda*; hecho lo cual y aproximándose la noche volvimos á Palma.

ARTÍCULO SESTO.

La Raxa.—Cartuja de Valldemosa.—Pensamientos tristes.

MARTES 6 DE JULIO.

Cansado el cuerpo y turbado el espíritu por las impresiones que he recibido durante el día de hoy, trataré de referir según me sea posible, los recuerdos de mi primera escursión.

Esta mañana á las nueve salí de Palma en un carruaje, acompañado de varios amigos y después de pasar la puerta de Jesús comenzamos á caminar por una hermosa carretera que atraviesa un estenso llano revestido de almendros, algarrobos y viejísimos olivos.

Estos olivos llamaron extraordinariamente mi atención. Nunca había visto nada semejante. Hay troncos huecos por completo: los hay que afectan figuras extrañas, caprichosas, pero tan perceptibles que á poco que se fije la atención creemos descubrir estátuas y mónstruos en diferentes actitudes.

Yo miraba con asombro aquellos decrepitos hijos del reino vegetal, y esperaba oír de las ramas las mismas pa-

labras de los condenados del bosque descrito por Dante en su *Infierno*.

«*Hemos sido hombres y ahora somos árboles.*»

Los olivos, sin embargo, permanecieron silenciosos y nuestro carruaje dejando á la derecha el ancho camino se internó en una via tortuosa que nos condujo en poco tiempo á la alqueria de *Raxa*.

La *Raxa* (*Araxa* en árabe) es un *predio* ó posesion de recreo distante dos leguas y media de Palma y propiedad de los condes de Montenegro y de Montoro.

Su situacion es privilegiada y merece una visita su magnífico museo, formado principalmente de hermosos restos traídos de la *Arriccia* (inmediaciones de Albano, cerca de Roma.)

Dá entrada á la casa una bellísima calle con las paredes cubiertas de verdura: el patio es de grandes dimensiones y tiene en su centro un almés colosal. El edificio, contemplado desde aquel sitio respira cierto carácter señorial, difícil de describir.

En cuanto al museo, ocupa varias habitaciones bajas y es positivamente una de las curiosidades mas importantes de España.

Y para que juzgues con mayor acierto copia á continuacion lo que acerca de distintos fragmentos de los alli existentes, escribe el erudito D. Joaquin Maria Bover en sus *Noticias histórico-topográficas de la isla de Mallorca*, libro que tengo ahora sobre mi mesa.

Núm. 11.

«Una cierva de bronce: tiene carácter griego y gracia estremada, y descansa sobre un plinto de mármol verde antiguo, de los conocidos entre los romanos con el nombre de *columnas miliarias*.»

NÚM. 18.

«SILENO, el mas famoso de los sátiros y maestro de equitacion de Baco. Esta estatua le representa muy viejo, en estado de embriaguez, apoyándose con un cayado. Es bella escultura de mármol de Páros, y una de las desenterradas en las escavaciones de la Arriccia.»

NÚM. 19.

«Urna cineraria de buen mármol y de hermosas labores, sostenida por un pedestal de mármol blanco, todo desenterrado de la Arriccia... El sentido de la inscripcion dice: *A Claudio Marcelo pontífice, que concluidas por su tio Augusto las guerras civiles y estrangeras, murió en el seno de la paz. Los amantes de las cosas santas á este varon benemérito.*»

NÚM. 34.

«Columna de alabastro oriental venida de Grecia, de quince palmos y medio de alto y cinco de diámetro, y sobre ella un busto antiguo de muger con la cabeza de mármol negro, y lo demás de alabastro con peana de pórfido.»

NÚM. 47.

«Estatua antiquísima de un viejo recostado sobre un rio: simboliza el nacimiento del Ebro, IBERO en la antigüedad, rio caudalósísimo de la España tarraconense.»

NÚM. 54.

«Estatua reducida que representa al sueño ó á un génio fúnebre. Está en pié con las piernas cruzadas, apoyado sobre una antorcha encendida con la llama hácia

abajo. Tiene las alas desplegadas. De este modo representaba la vetusta antigüedad á la muerte. Esta estatuita es de las desenterradas en la Arriccia.»

Núm. 55.

«Busto coronado de yedra y pámpanos del viejo SILENO, mentor y compañero inseparable de su discípulo Baco. Tamaño natural, desenterrado en las excavaciones de la Arriccia.»

Núm. 89.

«Figura de medio cuerpo, tamaño reducido, que representa á un guerrero griego. Escultura antiquísima.»

Hasta aquí D. Joaquin Maria Bover.

Hay tambien en las paredes del vestíbulo 54 inscripciones latinas. En el peristilo del zaguan 6 estátuas y 2 inscripciones. En el salon principal 106 estátuas, columnas y fragmentos. En el gabinete 25 estátuas, 21 fragmentos de esculturas y 136 pequeños ídolos de bronce, que descubren perfectamente las fases diversas de la escultura de fundicion, empezando en tiempo de los etruscos y concluyendo con la caida del imperio de Roma.

La casa presenta una série de curiosidades y caprichos extraordinarios.

Reune comodidades de todos géneros; escaleras magníficas; salones hermosos; una habitacion donde ha vivido la beata Catalina Tomás y en cuya estancia se conserva la rueca con que hilaba aquella santa muger; una carta geográfica que perteneció á Américo Vespucio y otros mil recuerdos de indisputable mérito.

Hay un estravagante dormitorio cuyas paredes están revestidas de anuncios heterogéneos de teatros, obras

literarias, corridas de toros, etc. Otro con los muros cubiertos de pequeños grabados de distintas especies; pero el principal encanto de la alqueria consiste en sus jardines.

Conduce á estos una escalera de piedra adornada de estátuas y jarrones; los jardines se elevan en gradas, segun la moda de la célebre Babilonia y en su recinto cantan ruiseñores y chicharras; vuelan mariposas; percíbese el aroma de las flores; escúchase el rumor de las fuentes y los arroyos y respírase, en fin, una atmósfera que embriaga y adormece.

Todo el monte ha sido transformado; de las hendiduras de las rocas nacen árboles y arbustos que en crecido número y con variedad perfectamente comprendida, ocupan grandes espacios.

Nada falta para el recreo. En una vereda hállase una linda gruta de estalactitas. Mas arriba un gabinete que domina el predio. En otro lado ruinas artificiales y un laberinto, y sobre todo, uno de los paisajes mas grandiosos que se puede idear.

Una sucesion de montañas y valles; una estensa llanura y en último término la ciudad de Palma y el Mediterráneo. Los campos están cubiertos de arboledas y su color oscuro, á la par que impresiona vivamente, inspira un sentimiento de melancolía soñadora y profunda.

Despues de abandonar la *Raxa* almorzamos en una pequeña aldea llamada *La Isleta* y concluido el modesto festin, emprendimos la subida de la estrecha garganta que conduce á Valldemosa, observando en nuestro camino deliciosos valles atestados de frutales.

Valldemosa se halla en la cumbre de un monte: hé aquí la razon de que sus calles sean pendientes y por lo tanto de difícil acceso.

La principal de sus curiosidades es la Cartuja y á ella nos dirigimos.

Poco sabria decir de su fachada, puesto que carece de

detalles artísticos: la sencillez impera en el edificio, tanto respecto á su parte exterior, como en su interior.

Pasada la puerta encontramos un enorme claustro y un patio reducido.

Visitamos la iglesia y experimenté una agradable impresión á su aspecto de limpieza y alegría.

Los frescos de la bóveda son buenos y la sillería del coro fabricada por los cartujos, es elegante lo mismo que el trascoro.

Salimos nuevamente al claustro, y entonces pude examinarlo con mayor detenimiento.

Algunas familias suelen alquilar las celdas durante la temporada de verano; y en efecto, pocos sitios hay tan adecuados al objeto.

Entré en una de las celdas: se componia de varias habitaciones y un jardin ó patio lleno de macetas y árboles, que fecundiza porción de agua corriente.

El patio es un verdadero mirador que dá sobre el valle y las montañas, demostrando el buen gusto de los religiosos que tan acertados andaban para edificar sus conventos.

A escepcion de unas pocas celdas el convento se halla deshabitado.

No hay ruidos en su recinto: no hay movimiento: la vida parece que duerme....

Vé, pues, el principal atractivo de la cartuja de Valldemosa. Habla del pasado y este encierra un encanto misterioso, como todo lo que existe lejos de nuestro alcance.

¡Con cuánto afán tratamos de ver en la mente el recuerdo caduco de una época fenecida!...

El silencio de las crugías; los rayos de sol que caen sobre las verdes plantas del patio; la sombra en que está envuelto el último término del claustro, todo es inmovilidad y mutismo.

Apenas alguna paloma deja oír el roce de sus alas; apenas una ráfaga de viento trae hasta nosotros rumores de hojas de árboles, como ecós de un mar lejano.....

¿Qué experimento ahora? ¿Es tristeza, ó melancolía, ó placer?

Tengo miedo, porque en esta soledad se vé mas claro el fondo del alma. El mundo aparece lejos de mí. Diríase que entre el mundo y yo media el abismo de un divorcio. Este divorcio me permite conocer, libre de alucinaciones, lo que es la vida social; lo que es el hombre; lo que significan sus luchas, sus aspiraciones... pero ¿qué digo? No debo descorrer ese velo tenebroso: no debo hacerte comprender la profunda enseñanza que me revela este monasterio.

Hermoso es el paisaje que se descubre desde la Cartuja. Yo pasé largo tiempo en la torre de la iglesia, admirando aquellos horizontes y sentí que mi corazón se oprimía.

La soledad que desde allí se respira; la contemplación de aquella naturaleza arrogante; los tonos oscuros con que se revisten las montañas; el traje sombrío de los payeses que allá lejos trabajaban en las heredades, y el viento que vagaba en mi rededor, me inspiraron no sé qué sentimiento extraño.

Pensé que vivía en la época de los cartujos; me ereí ser uno de los ascéticos religiosos encadenado á las paredes del monasterio, y esta idea causábame espanto.

No acertaba á comprender cómo la movilidad humana podía adaptarse á la existencia del cláustro; cómo el hombre, destinado á transmitir sus pensamientos á través de la tierra, podía romper todos los lazos sociales y abstraerse en su personalidad.

Era tarde.

La ciudad se halla lejos de Valldemosa.

Abandonamos la torre de la iglesia y emprendimos ya locuaces, ya meditabundos, el retorno á Palma.

ARTÍCULO SÉTIMO Y ÚLTIMO.

Excursion á Sóller.—El puerto.—Niñas bonitas.—Últimos apuntes.—La vuelta.—Conclusion.

PALMA, JUÉVES 8 DE JULIO.

Ayer á las cinco de la mañana salí en el coche-correo para la villa de Sóller.

Encuentro en las calles de Palma numerosos *payeses*, (gentes del campo) que vienen todos los dias á la ciudad para vender diferentes productos.

Las mujeres visten corpiño negro con la manga doblada y en ella varios botones dorados. Ciñe su cabeza y rostro hasta unirse bajo la barba una especie de toca azul, blanco y rizado que se llama *rebocillo*, y suelen colocar sobre esta prenda un pañuelo ó un grande sombrero de paja, pero todas muestran en la parte inferior del rebocillo su cabello que en una sola trenza cae sobre la espalda.

El traje de los hombres consta generalmente de chaqueta, pantalon de figura griega y ancho sombrero negro. La cabellera descansa en los hombros, teniendo en consecuencia crecidas dimensiones.

La carretera forma al cabo de cierto tiempo, una lar-

guísima subida en espiral, que se ciñe á elevadas montañas y luego que alcanzamos la cumbre vemos un hermoso horizonte.

La bajada es igualmente considerable y á su fin está Sóller, á donde llegamos á las nueve y media de la mañana.

He observado que los terrenos de la parte montañosa de la isla se encuentran cultivados en gradas, á la manera de un magnífico anfiteatro.

Numerosos muros hechos con gruesas piedras estiéndense por las heredades, para detener sin duda la tierra vegetal que pudiera caer á impulsos de la lluvia.

Las mujeres trabajan en el campo lo mismo que los hombres. Las he visto sufrir el calor ardiente de esta época, manejando la azada, y he pensado con sentimiento en las aberraciones de la humanidad.

No es esa, ciertamente, la mision de la muger. Ni su naturaleza, ni sus instintos aun en el mayor grado de pobreza, la inclinan á las rudas faenas de los campos.

El sol, el viento, el agua, marchitan su rostro que adquiere una rudeza varonil; y el sér débil, nacido para el hogar se transforma en una criatura degenerada materialmente por las fatigas de su existencia.

Sóller está situado en el fondo de un valle en medio de un anillo de montañas.

Es una buena poblacion pero de tristísimo aspecto por la monotonía de sus casas, construidas con piedra oscura.

Antes de seguir, permítame que te diga cuatro palabras acerca de mis escursiones por esta region.

La fonda donde acabo de instalarme hasta mañana que vuelva á Palma, es *nominal*.

Con sorpresa y disgusto he tomado un almuerzo que poco ha servido para restaurar mi estómago.

Pedí habitacion para dormir un rato, y me condujeron á una sala grande ó semi-dormitorio con un *catre*.

No hay mesa alguna y escribo estos renglones apoyando el album sobre mi humilde lecho.

En verdad, amigo Salvador, creeríase que me encuentro en un país casi deshabitado; y sin embargo, estoy en una de las principales villas de Mallorca.

Y como en la naturaleza humana existe esa dualidad admirable, mezcla de espíritu y materia, que no puede separarse, contra la opinión de los *espiritistas* y *materialistas*, de ahí que apesar de los encantos que veo, no me halle todo lo satisfecho que debiera, merced á los sufrimientos de mi individuo; sufrimientos que refluyendo á mi ánimo por una consecuencia lógica, me inspiran una melancolía harto violenta.

Poco puedo decirte de Sóller. Su principal monumento es la iglesia. Su industria fué en otro tiempo la de tejidos, pero hoy carece de importancia. Su fama presente la constituyen los naranjos de sus huertas, cuyo número es prodigioso.

Sóller posee admirables puntos de vista y uno de los mas hermosos es en mi concepto, el *torrente mayor*, cáuce seco en el verano, y encerrado entre montañas. A un lado hay un canal de madera sobre pilares de lo mismo. En el fondo del torrente enormes piedras. Mas arriba bosques de naranjos y otros frutales donde cantan los ruiseñores. Las riberas próximas están adornadas de umbrías; cuelgan sobre el lecho de arena las ramas enlazadas de los árboles; crecen tapices de verdura por encima de las rocas; algunos troncos desaparecen bajo un revestimiento de yedra, y son tantos los detalles encantadores, que la mirada llega á ofuscarse.

Examinada, aun á primera vista, la estructura de la isla de Mallorca, presenta dos zonas distintas. Una es la parte montuosa y otra la parte llana, siendo próximamen-

te el límite entre ambas la carretera que desde Palma conduce á Alcudia, atravesando toda la isla.

La parte montuosa ocupa el *noroeste* y la llana el *sudeste*. Hacia esta última viene la inclinacion de las montañas.

Paseando por las calles he hallado en las habitaciones bajas de las casas muchas viejas de arrugado rostro, hilando pacíficamente.

Una vieja hilando es un *tipo*.

Considera su semblante encajado en la rigorosa línea del *rebocillo*, y pensarás en esos cuadros antiguos que tal vez te hacian soñar cuando niño en cuentos de brujas.

Aunque el calor es escesivo, recorro los alrededores de Sóller: subo á una eminencia: veo la aldea de Biniarax y por todos lados admiro el mismo espectáculo grandioso de montes y valles, de pájaros y arboledas.

De vuelta de mi pequeña excursion paso por la *Alquería del Conde* y contemplo una aparicion (así debo espresarme) que nunca olvidaré.

Una jóven hermosísima hilaba en el zaguan ó ingreso de su casa.

Era blanca; de ojos grandísimos; de mirada triste.....

El rebocillo realzaba su belleza casi divina, prestándole cierto aire místico.....

La comparé con Margarita, la amada de Fausto, y aun creí que sus lábios iban á entonar la cancion del rey de Thulé.....

Permanecí como clavado frente al umbral de la vivienda y hube de hacer un esfuerzo para abandonar aquel sitio.

Y esta es la ocasion de consignar un dato. En ningun punto de España he visto tantas mujeres bonitas como en Sóller.

A las tres de la tarde tomo posesion de una tartana y acompañado de varios viajeros que no conozco, me dirijo

al puerto de Sóller, distante una media legua de esta poblacion.

El puerto es una ensenada circular, con un fondeadero completamente seguro.

Dando vista al fondeadero se extienden algunas casas de humilde apariencia. Delante de ellas cuelgan los pescadores sus redes sobre escarpas clavadas en tierra.

Al pié de un monte se conservan las ruinas de una torre. Numerosas huertas cubren el campo y extienden la zona de sus plantaciones hasta la orilla de la playa. Un faro de construccion moderna y otro mas antiguo, completan el paisaje.

Breve tiempo permanecí en la reducida aldea.

Un hombre provisto de un cuerno comenzó á tocar aquel instrumento en son de llamada, y conocida la señal como símbolo de la marcha, volví á empaquetarme en el vehículo, que al trotar de su caballejo nos condujo á Sóller antes de las oraciones.

El notario de la villa, á quien debí una acogida en extremo afectuosa desde mi presentacion por la mañana, tuvo la bondad de acompañarme durante la noche, y juntos visitamos alguna que otra familia.

Un sueño reparador puso fin á las impresiones de aquel dia, y al amanecer del siguiente despedíme de mi cariñoso huésped, trayendo en mi espíritu mil ideas confusas, que aun no he podido interpretar.

JUÉVES 15 DE JULIO.

A BORDO DEL «JAIME II.»

Son las cinco de la tarde.

El vapor surca las aguas del puerto.

La costa se aleja insensiblemente, y poco á poco los colores se funden en un tono azul violeta, revelando la distancia que hay entre la tierra y el buque.

La inmensidad del mar descubre á nuestra vista sus olas que ondulan hasta brumosas lejanías.

Demos un *adios* á Mallorca y esperemos la aurora para saludar gozosos las playas del continente.

VALENCIA 16.

Héme nuevamente en el tren.

Cruzamos una huerta encantadora.

A lo lejos está la *Albufera* y las islas que se levantan como cintas de verde oscuro en medio de sus aguas tranquilas.

Veo los campos de Alcira donde crecen multitud de palmeras, y observo el sentimiento estético de algunos labradores que han formado sus chozas al amparo de copudos árboles.

Atravesamos el *Júcar*.

Contemplo las ruinas del castillo de Montesa y de otras fortificaciones, hasta que la proximidad de la noche viene á ocultar la exhibición de paisajes que en torbellino vertiginoso pasan á nuestro lado.

GRANADA 18.

En las altas horas de la noche, cuando los ruidos de la ciudad habian apagado sus ecos, cuando el silencio convidaba á la reflexion, entonces durante mi permanencia en Mallorca, sentia vagar en mi alma pensamientos cuya traduccion hallaba fácil y claramente, quizá por las circunstancias que los hacian nacer.

El estudio de los pueblos encierra una filosofía provechosa.

He oido cantar los ruiseñores en los bosques de la isla. He oido el viento que gemia entre los pinos de sus montañas. He oido los rumores dulcísimos que se escuchan en

las enramadas, y he creído que ese concierto mágico de la naturaleza me decía:

La misión del hombre es vivir en la sociedad, mejorándola y embelleciéndola. Anda y no pares; tu misión te está señalada.....

Como resultado de esta enseñanza transcribo algunos pensamientos que pudieran servir de *catecismo social* y son la síntesis de mis impresiones de viajero.

Ama á tu pátria.

Procura perfeccionar tu condición moral y la de tus semejantes.

No aborrezcas al hombre á pesar de sus vicios; compadécete y sufre sus defectos, corrigiéndolos si puedes.

Para esta obra de corrección y de instrucción, lo mismo individual que general, sirven mucho los viajes. Si estos han de ofrecerte el beneficio que señalo, viaja en buen hora; pero si han de limitarse á un recreo infecundo, no abandones tu hogar.

Recuerda aquellos versos que dicen:

Feliz el que nunca ha visto
mas río que el de su pátria,
y duerme anciano á la sombra,
dó pequeñuelo jugaba.

FIN.

ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
PRÓLOGO SEMI-BIOGRÁFICO..	V
Primera parte.—Andalucía.	
DE MADRID Á GRANADA.—En wagon.—Camino de de Andalucía.—Granada.—Recuerdos y rui- nas.	3
GENERALIFE.	11
PASEO POR GRANADA.—Mirada al pasado.—Algu- nos monumentos.—Dos tradiciones.—Las gra- nadinas.—Atmósfera de Granada.—Pelar la pava.—Los gitanos.	21
LA ALHAMBRA.	31
LA CARTUJA.	39
EL ALBAICIN.—EL SACRO-MONTE.	47
DE GRANADA Á MÁLAGA.—Camino de Loja.—Pai- sajes.—Historia.—Archidona.—Antequera.— Recuerdo del pasado.—En el tren.—Llegada á Málaga.	53
MÁLAGA.	65
ALORA.	71
DE MÁLAGA Á GIBRALTAR..	77
GIBRALTAR.	83
LA SERRANÍA DE RONDA.	93
ALMERIA.	103
CÁDIZ.	111
DE CÁDIZ Á SEVILLA.—Un recuerdo.—San Fernan- do.—Puerto-Real.—Puerto de Santa Maria.— Campiña de Jerez.—Sevilla.—Por la mañana. —A través de la ciudad.	117

LA PINTURA.—Antecedentes.—Escuela sevillana.— Murillo y sus obras.	127
CÓRDOBA.—Camino de hierro.—Un guia.—Impor- tancia de Córdoba.—La ciudad.—En la vega de Antequera.—Tristes memorias.	133
GENERALIDADES.	143

Segunda parte.—El Riff.

CUATRO DIAS EN EL RIFF.	151
---------------------------------	-----

Tercera parte.—Valencia y Mallorca.

ARTÍCULO PRIMERO.—En el mar.—Almeria.—Los favores del diablo.—Cartagena.—En la lite- ra.—Una exclamacion.	169
ARTÍCULO SEGUNDO.—Tartaneros y mozos.—En el tren.—La plaza de toros.—Instalacion.—A la aventura.—El tribunal del agua.—Horchate- rías.—La Alameda.—Filosofía de la tarde.	175
ARTÍCULO TERCERO.—Antecedentes.—Monumentos. —Curiosidades.—El mercado y las floristas.	181
ARTÍCULO CUARTO.—La pintura de Valencia.—El Museo provincial.—El Cementerio.—El Grao. —Arrabales de verano.—Despedida.	189
ARTÍCULO QUINTO.—A bordo.—La bahía de Palma. —La ciudad.—Algo de historia.—Una aventu- ra de Raimundo Lulio.—Extramuros.—El cas- tillo de Bellver.	195
ARTÍCULO SESTO.—La Raxa.—Cartuja de Valldemo- sa.—Pensamientos tristes.	207
ARTÍCULO SÉTIMO Y ÚLTIMO.—Escursion á Sóller.— El Puerto.—Niñas bonitas.—Ultimos apuntes. —La vuelta.—Conclusion.	215

ESTE LI-
BRO SE TERMINÓ DE
IMPRIMIR Y ENCUADERNAR
EN LOS TALLERES GRÁFICOS
DE SIGNATURA EDICIONES DE
ANDALUCÍA, EL 27 DE SEP-
TIEMBRE DEL AÑO 2005,
DÍA MUNDIAL DEL
TURISMO

